

ENVIO DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO - ECUADOR

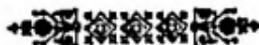
# EDUCACION DEL HOGAR



CRONICAS FAMILIARES

DE

ALEJANDRO ANDRADE GOELLO



Impresa en la Editora "ECUADOR", en Quito S. A.

# PROLOGO

En la primera edición de este libro consta la siguiente:

## “ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Cuando aparecieron los artículos EDUCACION DEL HOGAR, en «El Comercio», de Quito, nos propusimos publicarlos en un volumen, movidos del interés de que sirvan de libro de lectura para nuestros hijos. Por esto nos dirigimos a su autor, pidiéndole la autorización debida. El Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello, muy desinteresadamente, se apresuró a contestarnos en estos términos:

*Quito, a 5 de Junio de 1922*

*Muy estimados señores:*

*En respuesta a la atenta de ustedes, en la que me manifiestan el amable propósito de editar mis sencillas crónicas, que con el nombre de «Educación del Hogar» aparecieron en el diario decano de esta Capital, me es grato acompañarles algunos de los referidos artículos, los menos incorrectos, sintiendo no poder enviarles todos. Al reunirlos, no seguí determinado orden ni preferencia ninguna, sino que les he ido poniendo uno junto a otro según fueron desenredándose del cajón de mi escritorio en que guardaba los más pasaderos. Me permito advertirles que los escribí para el pueblo. Por lo mismo no hay LITERATURA en ellos.*

*El estilo es llano, y los temas de que trato se inspiraron en la realidad de la vida, en lo que, FAMILIARMENTE, he tenido oportunidad de observar entre grandes y chicos, pobres y opulentos, ignorantes e ilustrados. Son pues VIVIDAS esas desgarradas crónicas, muy prosaicas, como resultan muchos días de nuestra existencia.*

*Agradezco a ustedes la deferencia y las frases bondadosas que me consagran.*

*De ustedes, atento reconocido amigo y seguro servidor:*

**ALEJANDRO ANDRADE COELLO**

He aquí la razón por la que no editamos todos los artículos EDUCACION DEL HOGAR, sino los pocos que accediendo a nuestro pedido, nos ha enviado, con la respectiva autorización, su autor, al que agraecemos su desprendimiento.

**PADRES DE FAMILIA"**



Pasados los años, sentí la necesidad de que aparecieran de nuevo las familiares crónicas "Educación del Hogar" que han sido modificadas en parte. Varias de ellas están aumentadas. Unas pocas se han suprimido. Esta vez, nadie las ha patrocinado.

# EDUCACION DEL HOGAR

## PEDAGOGIA DE LOS SENTIMIENTOS

*La moral del día.—En el sentimiento se fundaron algunos historiadores antiguos.— El torrente del intelectualismo.— Un loco sublime, desfacedor de agravios.— Los aplausos que arrancan los niños.— Se instruye, pero no se educa —Nobles ejemplos romanos.— Propagación de la moral y del civismo.*

---

Base de la pedagogía del espíritu es la educación de los sentimientos. Sin su disciplina, no podríamos imaginar la higiene del alma y la alegría de vivir. El gozo y el dolor llenan la existencia. Felicidad es saberlos comprender. Si aprendemos a imprimir recta dirección a nuestros sentimientos, hallaremos pronto el ansiado bienestar y caminaremos en pos de la conquista de triunfos perdurables.

Desde este punto de vista, es menester combatir a lo que se ha dado en llamar intelectualismo, para que su reinado no sea absorbente y exclusivista, y a fin de dar su justo puesto a la sensibilidad, tratada como dón de segunda orden, facultad inferior

Especialmente cierta filosofía, en lo moderno, con sus raras teorías, ha abusado del intelectualismo y va

creando escépticos a quienes la vida interior no se les da una higa, y sofistas que todo lo enredan, volviendo lo negro blanco, y viceversa.

—La moral del día, despreciando las emociones, predica en tono magistral la fría noción del deber, que lo convierte en algo que depende del cálculo y de las componendas; deber que no constituye la altruista moral humana, y que ni siquiera es el imperativo categórico de Kant, osmos condenar a un viejo pedagogo que sembró muchos bienes entre la juventud de su patria.

Y después de elocuente pausa, continuó con gesto convencido: —Jesús infundió su hermosa doctrina apoyado en el sentimiento. Léase con calma el sermón de la montaña, y se verá el raudal de dulces y profundos sentimientos que brotan de las sencillas palabras «bienaventurados los que lloran, los que han hambre y sed de justicia, los mansos y humildes de corazón, etc.»

Aun los historiadores antiguos se fundaron de lleno en los sentimientos para sus críticas severas y sus acres censuras.

Cayo Cornelio Tácito, gran narrador de los sucesos de Roma, en sus *Anales* juzga a los hombres con dureza y en su *Diálogo de los oradores*, al referir tantas tragedias, ocedece a los dictados del moralista y busca el lado peor de las sangrientas acciones humanas para ana-

lizarlas desde el punto de mira de los sentimientos.

¡Cuántas observaciones morales en su *Vida de Agrícola*!

En Cayo Crispo Salustio, de Amiterno, junto a máximas de alta moral, se leen frases de pasión y de odio, es decir, de sentimiento. Véase su obra *Bellum Catilinarium*

Igual impulso nótase en el historiador griego Polibio, en el largo y violento ataque contra Timeo, en el libro VII de su famosa *Historia General*.

Hoy la moral es distinta. Vivimos víctimas del número, ni más ni menos que si se tratase de ínfimos y prosaicos negocios. Queremos explicarlo todo, cual insaciables comerciantes, por la transformación de la cantidad ¡Cuestión de cálculo para una moral elástica!

El torrente de intelectualismo ha invadido también las escuelas, en su afán de dirigir la instrucción y hasta la educación públicas y privadas; el hogar y el gobierno. Los futuros ciudadanos salen de los colegios sin preparación para las acciones de valor y de sacrificio. De las universidades, con poderoso fardo intelectual, mezcla de conocimientos mal digeridos, van a la política y a la diplomacia, sin la honradez necesaria que debiera brotar de los sanos corazones juveniles. A veces, ni siquiera urbanidad les enseñan.

Dennos locos, locos sublimes como don Quijote, con

la monomanía de desfacer agravios, de aliviar a los desvalidos, de practicar justicia, todos nobles sentimientos, propios de la caballerosidad que guarda la religión del honor como cosa muy santa, y no sabios corrompidos, incapaces de abnegación.

— Con más calor se aplauden, en el seno de las familias, los actos de inteligencia de los pequeñuelos que los nobles impulsos del corazón, nos decía un maestro que suele visitar muchas casas. Es vivísimo, es precoz, tiene memoria privilegiada, todo lo comprende al momento, suélese oír a diario en los hogares. El carácter, el respeto, la cortesía, la ternura, ¡bah!... casi no nos fijamos en tales prendas. Como la lucha es desesperada, hay que darles, desde la primera hora, armas a los niños, dotarles de garras. que esto es más positivo. ¿Para qué la piedad, para qué los arrebatos de entusiasmo? Ni probidad, ni sencillez, ni patriotismo son cosas prácticas para la inteligencia. Todavía en muchos colegios se les instruye esmeradamente, se les atitorra de conocimientos, sin seguir el menor plan pedagógico; pero no se les educa. De las aulas salen a las veces con innobles sentimientos, con reprehensibles tendencias que no son hábitos moralizadores. Al inteligente, hasta se le permite que sea pícaro, porque olvidamos la antigua máxima de «*corruptio optimi, pesima corruptio*» ¿Dónde se almacena

el estímulo para las acciones generosas?

Al meditar seriamente en esto, van reaccionando los espíritus reflexivos y, llevados de infinito desconsuelo, se dirigen a los sombríos campos del misticismo. El ensueño no es el único remedio. La psicología nos muestra el camino: calemos hondo en el estudio del corazón humano. Examinar el estado de la conciencia individual es la clave para la verdadera educación. Demos a la juventud un noble corazón. La patria necesita de ciudadanos honrados. A los futuros protagonistas en la vida pública, más que el título de enciclopedias ambulantes, les servirá las virtudes de las almas sencillas, el heroísmo a lo Quincio Cincinato, el varón desinteresado por excelencia.

¿Cómo desarrollar los sentimientos y buscarles galardón? Con sólo el talento no se triunfa. Ahí está la historia. Sus páginas, conmovedoras e inmortales, son obras del corazón. Los espartanos, ante todo, tuvieron carácter y sentimientos ejemplares. En nada estimaban la vida, si del honor y de la patria se trataba. Tal era la convicción también de los patricios romanos, antes de la decadencia de sentimientos.

El cónsul romano Marco Otilio Régulo supo cumplir con su palabra: regresó donde los cartagineses aunque le iba en ello la existencia.

Cayo Mucio Escévola castigó su equivocación patriótica, enrojando su brazo heroicamente en un brace-ro hecho ascuas.

Horacio Cocles sirvió de escudo para salvar a su patria, que iba a ser hollada por sus enemigos. ¡Cuánta grandeza de sentimientos! ¡Llor al carácter! Pruebas de carácter son que rezan con el dominio del espíritu y no surgen como obras de la marmórea razón calculadora, las que la historia de las edades viriles multiplica.

Sin nobles sentimientos no habrá carácter. Se ama o se odia con el corazón, y esto imprime un carácter al afecto. Hasta la venganza bien disciplinada es labor de un carácter.

¿Para qué serviría la inteligencia si no hubiese fuerza en el brazo? La acción es todo, el resumen de la vida.

¡Que los niños desde las clases inferiores, hasta las más encumbradas, continúen recibiendo sin descanso lecciones de instrucción moral y cívica, que ordenen sus sentimientos! ¡Que la juventud paulatinamente en todos los cursos se eduque con arreglo a la moral y al civismo, para que de los colegios salgan, con el pecho levantado, ardiendo en amor a la patria y sintiéndose capaces de proezas para enaltecer a la madre común!

## FIESTA FUNEBRE

*Lectura y escritura interrumpidas en la quieta noche. Esbozo de un cuadrito de costumbres plebeyas.— Ante el altar diminuto.— El organillo y la guitarra.— Or- gías del pueblo.— Un angelito vuela al cielo — Los extremos se tocan: la vida y la muerte.— Tristeza di- simulada a lo Juan Pérez Zúñiga — El pueblo agoniza de hambre y ríe.*

---

La noche estrellada y serena nos está convidando a la meditación, después de diaria brega por el apetecido garbanzo. que loca y desigualmente se distribuye. La luna, tan calumniada por los versificadores chirles y ob- jeto de símiles ridículos, cómo mueve la plateada rueda, en frase de fray Luis, lanzando su melancólico resplandor sobre la ciudad dormida en su risueña confianza. To- do finge quietud, todo está en calma, como se canta en la popular y famosa canción, argumento de vieja serenata:

Todo reposa en calma  
junto a la aldea;  
sólo los que se quieren  
están en vela ...»

El poeta vació las suaves ternuras de su sentimen- talismo al escuchar emotiva flauta en la noche callada. Ahora no gime ni el quejumbroso *rondador* que sacude los nervios y estruja el alma. Esta vez, Noboa Caamaño no podría musitar bellamente:

«Suene tu ritmo cadencioso y flébil  
en la noche serena;  
mi alma es también como una flauta débil  
que gusta del amparo de la noche  
para hacer el derroche  
de su pena...

Tomamos la pluma— esta dócil bienamada que de tantas intimidades y tristezas es testigo— para dar rienda suelta a nuestros pensamientos, cuando nos interrumpe, no murciélagos alevés, sino el furioso aullido de perros vagabundos. Tienen no sabemos qué de siniestro los lastimeros ayes caninos en la noche. Vamos a continuar la tarea, cuando de pronto suena, allá, a lo lejos, otro aullido: un organillo de manubrio. Dos trasnochadores, de intermitente trotécito, pasan echando verbos. Su arrogancia es sistemática. Se detienen. Claramente se distingue el arrastrado taconeo de sus traspíés. Se escucha el penetrante chirrido del tranvía al dar la vuelta la vecina y forzada curva. Parece una queja en la noche adormecida

No es posible escribir: acudamos al consuelo de los libros. Vuelve a reinar el silencio. Abrimos una obrita profundamente sugestiva: Amiel. Su tentador *Diario íntimo*, en la magestad nocturna, nos cuenta, cada vez con más emoción, tantas y tan recónditas escenas. ¡Cómo no nos habíamos fijado antes, en la odorante selva psi-

cológico, exclamamos para nuestro capote.

—Cada lectura nos da cosas nuevas, murmura una voz secreta que parece salir de la conciencia.

Corta es la tregua. Fracasó la escritura. Continuar leyendo sería desastroso. Torna, con tonalidades más inteligibles, a tararear al pianito ambulante. Todavía de la distancia, llegan sus enronquecidas notas en fragmentos; pero se distingue, con todo, que es un aire bastante popularizado: el *Biplano*. El martilleo incesante crece en intensidad. Ahora es más fuerte y se acerca su sonido . . .

Estamos a cuatro cuadros del corazón de la ciudad medioeval y querida, a la que se intenta profanar su pátina augusta.

El armatoste ruidoso se instala casi frente a nuestras ventanas, bajo el alar opuesto. Sobresalen murmullos de voces, mezcla de llanto y de carcajadas. Comienza insufrible aguacero de compases: *ta ta ra ra rá, tarará*. El *Soldadito* se llama aquel remedo de pieza musical. Fluye la tonalidad inaguantablemente. . . . Después de una hora de suplicio, que se hace eterna, cambia de ritmo. Ahora es *La Mona*, tonada popular; en seguida se desgranan monótonamente los pasillos enronquecedores y los *sanjuanitos*, entre resguesos de vihuela . . .

¿Qué sucede en la tenducha de la acera del frente?

El barrullo es monstruoso: gritos, palpaditas, zapateos, cantos interrumpidos, jarana endemoniada. ¿Festejan algún santo? Voces cascadas y aguardentosas ensayan triste canción entre el traqueteo del organillo. Se apaga éste, y revive la guitarra.

Atisbamos asomados al balcón, en el esplendor de la noche, que finge la pompa de las de Noruega.

En el antro, caldeado por la aglomeración humana, alcanzamos a distinguir algunas luces de cirios, un albo mantel y uno como trapecio, también forrado de blanco, salpicado de flores. A ratos, el murmullo llega muy comprensible y sugerente, como macabro epigrama que aplaudieran los ebrios.

—¡Ay! compadrito, abráceme no más, béseme no más; pero infierno hay felizmente, dice con atiplada voz, rechoncha chola, entreabriendo los ojos, sin revelar si es irónica reconvención o mandato provocativo y descarado. —Que más infierno que su «indiferencia» de tanto tiempo. Ni caso «también» me ha hecho, le contesta mal encaramulato, vestido de «kaki» y con «limeta en mano.»

En otro rincón se multiplican los comentarios. Alguien solloza, con un pañuelo en la diestra: otros lo agitan en el aire al bailar una «chilena», entre palmoteos rabiosos e interjecciones.

Risas y llantos en confusión desesperante, y en me-

dio de todo, el demonio del alcohol. ¡Viva el humor!

A la mañana siguiente, han quedado cuatro velas encendidas sobre la mesa de mantel blanco. El t́mulo ha desaparecido, junto con las flores. Unos cabecean, otros duermen en los rincones. El cuadro es para descrito por Goya. La orgía est́ domada.

¿Qú ha sucedido? Que un angelito ha volado al empíreo. La fiesta popular, la zambra en presencia del diminuto cadáver es *por el angelito que se ha ido al cielo.*

La ignorancia del pueblo acentúa la barbarie de estas costumbres, que todav́a palpamos en las bajas capas sociales. La muerte es pretexto para diversión escandalosa, en la que el licor impera. El envenenamiento de la raza cunde; el trabajo decrece.

¿Quín les quita de la cabeza que en un velorio no han de menudar las copitas?

El convite es a meditar en los contrastes populares y en la miseria de su fe: la vida y la muerte, la idea supersticiosa y la religi3n, en maridaje repugnante, celebran la hora feliz en que se ha partido de este mundo un niño.

El pueblo, cuanto ḿs endeudado est́, ḿs gasta; cuanto ḿs sufre, ḿs se divierte; cuanto ḿs ignora, ḿs cree; cuanto ḿs se le tortura y esclaviza, ḿs inclina la cerviz

Confiamos en que la escuela le arrancaŕ la venda

de los ojos.

Sus lágrimas ocultas son como las vertidas por el jocoso Juan Pérez Zúñiga. A su hija le han contado en secreto cómo él, que vive explotando el chiste, tiene que fingir contento, porque nunca es franca su expansión. ¿Será símbolo de la del pueblo? Ante el cadáver de un niño—y hasta de un adulto!— se emborrachan y simulan alegría algunos obreros. Así también Juan Pérez Zúñiga refiere, con hondo humorismo, a su hija esta desgarradora paradoja:

«De la muerte en el dintel  
te vi un día: y aquel día,  
llorando sobre el papel,  
¡hice chistes a granel  
para comer, vida mala!»

A no ser que las lágrimas del pueblo, como le sucede al poeta burlesco, sean interiores y quemén las entrañas. ¡No son las que todos ven, que al fin se aplacan!

Ellas acusan un duelo  
que puede encontrar consuelo  
si alguno en ellas repara,  
y hacen un surco en la cara  
que pronto borra el pañuelo;  
pero las otras que, ardientes,  
brotan como avergonzadas  
y se ocultan a las gentes  
entre risas aparentes

y aventuras no gozadas,  
¡esas, no sabes, María,  
todo lo amargas que son;  
porque un día y otro día  
caen hacia adentro, hija mía,  
y abrazan el corazón!»

Alarmante es que el pueblo ría cuando agoniza de hambre, ahorcado, exprimido hasta lo increíble. ¡Si será un angelito que quiere ¡ay! enviar al cielo! *Siga la «baila» política.*

Las fiestas funerales son el más socorrido entretenimiento del pueblo. Esta paradoja monstruosa revela abatimiento, pobreza de educación. La austeridad de la muerte no es respetada; sirve de pretexto para jolgorios y borracheras, no pocas veces terminadas en bronca.

Tomar copitas durante el duelo o inmediatamente después de él, llaman *asentar* el dolor. El refrán positivista de "el muerto al hoyo y el vivo al bollo", es tomado al pie de la letra. Las fiestas funerales — contrasentido, profanación — están dedicadas a Baco en vez de ser sagrada ofrenda, siquiera moral, de modestos deudos, aunque no rivalicen con las Artemisas de Halicarnaso.

## FILOSOFIA DE LA VEJEZ

*La filosofía de la longevidad.— Un antiguo general de alma juvenil.— Majestuosa ancianidad de ilustres ecuatorianos.— Precoces muchachos que envejecen pronto.— La palabra «viejo».— La vejez de los sajones.— Ágil escritora de Boston.— Reflexiones acerca de la virilidad norteamericana y el temprano agotamiento ecuatoriano.— La fuente que busca el aventurero Ponce de León.*

Juan Finot, al discurrir sobre la filosofía de la longevidad, ha demostrado, con innumerables ejemplos, que el hombre puede llegar vigorosamente al coronamiento del siglo. Lo que acontece es que nos autosugestionamos, que la proximidad de la vejez y de la muerte, como sombras fatídicas, comienzan a acompañarnos a veces desde muy temprano, y terminan por vencer, pues si el atormentado con tal idea fija no fallece, disminuye su brío juvenil y casi es un cadáver ambulante.

Cautiva la ancianidad robusta y de alma moza; desespera la juventud decrepita, antes de hora, degenerada por los vicios, corroída por la falta de higiene, postrada por la abulia.

—Bajo este caparazón ruinoso, llamea un espíritu adolescente. Viejo por fuera, joven por dentro, decía fervorosamente, golpeándose el pecho, un general de la Repú-

blica, ante simpático y bullicioso corro de chiquillas, en una excursión campestre.

Efectivamente, el rudo militar de aspecto de fauno, descuidada la barba y aire campechano, era un roble. Murió al aproximarse a la centuria, animado siempre de nobles ideas, de ensueños de libertad, de proyectos juveniles. Hasta en su ancianidad sofocó revoluciones: jinete expedito a caballo, iba discurriendo por agrias serfranías.

Majestuosas vejezes, como la de un Abelardo Moncayo, como la de un Alejandro Cárdenas, honran a la estirpe. Trabajaron con sin igual lucidez hasta última hora, gastando siempre agilidad mental, rápida concepción y sutil ironía, acerada a veces, cuando rayaba en sarcasmo. Supieron morir serenamente, sin una queja, sin la menor demostración de cobardía ni renuncio. Almas juveniles, sirvieron de ejemplo, en la hora suprema; de socrático ejemplo a tantos que amilanan y se desesperan como niños claudicantes. Abelardo Moncayo conversó tranquilamente, sembrando de agudezas su estilo, hasta entrar en la región misteriosa. Recibió a parientes y amigos con el modo acostumbrado, sin dejan entrever que, en su lecho de muerte, se aproximaba al viaje final. Alejandro Cárdenas, en su dolorosa agonía, jamás contrajo el rostro ni dejó escapar un suspiro. Sufrió heroica e internamente, sin abatir a nadie. En esto, y en algo más, fueron dig-

nos discípulos del estoico Montalvo que se vistió de etiqueta para el día supremo de su partida y, como artista inimitable, estuvo encargando que le trajeran flores para su ataúd.

Confortan, consuelan esta clase de temperamentos batalladores que vivieron en la lucha y murieron cual centinelas romanos: firmes en su puesto. Padres de familia que se derrotan desde que caen gravemente en el lecho, desconciertan a los que les rodean, y siembran anticipadamente angustia y desesperanza. ¡Cuán raros los que agonizan infundiendo valor y prodigando los últimos consejos a sus hijos!

En algunas ciudades del Ecuador, generaciones precoces se abren atropelladamente a la vida, se inician en política antes de hora, dan frutos sin preparación; pero se cansan pronto, desfallecen y, flores de un día, se agostan sin llegar a la madurez. La flaca herencia y el temprano despertar dan al traste con ellos, viejos prematuros

La palabra viejo anda en los labios de todos: la pronuncian como un insulto, la acompañan de epítetos descomedidos y repugnantes.

Desde niños escuchamos denigrar a la vejez, anticiparla, invocarla a cada momento, como dicción de cariño algunas veces, como voz despectiva otras. Las mujeres, se descargan de los años llamando viejas a sus contemporáneas o a las que les anteceden, que, administrando me-

por su salud y vida, no perdieron el frescor y el aspecto juvenil. Los niños denominan viejos a los jóvenes, y éstos, para ufanarse de sus pocos años, a los que tomaron la delantera, aun cuando conserven aún vigor y aire bizarro. La ugestión crece, y nos vamos considerando viejos sin serlo, de tanto oír repetir la palabreja como un dardo o una caricia.

Parece cosa risible, pero es cuestión de indisciplina de la raza: los tropicales caducamos brevemente por punto general, víctimas de la decrepitud improvisada. ¿Las causas? Son múltiples; pero no hay duda que una de ellas es la autosugestión aducida por Finot. La fuerza del pueblo, el prestigio racial consistirían en aspirar a la longevidad, sembrando, desde la escuela, el pensamiento remozador de que el hombre fácilmente puede llenar los cien años, ya que, en gran parte, depende de él y sólo de él, la prolongación de su existencia. Además, es secreto educador, desde el primer momento, hacerles comprender a los niños que la vejez, más que en lo físico, radica en lo moral e intelectual; que los de alma vetusta son temibles, y no los que peinan canas y ostentan arrugas; que no es conveniente motejar de viejo a nadie y muy imprudente, y hasta descomedido, a las hembras. A este respecto, refiriéndose a los sajones, observa Abelardo Díaz Morales lo siguiente: «Antes consentían que se les llamase viejos cuando contaban 50 años, pero hoy

día protestan y se ofenden de que así se les clasifique, aunque pasen de los 60. Sólo toleran el antipático calificativo desde los 65 años para adelante. Nótese bien que digo *consentían, toleran*, porque el norteamericano, el inglés y el alemán no se consideran viejos ni aún a los 80 años. Fuertes de cuerpo, fuertes de mente y más fuertes de alma, no sienten el peso de los años, ni experimentan el caosancio de la vida. Como el gran Víctor Hugo, podrán llevar la nieve del invierno sobre la cabeza, pero las flores de la primavera engalanan y perfuman el corazón»

— No, no, muchas gracias. Bajo perfectamente sola y no tengo costumbre de que nadie me ayude a descender la escalera, nos contestó, con amable sonrisa, una célebre viajera de Boston, escritora de impresiones, a la que ofrecimos la diestra para conducirla. Todavía soy joven, repuso. No he cumplido sesenta años

Lo dijo con la mayor seriedad. En seguida, ascendió los numerosos escalones del *Hotel Metropolitano* con asombrosa agilidad, cual la de una muchacha, sin apoyarse en el pasamano. Venía del Japón, de tomar algunos apuntes interesantes. — Más tarde ha publicado curioso libro acerca del *Imperio del Sol Naciente*. Se propone dedicar otro a la América del Sur, por donde anduvo sola, con esbeltez y desembarazo, sin que nadie le guiase. Ya son de nieve los cabellos; pero se nota fres-

cura en su rostro, presteza en los movimientos, alada inquietud espiritual, conversación ocurrente y seductora.

Al meditar en la virilidad de la nación norteamericana y compararla con la nuestra, denso velo de tristeza nublando está la faz del patriotismo. Vemos, con pena, centenares de jóvenes tempranamente envejecidos, casi inútiles; a causa de ellos mismos, fúnebre preludio de lo que espera a la república si consiente que siga agotando la fuente tras de la cual, por los campos de la Florida, corrió el bravo Juan Ponce de León; la fuente milagrosa que reforma y rejuvenece: la salud, la alegría anímica la gimnasia salvadora, el deporte metódico, el freno lógico contra el desbando pasional, la lectura fortificante, el trabajo honroso. El potro juvenil se está desbocando locamente, con el adicte de los alcaloides y más vicios funestos, asesinos de la raza y de la vitalidad nacional, con el incentivo de libros perversos y producciones de manicomio. Hasta alguno de los cónsules ecuatorianos describe con mal encubierto deleite, sin una voz de asco ni protesta, las consecuencias del opio, al que se entregó por curiosidad, *por pasar por todo*. La patria está contemplando, vestida de luto, la vejez anticipada de muchos mancebos que hubieran sido mentores y pilotos en el tempestuoso piélago político, que hubieran salvado al pueblo de los horrores del hambre, que hubieran puesto coto a la explotación desvergonzada de cuatro *saltea-*

*dorés de bolsa*, que juegan con la suerte, el porvenir y la decencia nacional, con su paciencia infinita, más que todo. Por todas partes, con angustia, con desesperación, cual la de un martirizado y escéptico Diógenes, a quien ni el cinismo valió, cunden las preguntas: «¿Dónde está el hombre?» . . . . . «¿No hay un hombre?» . . . . .

El hombre ha de venir, viejo o tal vez joven; mejor lo primero que lo segundo, pero viejo sólo por la experiencia y el saber; más ágil mancebo por el espíritu de renovación, por la tolerancia, por la lucidez mental, por la inquietud juvenil que inquiere, acoge, comprende, asimila. En cambio, no lleguen los jóvenes ignoraros y, con todo, arrogantes, que desprecian el pasado, que no se preparan, que no aprendieron, que no gustaron de admitir reparos e indicaciones, porque se creen enciclopedias flamantes y se muestran irreverentes con los viejos, pues no ahondaron la filosofía de la senectud, fecunda en experimentales enseñanzas.

## DEBER DE CONTESTAR LAS CARTAS

*La atención epistolar de Bolívar.— Confirmación de O' Leary — Un magistrado y un «hombre de letras» que no contestó una misiva.— Autógrafo de Wilson. Algunos célebres escritores de cartas.— Otros que se "las traían".— Un poema de Campoamor.— Dumas y el correo. ¿Por qué no vino Altamira al Ecuador?*

---

A los hombres extraordinarios se les está conociendo hasta en sus actos minúsculos.

Cuentan que el Libertador era escrupuloso en la atención epistolar: contestaba, a veces de su puño y letra, cartas hasta de petulantes mayordomos. En el retrato que de Bolívar bosqueja O' Leary, se lee: «En el despacho de los negocios civiles, que nunca descuidó ni aún en campaña, era tan hábil y tan listo, como en los demás actos de su vida. Meciéndose en la hamaca o paseándose las más veces a largos pasos, pues su natural inquietud no se avenía con el reposo, con los brazos cruzados, o asido el cuello de la casaca con la mano izquierda, y el índice de la derecha sobre el labio superior, oía a su secretario leer la correspondencia oficial y el sinnúmero de memoriales y cartas particulares que le dirigían. A medida que leía el secretario, iba él dictando su resolución a los memoriales, y esta resolución era, por lo general, irrevocable. Dictaba luego, y hasta a tres amanuenses a la vez,

los despachos oficiales y las cartas, pues nunca dejaba una sin contestar, por humilde que fuese el que la escribía».

Esto deberían fijar en la memoria muchos gobernantes.

Uno hubo entre nosotros, que pasaba por hombre de letras, que no contestó nunca americana carta, de carácter internacional, entregada en las manos de un esbirro de palacio. Sea porque su secretario privado hacía mangas y capirotos de la correspondencia presidencial: sea por la dejadez e indolencia del primer—magistrado, lo cierto es que el fervoroso notario Gumersindo Busto, fundador y fomentador de la real biblioteca de la Universidad de Santiago de Compostela, se quedó con el sermón aprendido. Su misiva, honrosa al Ecuador, se perdió en el silencio del gabinete del Jefe de la Nación. En cambio, enderezaba *litas epistolares* a muchachos locos, zurcidores de rancias ideas, rapsodas de lo sobado y sabido.

— Tuvo la cortesía — nos refirió un caballero manabita— de contestar autográficamente el Presidente Wilson una carta mía, con la que iba adjunto un cachivache de estas playas.

— Parece que éstos, no obstante *el furor* de los epistolarios, no fueran siglos como los de Voltaire y sus diez mil cartas; María de Rabutín—Chantal y los veintiún años de su copiosa correspondencia; Montalvo con las

cartas a lo mejorcito de su época en el Viejo y Nuevo Mundo; Juan León Mera con sus gordos tomos epistolares que religiosamente guarda su familia; Valera con el sinnúmero de cartas americanas y no americanas.

En nada se estudia mejor la cultura del hombre moderno como en el *servicio* de su correspondencia.

Gente de universidad hemos conocido que se ha *tragado* lo que bajo sobrescrito recibiera, porque se figuró desdorar al redactar cuatro líneas dentro de la cubierta. Ruborizárase, más de uno, si adujéramos casos concretos de vergonzosa incultura, en esto de las escuelas que duermen sin contestación un sueño pesado y abúlico.

Si las cartas son conversaciones por escrito, ¿qué pensaríamos del que, interrogado, se quedase papando moscas? Que es loco o pedante. El que con su fermata silenciosa quiere dárse las de gastador de pinto, suspende el compás de la educación.

Otra cosa es que se abstenga de contestar el insulto. En este caso, cartas de tal guisa no son cartas, como no llamaríamos conversación al ataque, reto o riña preñados de voces descomedidas.

Para muchos, podría repetirse la manera holgazana de pasar, de lunes a sábado, con la pluma en la mano, en el proyecto de escribir, a que se refiere «La historia

de muchas cartas del sentido poema de Campoamor. ¡Cuántas angelicales Doroterías, en algún rincón de Londres o de Vega, esperan, hasta agonizar, cartas de tantos indolentes Justos que eternamente dejan para mañana lo que urge despachar hoy día!

—¡Cuántas cartas, sabiéndose escribir no se han escrito!, exclama el poeta.

«¡Son tantas... pero ¡tantas! ..... Las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!»

¡Pereza ingénita de retribuir en igual moneda al que, en mala hora, nos consagró algunos renglones!

El viejo Dumas creía que la hora del correo era solemne.

— Campante me quedo, sin contestar a nadie, pues soy muy ocioso, nos decía un profesor que ha desempeñado cargos educadores en la instrucción pública.

Sin duda fueron muy elocuentes la fija mirada y el silencio que guardamos ante tan tristes palabras vertidas por quien debió enseñar con el ejemplo, pues trató de disculparse, alegando su temperamento, su carrera profesional (¡un abogado!) y muchas cosas por añadidura, propias de hábil picapleitos.

No hay límites arcifinios para el talento que del mundo hace su patria y traspasa las fronteras en aras de su genio. Un sociólogo español, catedrático de fama, se

propuso recorrer la América. Fue derramando su ciencia por diversos países. Vino hasta la vecina República del Perú. Merecería averiguarse por qué no tocó en el Ecuador... . . . .

En vano esperó respuesta al oficio que dirigió el gran Altamira, que en voluminoso libro nos ha narrado sus impresiones de viaje.

No sustentó conferencias en Quito... . . . por culpa de una carta, al estilo de la campoamorina.

Es tal la importancia de las cartas y tan serio el deber de contestarlas, que este acto de cultura ha pasado al rango de la más trivial regla de urbanidad ya de todos conocida.

Los epistolarios que con solícito cuidado se forman vienen a prestar mucha luz a la historia y clarifican las fuentes psicológicas. Una carta autógrafa de alguna persona célebre es apreciada como un tesoro. Formó, con cariño, el epistolario de Rodó el escritor uruguayo Barbagelata, y en esa colección consta que apenas a dos ecuatorianos se dirigió el autor del *Mirador de Próspero*.

## EXCELENCIA DEL CASTELLANO

*La educación reflejada en la ortografía.— Bobadilla contra "Azorín".— Morfología arbitraria al formarse una lengua — Incremento del habla castellana en la América del Norte. — Un escitor pedante que desdeña su idioma vernáculo.— Avisos bárbaros.— El prurito de usar palabras extranjeras.— Máxima de Rizal.— Los lavaderos de oro en la lengua.— Hermosa labor de Cuervo. — Familiar estropeamiento de los verbos.*

---

En la época actual, de códigos gramaticales cada vez más fijos y simplificados, la ortografía es distintivo de buena educación que está seleccionando ciudadanos y proscribiendo el pelo de la dehesa. Peor impresión que la picadura de la tarántula causa, en las personas cultas, la vista de faltas ortográficas.

Es increíble que Martínez Ruiz, de que tan donosamente se burló Bobadilla, probándole que no sabe escribir en castellano, defienda a los que ignoran las perfecciones decentes de la ortografía. A este respecto, con la urbanidad en la mano, le probaríamos que es pecado incivil y grosería social delinquir contra las leyes de la escritura, y mucho más en los literatos para quienes no hay disculpa, pues la vergüenza quemaría sus rostros si llevasen esas máculas en los originales que van a la imprenta o las revisa el corrector de pruebas. El gran Eduardo

Benot ha triunfado contra el descuido ortográfico, de multitud de españoles

— Es natural que durante la formación de una lengua se escriba con arbitraria morfología, dice Lafuente Vanreill. Hay cierta variedad entre los primitivos del lenguaje y los de la pintura y la escultura, porque en ellos es rica la inspiración, pero tosca y deficiente la técnica, como propia de un arte naciente no sometido aún a las disciplinas. Formada ya una lengua, con una literatura copiosa y variada, con una academia que cuida de su pureza y esplendor, no creo que deba ser permitido a los escritores y personas cultas emanciparse ortográficamente, porque esta libertad que con benevolencia se califica de desenfado, es, en realidad, una prueba de incultura imperdonable en quien se entrega al cultivo de las letras.

A medida que el castellano se abre paso en el mundo, de modo preferente entre naciones de otra raza y distinta base filológica, se le estropea más en pueblos llamados a conservar con veneración el tesoro de la lengua.

Las escuelas de castellano en los Estados Unidos se están multiplicando.

— Día a día, según acabo de leer en el *Mercurio* de Nueva Orleans, nos parla un amigo, se extiende más y toma mayor y creciente incremento en los Estados Unidos la lengua de Castilla, y en la actualidad es el idioma ex-

trajero que prima sobre los otros en las asignaturas de universidades y colegios. Es verdad que en la misma medida crece y se ensancha la condición cosmopolita del país, pero ha de advertirse que no es el elemento hispano el que prevalece después del nacional en la composición étnica de este pueblo, sino que, por sobre ese elemento, están el italiano, el alemán, el irlandés y muchos otros. La lengua española, pues, y no la raza, es lo que se está desarrollando aquí de modo sorprendente.

El español ha ocupado el primer puesto en los Estados Unidos. Le sigue el francés. El alemán ha descendido al quinto después de la guerra, habiendo figurado antes en el primero. En Nueva York, se destacan 410 maestros de lenguas extranjeras en los colegios de enseñanza secundaria. El castellano figura a la cabeza. (Esto en 1923)

El inglés es la lengua que más se habla en el mundo, le sigue el español con setenta y cinco millones, después el alemán con sesenta y cuatro, a continuación el francés con 47, el italiano con 37 y el portugués con treinta millones, si la estadística de dicho año no falsea.

—Me arrepiento de haber escrito mis libros en castellano, repetta un descaestado escritor del Nuevo Mundo, envanecido por el incienso que le quemaba el círculo de sus amigos que no le lesan, pero sí le *comían* y *bebían*, pues no faltaban a sus convites. .

En rigor, no estaban en castellano, tal era el número de galicismos de la jerga que había importado a la América del Sur.

Causa grima que el Ecuador vaya perdiendo la clara y honrosa tradición de sus hablietas insignes. Las escuelas de pintura, de escultura y humanidades, sobre todo en Quito y Cuenca, han sido excelentes, de fama continental, que ha estado atrayendo la atención de los extranjeros. Hoy todo se falsifica y adultera.

Vamos cayendo en casos de menos valer por falta de sólida base: los estudios clásicos, que deberían ser obligatorios. El menosprecio al latín ha sido de funestas consecuencias: se desdeñan y profanan los lazos maternos del idioma, y el descuido gramatical sube de punto.

Desde hace varios lustros, desde 1905, existe en México una ley severa que reglamenta el culto al castellano, a la lengua oficial, que forzosamente debe ser empleada en toda la República: en avisos, calles y plazas.

Análogo procedimiento convendría adoptar en el Ecuador, multando los rótulos bárbaros y las denominaciones ajenas al idioma.

La moda, que todo lo invade, nos está llenando de nombres extranjeros para cosas muy nuestras, que la pedantería bautiza con calificativos exóticos.

No sólo confiemos en la acción de la escuela, sino

también la policía, llamada a legislar sobre estos asuntos que parecen insignificantes, pero que entrañan difusión de cultura.

— *Se vende arinas: depósito de carbón; a la buena esencia de café, a los ricos dulces,* son letreros que todavía se exhiben en algunos barrios urbanos, nos hace notar un curioso.

A un extranjero le chocaba las denominaciones inglesas que había leído en tiendas, hoteles y edificios elegantes, regios

— ¿Para qué *royal*, para qué *capitol* decía, si ustedes tienen palabras más sonoras?

El problema del idioma se vincula con el de la independencia nacional, ya que las conquistas empiezan por el transplantamiento de una lengua.

— «Mientras un pueblo conserva su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar», repetía el sublime rebelde José Rizal, el tagalo heroico que derramó su sangre por la emancipación filipina. Añadía con la convicción de un iluminado, esta máxima que es la enseñanza que nos da la historia: "El idioma es el pensamiento de los pueblos".

Si vamos borrando lo típico, o que honrosamente nos distingue de las demás naciones, nuestros viejos mo-

numentos, nuestro aire característico, nuestra gloriosa tradición, no demos al traste, pródigos de novedades, con la horencia de nuestros hablistas insignes.

El venezolano don Pedro Montesinos nos ha recordado esta gráfica comparación: «El filólogo chileno Manuel Antonio Román dice que la depuración lingüística tiene para la república de las letras más importancia de lo que tendría para la riqueza pública un abundante lavadero de oro».

De intento citamos autoridades de pesc de lejanas tierras, para que no se crea mínimo escrúpulo del que está borrhoneando estos humildes renglones, brotes de sana intención y popular mejoramiento.

Los cerramos con las hermosas y sugestivas palabras de Rufino José Cuervo que luchó, con benedictina constancia y erudición de sabio, por el depuramiento del lenguaje de su pueblo, legando a América un código inolvidable y radioso que debemos seguir hasta por patriotismo.

—“En la lengua se encarna cuanto hay de más noble y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos, al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y

un himno guerrero la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, viéramos allí casas como aquéllas donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria".

Por desgracia, hablamos muy mal, risiblemente, la lengua de nuestros mayores, en el empeño de hacernos comprender de la servidumbre. Aun las personas cultas y elegantes corrompen los verbos a cada momento con el familiar *querís, trai, cogó, oite, apurate, vení, entendís, tomá, aiga, leirá, entendé, buscá, abrí, repetí*. (como tercera persona del indicativo), *decís, cabió, andé, ténís*, etc., etc.

¡Qué decir de la impropiedad de las palabras que la ignorancia esta entronizando. ¿Quién ha autorizado emplear *ciudadela* en vez de barrio, *tráfico* por tránsito, *obstaculizar* por obstar, *connotado* por distinguido, *bo-doquera* por cerbatana, *tercena* por carnicería y otras lindezas más?.....

## TREGUA DEL ESPIRITU

*El campo.— El habitante de la ciudad.— Suspiro de égloga.— La vuelta de los rebaños.— Fin de las tareas escolares.— Los niños que no pueden salir a respirar aire puro.— Que abunden parques y jardines para la infancia.— Las colonias escolares.— Recuento de méritos estudiantiles.— Palabras de un profesional.— El himno de las vacaciones.— ¿Cuándo se abrirán las escuelas?*

Se alegra el espíritu con el fácil desgranar de las horas, sin afanes, sin hechos notables, sin compromisos sociales, en medio de relativa comodidad, lejos de tentadoras luchas. Así el campo es delicioso. Correrías por los trigales y praderas florecidas; contacto con gente sencilla, humilde, sincera; paz de la aldea, paz arrulladora del alma, quietud, aire balsámico, ausencia de atropelladas labores intelectuales, lejanía de pasiones en fermento e intrigas humanas, equilibrio del sistema nervioso, todo contribuye para que el campo sea fuente de salud, manantial de sosiego.

Alguien ha dicho que el alma de un hombre de campo no es como el alma de un hombre de ciudad. Aquél vive en íntimo contacto con la naturaleza, observa, contempla, admira sus bellezas, siente que por los ojos

le entra la armonía del paisaje y por el corazón la dulce paz de la hora. Basta fijarnos, por ejemplo, en la cara de un campesino y de un abogado, de un agricultor y de un banquero, para comparar la confianza del uno y la suspicacia del otro; la plétora de salud de aquél, las huellas de consancio de éste.

El habitante de los campos se fortifica en su propia seguridad, crece en la bendición de sus cosechas, sueña con la legítima abundancia fertilizada con el sudor de su frente; palpa el fruto lentamente maduro; ama a su familia con ejemplar desprendimiento, cuida de su fiel perro: madruga, despertado por la música de las aves y la gama del rebaño; bebe el rocío de los campos y el agua pura de sus ríos circundados de verdor.

El juvenil poeta, añorando las inquietas delicias de égloga que vivió fuera de la ciudad, inspira prolongadamente y clama:—"Todo es aquí tan dulce, que nuestra alma suspira, con la suave tristeza del agua de la estancada".

¡Cuántas veces hemos sentido impresión parecida a la que experimenta Alberto Valero Martín en sus visiones campestres, al sonido de los *ohuros* o cuernos pastoriles, a la vuelta del balador hatillo, al paso magestuoso de los bueyes, que van mugiendo en graves tonos detrás de la vacada:

«Al pasar clamoroso de los ganados  
se extremece la tierra blanda, esponjosa,  
resuenan los balidos dulces, pausados,  
y en senderos, calzadas, vegas y prados  
alienta una alegría sana y gloriosa....»

[ Aire de vacaciones! En julio llegan a su fin las  
tareas escolares de la serranía

Las bandadas de palomas, los niños, se dispersan  
por los contornos de Quito, o vuelan lejos de la provin-  
cia de Pichincha.

Compadezcamos a los pobrecitos que no pueden  
hacerlo, y se quedan en la urbe polvorienta, abrasada en  
verano, henchida de peligros, blanco de las epidemias, que  
recrudecen por la aglomeración de gente, por las excava-  
ciones de cloacas, por el desenterramiento de sus entra-  
ñas y las construcciones múltiples.

— No se me antoja que estoy en vacaciones, por  
que este año no voy a salir al campo, decía con tristeza  
un lindo chiquillo de la escuela modelo Espejo.

Dejemos a los niños que en la ciudad demoran que  
paseen, jueguen y trisquen a su sabor en los parques y  
jardines. Cerrémoslos a determinadas horas para los  
transeuntes y abrámoslos exclusivamente a los niños, co-  
mo en verano se acostumbra en varias poblaciones norte-  
americanas, que han organizado hasta este pormenor ca-  
llejero, que juzgarán insignificante.

— El «Parque de la Independencia», el «Bolívar», el "24 de Mayo" se venían pintorescamente honrados, mientras nosotros sudamos en la oficina— conversaba fervoroso un padre de familia a otro— si nuestros bribonzuelos, al amparo de la policía y con las seguridades del caso, pudieran ir diaria y matinalmente con sus condiscípulos, con sus amigos, a recrearse, a brincotear, a retozar, respirando siquiera el aire embalsamado de las flores.

Las colonias escolares, que en años anteriores dieron magnífico resultado, no cuentan con fondos propios. ¿No le sería posible al congreso, a la beneficencia, a los bancos, a otras instituciones, mantener, como algo estable y vigorizador de la raza, a las colonias escolares? No debería faltar del presupuesto nacional una considerable partida para el fomento de lo que consideramos primordial, pues está, íntimamente relacionado con la salud y desarrollo de los niños del pueblo, de los indigentes y raquítricos muchachos, de tantos pequeñuelos que nunca han salido al campo ni han tomado espumante leche en las dehesas de nuestros valles.

Familias acomodadas viajan a la heredad amplia, a la hacienda cercana, al pueblo inmediato o distante, llevando a sus hijos que terminaron, a mal y mal cabo unos, con lucimiento y provecho otros, las lecciones de deontología escolar. Los que no debieron el favor, ni a la *chiripa*

sus triunfos, abrigan inefable fruición en la conciencia. Algunos, medio avergonzados, un tanto corridos se autoexaminan, recordando las influencias que pusieron en juego, cómo reclutaron profesores que no son los principales universitarios ni siquiera los suplentes, para una prueba académica de dudoso rigor, formada tal vez por tribunales que bien pudieran dar margen a la maledicencia para aprobar que les esté denominando *ad-hoc*.

Vida regalada de club y fatigas danzarinas, de noches toledanas y compromisos sociales, físicamente no alcanza a ciertos estudiantes para leer las nutridas páginas del texto de Anatomía ni entrarse por los intrincados escolios y comentarios del Código Civil, en la amplitud de las personas y cosas y de los testamentos y obligaciones. Pero el milagro se realiza: la votación es brillante, la victoria fácil y paradisíaca la vacación. En cambio, otros pundonorosos y aprovechados universitarios se queman los cejas en las prolongadas veladas sobre los libros y ajenos a las tentaciones mundanales y de círculo, se quejan de que les falta tiempo. Ganan, tras férrea constancia y arduos sacrificios, batallas bien libradas. Para ellos, no existen las ilusiones del largo descanso en el estío. Son los más severos censores de sus negligentes compañeros y de algún maestro, al que se le seca la boca al examinar o es cultamente derrotado en la brava polémica del examinando que con brío sostiene sus

tesis y derrocha erudición no *a la violeta* . . .

— Para evitar comentarios indecorosos, nos observaba un cultísimo profesional graduado en Francia, sería bueno implantar riguroso sistema fundado en el *concurso*. En su forma simplísima, podría presentarse así: las cátedras por crearse, o las vacantes actualmente; salgan a oposición. Los cargos de profesores sustitutos sean entregados a jóvenes de notoria preparación, en el concurso, *sin palanqueo*. Más tarde, éstos reemplazarían a los profesores titulados que vayan retirándose. De esta manera, la educación secundaria y superior estaría bien servida, a cubierto de las suspicacias.

Las pruebas escolares serían solemnes, sin sombra de favoritismo ni despliegue de teatralería. Así lo han solicitado distinguidos alumnos universitarios en discusiones solemnes, agrega al despedirse para su hacienda.

¡Tregua al espíritu, descanso a la material

Ya resuena el himno de vacaciones con este grato estribillo: ¡ al campo, al campo!

¡Árboles que se agitan, hojas que caen, atmósfera límpida, cielo azul, noches estrelladas, presagios de verano! Agosto se aproxima. ¡Vientos de vacaciones inolvidables para los estudiantes! ¡Aires que traen recuerdos del hogar lejano!

Volverán al corazón de la provincia los que diez meses se ausentaron de ella, que es como regresar al seno

de la madre querida.

¡Ya estrecharán contra su pecho a los idolatrados seres, besarán manos cariñosas, recibirán felicitaciones, sonreirán a los allegados!

¡Ah, las vacaciones! El anhelo de la niñez, el canto de la juventud, el gozo para los demás, si bien algunos padres de familia inspiran, fatigados e irascibles, y exclaman de vez en vez, como abrumados por un peso superior a sus hombros:

— ¡Cuándo se abrirán las escuelas!

Demos descanso al cuerpo y calma al espíritu.

Aconseja Jorge Lakhovsky en su obra *Longevidad o el Arte de llegar a viejo*, la observancia de tres principios: creer en la longevidad, no tener miedo a la muerte y evitar comprometer nuestra existencia. Debemos, por lo mismo, abstenernos de ser celosos, envidiosos o perversos. Por el contrario, nos conviene cultivar la bondad, la serenidad del alma indispensable al equilibrio de nuestra salud física y moral. Esto se obtiene en el sociógo, en la vida del campo, el reposo nocturno, el sueño tranquilo, que no se consiguen en el tráfico de la ciudad y su tránsito incessante.

## VALOR DE LAS PROPIAS OBRAS

*Prodigalidad de bondadosos testimonios.— El país de las recomendaciones.— Refrán popular — Observaciones de un recto concejal.— El caso de un joven que se empleó sin referencias.— Anécdota del millonario Schiff que no llevó buenos informes.— Lo que resultan los domésticos recomendados — «Doctor, un certificadito para mí y para mi hijito».*

---

A cada momento, por la debilidad de carácter, nuestra matadora endemia, estamos sintiendo en la vida práctica la necesidad de valorizar las cosas tal como son, a fin de que no usurpemos méritos a la colectividad, engañándola a sabiendas, con los bondadosos testimonios que prodigamos.

Somos un país dadiyoso hasta la liberalidad en lo que atañe a las recomendaciones, de tal manera que éstas, por la abundancia del género, se han vuelto odiosas. Muchos se inclinan a desconfiar de su eficacia. Este derroche es grave enfermedad que consume el valor ético. No tenemos la energía suficiente para negar nuestra firma de abono al descarado que nos la solicita, o testificar, en obsequio de la evidencia, lo que él es en sí, lo que significa, sin contemplaciones ni atenuantes.

Cuando está disponible un cargo—y a veces sin es-

tarlo— se presenta negra nube de candidatos con sendas recomendaciones, a la cual más laudatorias, en la cartera.

Más vale un momento de colorado que ciento de amarillo, repite el pueblo, dando a entender que más pronto se sale del paso usando de franqueza con una negativa rotunda que con evasivas fatigosas que nos quitan tiempo y paciencia.

— Es insufrible, nos contaba un recto y probo concejal, el enjambre, no diré de avispas, sino de petulantes y postulantes, que se arremolinan a la menor posibilidad de un nombramiento edilicio. Andan a caza de vacantes; cada cual con el pasaporte de un honroso certificado. Se les ha conocido a algunos como pícaros de siete suelas y, con todo, traen brillantes informes, en los que «a petición verbal del interesado», se acredita «por la palabra de honor» o en «legal forma», honradez insospechable, idoneidad a pedir de boca, brillante desempeño en el último cargo. Consta que salió con el rabo entre las piernas, confundido por su incapacidad y pésimo comportamiento. Con todo, se ha conseguido buenos y auténticos certificados. ¿A dónde vamos por este camino?

He aquí como, a la postre, recaen, sobre los mismos que suscriben aquellos engañosos documentos, perjuicios y dolores de cabeza, porque los sujetos así recomendados al fin se colocan en oficinas de responsabilidad,

en las cuales atenderán como hombres incumplidos y nullos, los asuntos que a todos interesan. La sociedad queda defraudada en los servicios públicos, a causa de aquella clase de informes mentirosos que desorientan y dañan. Sin la entereza de carácter, el mérito resulta triste ludibrio: juegan con él las mediocridades que consiguieron *certificados* llenos de encomio.

—Me ví precisado a emplear a un joven que no me exhibió recomendación alguna, nos refería un sagaz comerciante. Fastidiado por los informes que ponen a cualquiera sobre los cuernos de la luna, comencé a dudar de la veracidad de aquellas palabras garantizadas con firma y rúbrica. Si todos son immaculados e infalibles ¿a quién me quedo?, interrogaba para mi capote. Al fin, una tarde, me habló, *a la cansada*, un joven listo. En la cara reconocí su franqueza. «No he sido nunca dependiente», me dijo «No tengo quien me recomienda, pues casi nadie me conoce», agregó con acento de convicción. «Soy huérfano y sin relaciones». Me gustó la sinceridad del muchacho, que no se respaldaba con papel alguno *plagado de firmas honorables*. Efectivamente, no trajo mañas ni viciadas hojas de servicio.

Esto me reproduce cómo el millonario Jacobo Enrique Schiff, al trasladarse, a los 18 años de edad, de su patria Francfort de Mein, a los Estado Unidos, se colocó

en un banco de su gran metrópoli, sin informes de ninguna clase y sólo apoyado en su temprana experiencia y su talento.

—Apenas llegado a la para él, y para tantos de su temple, tierra de promisión, logró colocarse de dependiente en un banco de Nueva York, sin otra recomendación que el aire de seguridad y confianza que le daban los cuatro años de experiencia profesional en la técnica bancaria, escribe uno de sus biógrafos.

Sabido es cómo Schiff, saliendo de la rutina, estudió el corazón humano para distinguir a los honrados de los que no lo son, a los francos de los mojigatos: llegó a ser, a los 28 años, socio de la casa *Loeb*, luego sucesor de éste y más tarde vicepresidente de la cámara de comercio, sin abandonar la jefatura de sus negocios.

—«Nunca quiso tener Schiff secretario particular, anota un autor. Durante los treinta y cinco años de su dirección, tuvo la costumbre de abrir todos los días las cartas, con la particularidad de no dar la preferencia a las de puro negocio, sino a las que por el aspecto del sobre colgía que encerraban petición de auxilio. Otra particularidad, al parecer ridícula en un millonario, pero que denota un rasgo de su carácter, es que siempre aprovechó para apuntes las hojas en blanco de los pliegos de las cartas que recibía».

No se le crea avaro. Sus dádivas para escuelas, museos y otras obras útiles y de beneficencia son ingentes. Al colegio Bernad regaló un edificio de medio millón de dólares.

Volviendo a las recomendaciones que afirman cosas inexactas y están prodigando virtudes, la dificultad crece para los padres de familia cuando buscan gente de servicio. ¿Cómo ha de faltar informes a los domésticos, inclusive a las cocineras?

— Excelente persona, magnífico muchacho, dicen, por escrito o a viva voz, que para el caso es lo mismo, del paje ratero, de la aplanchadora *badulaque*, del artesano chambón y mal forjador de *plantillas*.

Pueblo de recomendaciones baratas es pueblo de inconscientes méritos personales. El que de veras vale y se estima, se impone con obras indiscutibles, con hechos propios, no con cropeles, allí donde la sinceridad es prenda apreciable, el estímulo, distintivo nacional, y el *palanqueo* resulta odioso, por bajo, despreciable y ladrón de honra y méritos.

Coloradote, sano y bueno, derramando frescor y gordura, va un individuo donde cierto Galeno — Doctor, le encarece en tono suplicante, necesito un certificadito para acompañar a esta solicitud — Con mucho gusto, con mucho gusto. (Y pone un sartal de afirmaciones ines-

crutables.)

— Mil gracias. Aquí tiene usted sus honorarios..  
He de volver por otro para mi hijito que faltó a la escuela

El resto de los informes se dan por condescendencia, gratuitamente.....

Rotunda mentira dar fe de lo que no sabemos. Se alegará que para salir de compromisos se extienden falsedades bajo la autoridad de una firma? Prueban esas *debilidades* falta de carácter y poco aprecio a la verdad; que en tales casos, a causa de la responsabilidad del documento, es más grave. ¡Cuántos testimonios que suelen pedirse por escrito envuelven categórico insulto a la dignidad humana.

—No dí mi certificado con juramento, alegaba por justificarse un hombre bueno, incapaz de negar nada a nadie.

—Pero lo dí bajo su palabra de honor, hombre, le repuso un hombre de bien, que no es lo mismo que hombre bueno, que a veces resulta igualmente un buen hombre.

## LA DULCE ALEGRÍA

*Meditación de un político.— Su aislamiento.— Ya no llueven tarjetas de año nuevo.— Las reflexiones de un banquero.— Tristes consecuencias de las fiestas.— Lo que saben jueces y abogados.— Copla popular.— La invención de un borrachito, de obscuro cerebro.— Entre gallos.*

---

Meditando estaba un político de viso en la fugacidad de las cosas terrenales, cuando vino a sacarle de su ensimismamiento la zambra popular: pasaba, casi arañando sus balcones, abigarrada muchedumbre, con ruido de sonajas y roce de sedas. Era el superficial cortejo que iba a divertirse: gentes disfrazadas de monos, de payasos, de *padres belermos*, seguidas de un par de viejas, de mugrienta catadura y ridícula careta, que cerraban el bullicioso desfile, zurriago en mano.

— Esta vez no he recibido ningún saludo en enero, reflexionaba. Otras ocasiones, una montaña de tarjetas de año nuevo se levantaba en aquella mesa central: el grande y el chico me dirigían felicitaciones en cartones dorados y letras cursiva. ¿Me habrá olvidado la sociedad tan pronto? ¿Considera que ya no puedo servirla ni hacerla daño?

Movía la cabeza de arriba abajo, con mueca en los labios, un si es no es desdeñosa y triste.

Así dejó pasar, sin la genuflexión de los interesados, ni obligadas visitas de compromiso, los días invernales de fiesta y escándalo, en los que se desgranaban las alegrías como un rosario de locuras que transcurren en un avemaría.

— Ni a presenciar el brillante y aguerrido curso de flores salí, continuaba monologando el distinguido ciudadano, ya lejos de los favores oficiales y en más serena atmósfera.

En esto, acudió a su casa un connotado de estrecha confianza, banquero de ejecutorias.

— ¡Hola! Hola! ¿Qué milagro te aventuras por este desierto?

— A descansar un momento y ponerme a cubierto de las solicitudes y exigencias de los pedigüños. Como que les acosa hambre canina de dinero: me quieren devorar todos a tiempo.

— ¿Y a qué se debe tanta urgencia?

— ¿No das con la premura? Se conoce que estás muy preocupado cuando no señalas la causa general. A mí no me coge de nuevo el jubileo. Después de cada fiesta, ya es sabido, las operaciones del banco se multiplican. La desesperación de esto. . . (Y se rascaba la palma con los dedos de la otra mano).

— ¡Que curioso! Eres perspicaz, sobrino, como hombre de negocios.

—Nada de eso. No se requiere penetración para saber que las deudas se desbordan después de las bacanales populares. Por lo común, el que más derrocha, es el más necesitado. Arroja la casa por la ventana para aturdirse, para fingir que está distante de alguaciles y cobradores. Bueno es el regocijo, saludable la expansión, el deleite espiritual: pero la alegría tiene sus límites; los gastos del placer sus medidas. Desequilibrán su presupuesto, adquieren obligaciones; que son otros tantos dogales, por *no ser menos*, por participar de la embriaguez pública. Vieras tú; personas increíbles acuden con alhajas y garantías en súplica de una operación prendaria o préstamo a largo plazo.

Los jueces y abogados entienden también de estos ajetreos a raíz de las fiestas. Se agiganta su clientela: cunden las demandas; los apuros de los *enyescados*, a quienes se les ha exprimido el zumo para encenderles a continuación en la hoguera del papel sellado.

Si los refranes no mienten, resultan más burlescamente verídicos, después del vértigo, al final de la mascarada, cuando se piensa en "cada día gallina," amarga la cocina", si la tierra es, como heredera de la sangre andaluza, de perpetua verbena, de recreo continuado, de baile frecuente, de popular y casi cotidiano aire jaranero.

Menudean las fiestas. Cuando faltan, el ingenio las

inventa, señalando un pretexto cualquiera para robar un día a la semana, algo de tiempo a la abrumadora faena. Bien lo cantó el humorista:

«Este mundo es un fandango, y el que no baila es un tonto».

—Para la vida que se pasa, mejor es ahogarla en.. fiestas, decía modestamente un hijo de Baco, pensando en «la fiesta de la copa», que él había inventado tontamente

—Si hay días para los grandes regocijos— discurría él— ¿por qué no he de honrar uno con el pomposo nombre de «la fiesta de la copa»? ¿Por qué no he de hacer que se hombree mi descubrimiento con "la Fiesta de la Raza" la «Fiesta del Arbol», la «Fiesta del Estudiante», la «Fiesta del Obrero», la «Fiesta de la Lira», la «Fiesta del Condiscípulo», la «Fiesta del Reportero», etc.? El pobre, confundía lo bueno con lo malo, las nobles y sentimentales causas con las pequeñas: mezclaba atropelladamente el espíritu de ciertas significativas y hermosas conmemoraciones con su espíritu . . . . de vino. Falto de acierto, tomaba en absoluto— cosa abiertamente repreensible—lo que debe ser muy relativo. Días de gala, dulces alegrías existen que honran a los pueblos y a la humanidad. ¡Cuán consolador y poético, por ejemplo, recordar a los que nos acompañaron en la infancia, a los prístinos e inolvidables amigos, a los hermanos en afecto e ideales! ¡Cuán dul-

ce revivir el reinado de la poesía, gala del mundo, humana! orgullo que nos mejora! ¡Qué humano dar tregua a las fatigas y dolores!

Como el dipsómano del cuento no puede negar su origen indio, no distingue las rogocijadas remembranzas, tan distintas entre personas cultas, de las características de una raza, estancada en su desenvolvimiento, que no desperdicia pretexto para sus orgías en vida y en muerte, abusando hasta de lo más santo: de sus creencias, de su religión, del homenaje a sus deudos.

Por esto, nadie le toma en serio, por más que presuntuosamente levanta el gallo, que, de fundarse en razón, otro gallo le cantara.

Con todo, no tengais mucho gallo para el ingenuo cronista que sencillamente ha reproducido estas trivialidades, ayunas de filosofía, frívolas como lo callejero, ligeras como el buen humor de las comparas de antifaz, zurcidas tal vez entre gallos y media noche.

No faltarán murmuradores que censuren lo que para ellos es nimiedad. Para escuchar sus sinrazones hay que ir a escucha gallo.

## LA BUENA SEMILLA

*El futuro de los niños.—Granujas que despuntan mal. El domador de fieras — Maestros enmascarados.—Sobrerbia satánica.— El barbarismo de Demetrio.— Almas egoístas.— Falta de abnegación popular.— Ferrero analiza al moralista Horacio.— El miedo a la muerte.— Vidas sin finalidad.— El mal ejemplo en el hogar.—Deficiencia de ciertas escuelas.*

---

—Únicamente los niños tienen un futuro, ha dicho célebre pensador. Porque ellos están llamados a cambiar el destino de la sociedad y el trabajo del mundo. Para los demás ya no hay tiempo.

—Si no educáis bien a los niños, oímos a un maestro, veréis que desarrollan instintos de fiera. Encarriados por rectos senderos, como por paralelas de hierro, dando ejemplo de hegemonía del espíritu.

Granujas, en presencia de la policía, prorrumpen en palabrotas que harían ruborizar a un poste. A gritos, pelean entre ellos, sin cuidarse de los niños inocentes que, atraídos de la curiosidad, les rodean. Presenciamos a menudo estas escenas callejeras: riñas, desafíos, insultos de los pilluelos descarados.

Otros, desde temprana edad, van muy orondos, con el cigarrillo en la boca, escupiendo por el colmillo, *jagan-*

do a los mayores.

Entre ciertos gremios, la corrupción precoz es grande, grabada por las pésimas compañías.

Peor que la lucha de osos— los temibles «kadiaks» de Alaska o los grises de las Montañas Rocallosas— será, en la sociedad, la de los que no educaron su corazón desde los primeros años. ¿Cuál el audaz domador que olave sin misericordia su gancho y reduzca a la fiera a la jaula, esto es, a la ley, a la honradez, al respeto social?

Franqueza, horror al engaño y a la mentira, no se cansen de inculcar las cabezas directivas en los espíritus infantiles, predispuestos a la farsa y al disimulo.

Pero si el jefe es emblemático, cual un sacerdote egipcio, si no se puede saber cuando habla en broma y cuándo de veras, si sus hechos e ideas son como el laberinto de las Cuevas de Artá, porque su pecho aglomeró las concreciones del mal que, gota a gota, molécula a molécula, cual otras estalactitas y estalagmitas, se han filtrado en medio siglo de pasiones contenidas, de rabia disimulada, de sed de venganza, de intriga encubierta ¿cómo esperar que los alumnos diminutos desenmascaren al maestro?

En el fondo de todo, latirá, como ave siniestra, la satánica soberbia, que no admite reparos ni la más inofensiva rectificación. Bufará si alguien se atreve a corregirle, por razones que le asistan, pues ha de prevalecer im-

perativo el *magister dixit* de otras épocas, como fiero «úcase».

A Demetrio le hizo notar uno de sus oyentes ligero barbarismo que se le había deslizado en su discurso.

El magnánimo imitador de la humanidad de Alejandro, premió con cinco mil medimnos más de trigo esta lección, además de los cien mil que había hecho repartir a los vencidos atenienses.

A muchos ciega la vanidad: se mantienen en sus trece, sin confesar humildemente sus equivocaciones. Por mal entendido orgullo, no quieren contradecirse; sostienen sus errores, que son de funestas consecuencias. El talento, reconoce sus debilidades y culpas; la tontería, no quiere ser destronada. Claras inteligencias rectifican sus conceptos; las opacas, se imaginan que son infalibles.

Si en esta funesta escuela desarrollan los niños, mañana serán insufribles pedantes, réprobos de los argumentos, menospreciadores de las razones.

No se espere de ellos estímulo ni espíritu de sacrificio. Almas egoístas, pensarán siempre en la ganancia personal, en la corriente materialista, en el imperio del yo dentro del cual son moneda de fácil circulación injusticias, olvidos y desprecios. Os impulsarán a acciones que les convengan; sacarán la castaña por mano ajena, movidos de logro personal, por más que lo encubran hábilmente.

—Me chocan los cargos honoríficos, decía un rapazuelo subido a mayores; a mí me gusta lo positivo, aquello en que gane mucho sin letanía de alabanzas.

Desaforado andaba en busca de dinero, conquistándose la repulsa social, llenándose de enemigos, acreciendo su antipatía.

Allí donde falta la abnegación en el alma popular, las vicjas y nobles costumbres han venido a menos. El ideal va apagándose, y el ciclón materialista es tan fuerte que, después de los goces atropellados, esos náufragos sólo piensan cobardemente en la tumba: tal sucedió en la Roma decadente. Así Guillermo Ferrero, que ha estudiado sus grandezas y su postración, al referirse al moralista Horacio, deduce estas verdades sociológicas:

—'No son, dice, las virtudes públicas y privadas de que no se siente capaz ni tampoco cree capaces a sus contemporáneos: no es el placer físico ni el placer intelectual, que arruinarán al mundo— si se les tomase como fin supremo de todos los esfuerzos humanos;— tampoco es una mezcla de deber y de placer, pues no se ve cómo se fijaría la distribución del uno y del otro; no es una obediencia servil a la voluntad de los dioses, que son ahora harto numerosos, demasiado diferentes unos de otros y que conciertan muy mal entre sí. Efecto natural de tanta incertidumbre, se ve aparecer en el extremo horizonte de

esta gran vida moral, el fantasma que proyecta su sombra sobre todas las épocas poco seguras de sí mismas, el miedo a la muerte. Cuando el hombre no logra persuadirse de que la vida aspira a un fin ideal que ninguno por sí sólo y reducido a sus propias fuerzas podría nunca alcanzar; cuando el hecho de vivir se ofrece como el único fin de la vida, la limitación de la inquieta existencia atribula y entristece.

¡Como aflige y anonada ver a jovencitos que vegetan sin ningún idealismo; existencias tempranamente desperdiciadas; vagabundos morales que carecen de finalidad y rumbo! (1)

El remedio que se vislumbra es el hogar: pero ¿qué hogar se santifica para ellos? Huérfanos y desgraciados desde las horas primeras, quedárouse a palpar sólo el mal ejemplo. Sus padres fueron desde un principio sus verdugos; o porque les abandonaron sin misericordia, o porque no les imprimieron buena dirección, con el consejo eficaz o con el espejo de la virtud por delante.

(1) *Con pena, acabamos de leer, como noticia telegráfica transmitida a Guayaquil, que en Tulcán se ha descubierto una sociedad infantil, denominada «La Mano que aprieta», que ha sido fundada con fines malévolos. («El Telégrafo» N. 13489 de 25 de enero de 1922).*

Queda, como última salvación, la escuela. Mas ésta es impotente, ante los vicios que con precocidad arraigan, y, sobre todo, si el maestro no es un psicólogo abnegado.

Rutinariamente, enseñar a esas descarriadas criaturas a leer, escribir y contar, no es sembrar en ellas la semilla de la educación, de modo especial, si quien les prodiga los rudimentos del saber no les prodiga también saludables normas morales que palpen a diario, que cotidianamente les entren por los ojos, hasta que algún día avancen al corazón y lo iluminen.

Supremacía de obra instructiva, con todos los ensayos del interminable flujo pedagógico y de la soberbia misión metodológica, está arruinando a la educativa. No es flor de todos los jardines la abnegación del maestro, ni menos el predicar con el ejemplo.

Por esto la buena semilla fructifica en muy contados, en poquísimos corazones. Desde la infancia se intoxica a algunas criaturas con el veneno de la vanidad y con el peor aún del que han dado en llamar ideología, que maldito el sentido que toma en las mentes pequeñas. Se les quiere enseñar a vivir muy pronto, sin base firme que rectifique las efímeras construcciones sentimentales, que vigorice el carácter, que despierte amor al trabajo y al esfuerzo propio.

¡Cuánta responsabilidad porque no seleccionan las semillas que entierran en surcos escolares!

## LA VISION PATRIOTICA

*El patriotismo y el Quijote.— El libro inmortal en la infancia y el patriotismo en la madurez.— Extranjeros ingratos.— Parábola de Francisco de Asís.— El castigo que ordena a fray Bernardo contra el villano Bernardón.— Debilidad nacional para con ciertos extranjeros.— Los que se han puesto en evidencia.— Protesta de quiteño sacerdote contra un colombiano ingrato.— Cosas que se producen entre aventureros extraños y desmorados provincianos.*

---

El patriotismo es cauterio de hondas heridas, eficaz remedio para muchas llagas. Señalarlas categóricamente, con el fin de que cicatricen, santo y bueno. ¡Cuántas medicinas son repugnantes, pero saludables!

Urgentes mejoras nacionales nos faltan: no nos ceguemos ni envanzcamos, repitiendo maquinalmente que vivimos en El Dorado, en una primavera eterna, en la Tierra de Promisión regada por ríos de leche y miel. Al que nos prodiga sinceros reparos, le guardamos cariño; es un leal amigo que desea enmendar nuestros defectos. La verdadera amistad no encubre incorrecciones ni disimula lunares: expone con franqueza lo que ha notado, a fin de que la rectificación oportuna nos ponga a cubierto de chascos y rubores.

Con el patriotismo acontece lo que con el Quijote. Todos repiten que es excelente el libro inmortal, como lo es el amor a la patria; pero cuando niños, nos sofoca su lectura, no entendemos, nos parece pesada, llena de palabras raras y nombres peregrinos de difícil pronunciación. Poco interés nos despiertan las salidas de Alonso Quijano que si a veces nos causa risa, no comprendemos su objeto. Mas, vienen los años, llega la reflexión, y entonces, la obra eternal es nuestra Biblia. Meditamos sobre ella; refrenamos poco, pues más son las secretas lágrimas que el humorismo cervantino arranca. Comprendemos los viajes del andante manchego, enamorado locamente de un ideal imposible. Y repetimos con el comentador sutil: — «Ya ni una sola letra hemos dejado de leer del bello libro; y cuando en sus últimas páginas llegamos a la postrera confesión del postrado D. Alonso, comprendemos que venga a ser bueno y cuerdo el hombre cuando ya no puede ser otra cosa. Entonces D. Quijote es nuestro libro de cabecera».

Así el patriotismo en la infancia del hombre o de los pueblos: *suena* su palabra pero no lo damos todo su alcance; a veces, la oímos con frialdad y nos cansa de tanto repetirla. Pero transcurre el tiempo, llega la madurez, nos toca, como el caballero de la Mancha, salir lejos del solar querido y la luminosa voz ya no se apaga nunca, es la Biblia del ciudadano, el libro que traza sus deberes.

Desde entonces, ya nunca más nos son indiferentes las burlas y las veras del patriotismo.

Invocándolo, nos cantan cosas muy agradables; pero no con mala intención, los extranjeros que se duelen del atraso nacional.

Les agradecemos con el alma su actitud de buenos amigos que nos ocultan omisiones y errores.

¡Pero, cuán distinta es la conducta de los ingratos que llegaron al país, alguno de ellos casi desnudo! Esta patria hidalga y hospitalaria les abrió los brazos y les trató a cuerpo de rey. Muchos de ellos regresaron a su *llacta* llevando bien herradas las antes vacías boreas. ¿Cual fue el pago? ¿Consagraron al Ecuador algún recuerdo de reconocimiento? ¡Quí! Todo lo contrario: escarmenaron ridiculeces y mentiras, exageraciones y calumnias, con el objeto de echarlas al rostro de la que fue para los hambreados y desnudos su segunda madre. Irrita la ingratitud, que hace perder los estribos al más santo.

El Ecuador, singularmente Quito, ha procedido con los extranjeros como aquel gentil hombre, grande y generoso, que recibió y hospedó a Francisco de Asís y su compañero como a ángeles del cielo. Encendió fuego para ellos, preparó la mesa con «muchos y buenos manjares, y mientras ellos comían estaba él continuamente sirviéndoles con alegre semblante». Luego que acabaron de co-

mer, habló así este caballero:

—«Padre, yo estoy a vuestra disposición con mi persona y hacienda para cuanto podáis necesitar; cuando os haga falta túnica o manto, compradlos: que los pagaré; y sabed que estoy pronto a proveeros de todas vuestras necesidades... »

Lo que se lee en la deleitable leyenda de las *Floreccitas*, se hallará también, sin acudir a Passerini, en la *Historia del Ecuador*.

Ya no extranjeros de bajos sentimientos— sino gente ingrata de provincias— tienen el atrevimiento de hablar mal de Quito, que siempre fue desprendida y cortés como el caballero que acogió al hijo de Pedro Bernardón. A estos *chagras* y a los *blancos* de lejanas tierras se debería aplicar el remedio que el humilde y pobre de Asís insinuó, rogó, ordenó a fray Bernardo:

—«Te mando por santa obediencia, murmuró San Francisco, que para castigar mi presunción y osadía, al echarme yo ahora boca arriba, me pongas un pie sobre el cuello y otro sobre la boca, y así pasarás tres veces de un lado a otro diciéndome afrentas y vituperios, y especialmente me dirás: aguanta ahí, villano, hijo de Pedro Bernardón, ¿de dónde te ha venido tanta soberbia, siendo una vilísima criatura?».

Debilidad nacional es exagerarnos en las atenciones

a cua'quier Don Nadie que llega a estos trigos. Pobres diablos que así se ven adulados, se binchan como sapos, y van a reventar afuera. Larga es la historia de los ingratos. Intelectuales falsificados, nulidades artísticas se les considera aquí como la última palabra de la sabiduría y del genio; pero ellos mismos se encargan de *ponerse en evidencia*. Otros, no obstante su talento, no se acuerdan de que en todas partes se cuecen habas, como no quiso notarlo el pesimista Eugenio Noel ni el erudito y fecundo Carbonell, como aconteció al exagerado Ugarte, al superficial y orgulloso Zamacois, al falso *Gaziel*, a la interesada Singerman, al escandaloso Zegrí, etc., etc. (1)

—No pude contenerme— nos contaba un santo e ilustrado sacerdote— y le lancé cuatro frases en Panamá, al ingrato colombiano que soltaba pullas contra el Ecuador, y especialmente contra su capital. Soy quiteño, regresaba, lleno de entusiasmo y amor, a los treinta años de ausencia, al hogar de mis mayores, he aquí que este pícaro colombiano se puso a denigrar en mi presencia al país que le dió pan, casa y familia. ¡Como si no le hubiera conocido desde joven! Vino *traposito*; estudió por favor, casi de limosna; fue maestro de capilla o sa-

---

(1) *Nombres de extranjeros bien recibidos en Quito, alguno de ellos de talento, figura distinguida desde otros puntos de vista; pero todos malagradecidos.*

cristán de donde yo me sé bien; la sociedad, generosa con él, le empujó muy alto, casó con una notable quiteña; se llenó los bolsillos de oro; se le confió tierras de sembradura... y, en recompensa de tanta hidalguía, lo primero que hizo fue ocuparse pésimamente del Ecuador afuera. Creía que era extranjero el que le escuchaba, cuando menos español, y se equivocó, pues le puse la cara como un tomate, refiriéndole su triste vida...

Así se expresó el calmado y digno sacerdote, al citar el caso histórico, que no es raro, pues a diario se reproduce entre aventureros de mala ley o provincianos sin entrañas; los primeros insultan a su segunda madre, los otros — lo que es peor — a la legítima y sacrosanta desde mil conceptos, sin reflexionar en que se suicidan....

En cambio, cuánta gratitud guardamos para los nobles extranjeros, los sabios de verdad, los ilustres artistas, los investigadores sagaces y reconocidos, los industriales cultos y progresistas, los comerciantes honrados, los marinos selectos; los viajeros que no ignoran que en todas partes se cuecen habas, y en América a calderadas; los intelectuales de miga que no desconocen las excelencias del idioma, ni vapulean el castellano con la fusta neológica o *chilenizante*; cuánta gratitud, repetimos, para los extranjeros que nos han enseñado y nos han querido como a hermanos menores, sincera, racional, consecuentemente, como la decencia está aconsejando.

## LA DOCENCIA MODERNA

*Los dos Ejércitos.— Su renovación científica.— Veneración para los vencidos de la vida.— El maestro de antaño y el de hogaño.— Buenos auspicios de los actuales institutores.— La patria confía en los normalistas.— Lo relativo en todo.— Recuerdos de «La Educación Popular».— Extensión de servicios de los profesores normales, desde las aldeas a los cantones.— La Montaña de los jubilados — Quienes labran la grandeza nacional*

---

Como el ejército nacional se ha renovado poco a poco, de tal manera que legiones de pundonorosos y bizarros cadetes han salido de colegios militares a difundir estímulo y cultura en los cuarteles; de igual modo, aunque más lentamente, el otro ejército, el de los maestros modernos que libran las batallas de la civilización— los normalistas— va mezclando su fresca savia, los métodos racionales, en toda la República. Salen de las aulas con otro espíritu humanal y franco, engrandecido por la práctica científica, profundizado en la disciplina psicológica.

A los hijos de Marte en formación se les ha exigido— con mucho acierto depurador—el título de bachiller al ingresar en el colegio militar, plantel que honra a la patria y que cada día será más luminoso con el con-

curso de misiones científicas. A los maestros en germen debería reclamárseles la brillante presea de normalistas, de lo contrario, la revolución pedagógica—tan trascendentalmente iniciada en el país con la sabia cooperación de algunos alemanes— no será bella realidad ecuatoriana, de un confín a otro de la nación que a prósperos fines se encamina, basada sobre la piedra angular de la escuela.

Quedan— y los recordamos con veneración y pena— multitud de vencidos de la vida, institutores de otro medio y otra edad, casi la medieval, que cumplieron a su modo su misión, sacando fuerzas de flaqueza y difundiendo con afán todo lo que sabían, a veces más de lo que era posible asimilar en días de atraso y pobreza de elementos. Restan igualmente unos pocos ¡oh dolor! humillados hasta el extremo por largos ayunos y prolongada tortura moral, víctimas de arcaica ración de hambre, serviles por necesidad, supinos ignorantes y fatales corruptores del castellano.

—Cuando inicié mis labores, nos contaba un viejo maestro jubilado, ganaba *una peseta* mensual en casa rica. Era la clase que más me producía, pues me daban también *un bocado*. ¡Y de esto no ha corrido sino medio siglo!

¡Qué problema tan arduo renovar el magisterio, a-

partando lo desecho y estableciendo una carrera de verdad y abnegación.

No hace completo lustro que varios institutores rurales y urbanos ganaban menos que un albañil. La renta ha ido subiendo proporcionalmente, con halagadora eficacia. Las construcciones escolares cuentan con fondos propios. Ya se levantan airosos palacios, en donde ayer casas ruinosas tenían el pomposo nombre de escuelas, disimulado con el de algún patricio nacional que las patrocinaba. La reforma ha sido hercúlea. Alborea la femenina. La esperanza está fincada en los institutos normales, baluartes de sólida educación, desde los que serán certeros los disparos contra la ignorancia y debilidad de carácter, contra los prejuicios.

Como el análisis es relativo, ni todo lo antiguo fue malo ni todo lo nuevo es bueno. Pedagogos del siglo pasado, visionarios que se adelantaron a su época, varones ilustres, colmaron de honra a la escuela. Sagrado deber es consagrarles nuestra gratitud, pues no se ha de hacer *tabla rasa* del ayer, de ese ayer tan calumniado por los inconoclastas y olvidadizos. Algún anciano maestro, respetable y competente, alienta todavía; pero el número es ya cortísimo, contado por los dedos.

Pasean su garbo pocos de la flamante cosecha, que lo único que exhiben son *infulas*.. En cambio, la ge-

neralidad de las modernas filas, ¡cuán genuinamente capaz, ejemplar y de halagüeño porvenir! Los jóvenes normalistas gustan de la polémica científica, sobre todo de cuestioncillas gramaticales, sostienen con brío sus doctrinas, compran libros, leen bastante y fundan revistas pedagógicas. Su vida intelectual es más activa. En medio de todo, queda sonando, como una trompeta tocada desde la vanguardia para nobles somatenes, la revista *La Educación Popular*, (1) fundada en tiempos no muy difíciles, hace tantas décadas, y sostenida con exiguos y personales fondos. En ella, los que la hojeen en las bibliotecas, hallarán iniciados bastantes puntos que hasta ahora sorprenden, planteadas reformas que son generosas avanzadas: No desconozcamos los esfuerzos anteriores, la buena fe de lo que pasó, para vivir, como deplora el poeta, inmóviles en nuestro engaño de que sólo es nuevo el sol que nos alumbró.

Hay derecho a esperar más aún del rico florecimiento de este tiempo renovador y dichoso en materia de educación humana.

Se han cerrado las puertas al abuso y al contrasentido.

Se ha restringido el permiso de obtener título de

---

(1) «*La Educación Popular*», revista fundada por el señor Dn. Daniel Enrique Proaño, director del célebre «Colegio de la Santa Infancia». (NOTA escrita en 1923)

institutor en las direcciones de estudios. Se ha prohibido que los que preparan a los postulantes formen el tribunal examinador en los grados respectivos. Por el honrado procedimiento, tendiente a que nunca más sean jueces y partes al mismo instante, los indelicados . . .

Todo lo cual significa que se está dando la hegemonía que merece al instituto normal, como era lógico. El profesor debe lucir esta hoja de servicios, este bautismo que le imprimirá carácter.

¿Se dirá que los establecimientos normales no alcanzan a abastecer de maestros a la República? Muy cierto. Pero también lo es que abundan profesores normalistas— especialmente en el género femenino— que se han negado a ir a practicar en los pueblos miserables. Ni el contrato ha servido en ocasiones, ni la beca. Como salvadora medida extrema, han cambiado de jurisdicción, marchando, con hato y garabato, a la costa ecuatoriana.

El remedio no será utópico: reglamentar el servicio en una como ley de ascensos, estimulando con años de abono o con el aliciente de la renta a los institutores que cumplen su apostolado en las retiradas aldeas. A los alumnos becados, cualquiera que sea su procedencia, exíjaseles el noviciado en parroquias inferiores, para promoverlos después a otra categoría, a las cabeceras de cantón, por ejemplo. Que no sea director el que antes no se en-

sayó buen número de años en el campo.

Es preferible, ¡oh paradójal la jubilación— que pesa como una montaña sobre las rentas de la instrucción pública y que será la bola de nieve que ha de agrandarse amenazante— de todos los inválidos del profesorado, a que ejerzan *deficientemente* el cargo.

No nos referimos a los achacosos y enflaquecidos por los años, sino a los inválidos intelectuales, a los inválidos amorales, a los inválidos de la adaptación que, no pudiendo asimilar el saber moderno, prosiguieron en su rutina desesperante. Permitir que continúe enseñando gente que soporta casi un siglo de atraso cultural, sería destruir la vigorosa reforma que con tan excelentes representantes cuenta. Con todo, el problema de las jubilaciones subsiste como una carga abrumadora. Las rentas son impotentes, los diques son pequeños para contener el Amazonas que se desborda. La leche de la vaca flaca del Estado no da para tanto. Hágase de tal modo que sea vergonzosa la jubilación de todo aquél que se sienta con fuerzas para el trabajo. Créense premios honoríficos.

Cumple a todas las clases sociales, en el hogar y en la prensa, colmar de prestigio a los nuevos soldados de la defensa nacional, los normalistas. Ellos están laborando la grandeza de la patria.

## AMOR A LA LECTURA

*Por el modo de tratar los libros se cata al lector.— Obreros que no saben leer.— Bienes de las Escuelas Nocturnas.— Conversación con el director de la única que para obreros existe en la capital — Apoyo colectivo que requiere la Institución.— La lectura de diarios es "sintomática" del grado de adelanto de un pueblo.— Colosal protesta con el periódico en la mano.— Lectura de baratillos y hojajs volantes.— Lectores "de gorra".— Genios que no leen nunca diarios. Indiferencia punible*

---

El sutil Eugenio d'Ors reconoce al momento, según el estado del libro, quien lo ha tenido entre sus manos.

— Los que no saben conservarlo, no entienden por lo regular lo que leen, observa.

Se puede adivinar su educación con el examen del libro: si está desencuadernado, con las hojas manchadas, con la ceniza del tabaco en sus junturas, si dobladas las páginas como señal del pasaje en que ha quedado, el lector es grosero, poco instruído, por más que no vista poncho sino levita. Si, por el contrario, se le trata con amor, sin dejar huellas dactilográficas o de grasa; si se preserva su pasta del polvo, forrándola con cuidado; si no se desgarran sus hojas, al abrirlas; si no se voltea su lomo como una revista cualquiera, en este lector se advierte al inte-

ligente, delicado y fervoroso entendedor de lo que sus ojos recorren; se columbra al que no ignora que los libros ocultan un alma.

¿Y qué decir de los que jamás han sentido la curiosidad de acariciarlos con una ojeada? ¿Qué de los que no saben leer? Quedan todavía entre los obreros algunos de misera condición que no saludaron al abecedario.

Para remediar tamaña desventura, se han fundado las escuelas nocturnas de adultos. Por vía de descanso, después de las faenas diurnas, acuden por la noche a las aulas. Aspiran a ser ciudadanos. Pónense, con paciencia, a aprender el alfabeto y a escribir cantidades. Un mundo nuevo se despeja ante ellos. Comprenden, entonces, las mil sanas distracciones que les proporcionan los libros, que antes eran un misterio para ellos. Por esto les odiaban. Dejan de acudir a la taberna, abandonan el garito. En el hogar se consagran a la paulatina lectura, rodeados de sus hijos. Ya no están avergonzándose ante ellos, por la inferioridad de no entender de letras y de números. Comprenden ahora el alcance de aquella anécdota del menosprecio de Atahualpa a Pizarro, porque el conquistador no sabía descifrar los caracteres pintados en la uña del grande e infortunado monarca.

¡Cuántos bienes se desprenden, cuántos, de la educación del obrero!

— Existe una sola escuela nocturna de obreros en

la capital, nos dice con pena su entusiasta director— Antigua por su fundación, hoy huele a muerto....

—Es doloroso que le falten elementos, que no la apoyen las clases cultas, que no se enriquezca su biblioteca, le contestamos. Es preciso dar vida a esa importante institución en bien de los gremios.

—Una sola biblioteca pública franquea sus puertas por la noche, la municipal. En los teatros no se cimenta el arte educativo para el pueblo, contando como se cuenta con las facilidades del cinematógrafo. Se publican diarios, revistas y libros, pero las clases humildes no leen, porque casi nunca se les habla de sus propias cuestiones en términos sencillos, y desde el punto de vista práctico, añade en son de queja.

El director de la escuela nocturna de obreros abraza nobles ideales. Confía en que la Municipalidad no le ha de discutir una regular subvención para el mejoramiento del plantel. Proyecta organizar el curso comercial, establecer un orfeón popular, instruir al pueblo en la teoría musical y el ejercicio de algunos instrumentos de cuerdas con el ensayo de simpática estudiantina, aquí donde es casi instintiva la habilidad por la música, y el oído, hasta en los granujas que siguen a las bandas militares, se distingue por su finura.

—No estaré satisfecho de mi labor, nos agrega el abnegado joven al despedirse, hasta que no vea muchas

escuelas nocturnas repartidas en la ciudad, con numerosos alumnos y excelentes medios de actividad, que rindan ricos frutos espirituales.

Toca a todos sostener la campaña en bien del obrero, pues el problema de su educación refluye en la cultura general y la nación va ganando en fuerzas espirituales y en prestigio.

Signo inequívoco y elocuente de la civilización popular es la propagación de la lectura del periódico.

Cuando las cocineras, los mozos de cordel, los peones, los picapedreros, compren diarios, se dirá que el medio en que vivimos se ha transformado en superior y que la masa es consciente. De lo contrario, triste es confesarlo, sólo latirá cruel barbarie, más o menos disimulada.

Curiosísima y reveladora sería la estadística de los trabajadores que son suscritos a algún diario, sea el que fuese. *La Sociedad Artística Industrial del Pichincha* está en el deber de formar esta estadística. ¿Cuántos de sus socios llevan cotidianamente algún periódico a sus hogares? ¿Se ha implantado esta costumbre, como reparto del pan de cada día?

—Cuando ni las alusiones que directamente les interesan logran leer algunos, mucho más ¡oh utopía! se soñará en que hagan el sacrificio de comprar un diario, nos repetía un autorizado miembro de su directorio.

La más viva protesta sería organizar un mitin(¿ya

se castellaniza así a la palabreja?) contra el delator de esta vergüenza, un mitin de cinco mil obreros, cada uno con su diario preferido en la mano, para probarle que calumnia miserablemente. Otra demostración palmaria sería exhibir los recibos de suscripciones, cinco mil recibos, en las sastrerías, talleres peluqueras, fondas, vitrinas lujosas y escaparates modestos. Contra el número, no quedaría en pie ni el más serio argumento en contrario. Se demostraría el movimiento, el adelanto, *andando*.

Gastar en leer algo, aquí donde casi nada se lee y les duele el *regalo* de diez centavos, sería uno de los frutos de la multiplicación de las escuelas nocturnas destinadas a los obreros.

Los maestros de escuela, los jefes de las distintas asociaciones, fábricas, talleres, oficinas, cuarteles, familias, son los llamados a fomentar el hábito de la lectura, preferentemente periodística.

Lo primero que salta a la vista y nos asombra en otras partes— que son tierras de más progreso — es palpar como todo el mundo compra periódicos.

— Los *baratillos* son muy concurridos, a pesar de que los turcos venden cosas de pacotilla y que no duran veinticuatro horas, recalaba un chusco. Me puse a inquirir la causa. Dí en el clavo ¿Qué por qué se produce el fenómeno? Porque los anuncios, grandes cual sába-

nas, las hojas volantes, como se distribuyen gratis en crecido número, son los únicos *diarios*, los únicos que devoran los pobres. inclusive las viejas, las beatas, las cholitas y los chagras. Cuando se reparte en esa forma cualquier papel impreso, lo arrebatan de la diestra. Tal es la demanda, que llega en fragmentos a las manos del pueblo curioso, pero poco *gastador*. El mozo que reparte, como en el milagro de panes y peces, atropellado, estrujado, puesto en prensa, por un prodigio sale con vida. Los turcos son sabios: para facilitar a los que no saben leer, cuentan con muchachos que diariamente recitan sus artículos comerciales: son los voceadores de sus febles mercaderías, de tres al cuarto.

La regocijada observación callejera está encerrando verdad de casa y familiar filosofía. Se dijera sátira maliciosa contra los *lectores de gorra*, contra los empedernidos que se instruyen *de prestado*, contra los que incurren en la culpa mortal de lesa civilización, pecado contra el santo espíritu de la prensa.

Gente increíble — tacaños de realrjos — jamás compra un diario. Para justificar su avara conducta, denigran a las empresas editoras, motejan de sosos a los periódicos se acuerdan de los colores de bandería y aseguran que se han suscrito a costosas revistas extranjeras. . . . . no a las que llegan a las bibliotecas, en donde las saborean de go

rra, desde luego.

— Nunca leo periódicos, nunca, nos murmuraba insistentemente, con mueca despectiva, garboso sujeto, dándonoslas de hombre superior, de genio. ¡Para lo que hay que leer! . . . .

— No se contradiga, le gritamos ¿Cómo supone eso, si nunca lee? Absténgase de los juicios temerarios.

¡Como si fuera laudable sustraernos al medio en que se vive y no interesarnos por la cosa pública!

Los que no leen diarios, jamás visitan sus haciendas: dejan los negocios públicos y privados, los temas nacionales y particulares, la riqueza que les corresponde administrar, en poder de los mayordomos.

Este indiferentísimo nos pierde. Si los órganos de la cultura son desatendidos; si no existe el menor interés por la opinión pública ¿cuándo remediamos nuestros males?.

Escrito lo anterior en 1918, para *El Magistrio Ecuatoriano*, las cosas, por ventura, han cambiado bastante. Hoy tenemos numerosas escuelas nocturnas, las bibliotecas se han multiplicado; el pueblo lee más, compra periódicos y arrebatada de las manos, con incontenible curiosidad el diario de la tarde *Ultimas Noticias*, de pequeño formato y profusamente ilustrado.

En lo moral, nos hemos despedido, quizá para siempre, de las dictaduras. . . . . (Marzo de 1939)

## INSTRUCCION Y EDUCACION

*El final de vacaciones.— Niños que no salieron al campo — El poema del chicuelo pálido.— Recuerdos del mes de octubre.— Los estudiantes «a palos», que no se retiran a tiempo.— Ineptitudes y aptitudes colegiales.— El esfuerzo propio.— De tejero a millonario.— Un alumno agradecido que tuvo buena base. Frutos de la escuela— ¡A matricularse!*

---

Las familias, rica o pobremente asiladas en el campo, despiertan ya para volver a la ciudad, que va recobrando su cotidiano movimiento, interrumpido un tanto por las vacaciones.

¡ Pobres chicos que no pudieron conseguir el goce de unas horas de aire puro y retozar a su gusto en la dilatada campiña!

No son eficaces las vacaciones de los niños que se quedan en la urbe, en ambiente pesado y estrecho, a perder lozanía y colores, a enflaquecerse. ¡Peor que si se impidiera ramonear a los chivatos!

Nos viene a la memoria el doliente poema de Juan José Llovet acerca de *El Niño pálido*.

•Muchas tardes de otoño, en mis largos paseos por el parque sin pájaros ni hojarasca en los árboles, me he cruzado con él....

Es un niño enfermizo, pálido y melancólico,  
que se cansa si corre como los otros niños,  
que no ríe jamás....»

Aristócratas o plebeyas, no faltan estas criaturas sin savia ni vitalidad, tempranamente tristes, víctimas de feble herencia, que a veces vemos ambular por las calles, sombras de lo que son los chicuelos q' renovaron su sangre y refrescaron sus pulmones con el oxígeno puro de la quietud y lejana aldea, con los abundantes y sanos alimentos.

«La infancia no es infancia, niño pálido y triste  
tu cuarto de juguetes es para tus ensueños  
igual que una prisión.

¡Si tú un día pudieras entrar en huerto ajeno,  
verías qué agradable es el gusto agrídulce  
de la fruta en agraz!»

Nunca será suficientemente aplaudida la benefactora institución de las *Colonias Escolares*, que tantos frutos obtiene, en provecho de la niñez, en el período del descanso lectivo.

¡Mes de octubre, de inolvidables recuerdos para el alma estudiantil! Los padres de familia, para algunos de los cuales agosto y septiembre fueron interminables, suspiran de satisfacción al ver que empiezan a reanudarse las faenas escolares, interrumpidas por un paréntesis de tiempo que voló célere para el alumno. Unos se apresuran a

matricular a sus hijos, lo que es buen indicio; otros, dejan las cosas para el último, lo que prueba que el hogar anda manga por hombro.

¡Mes de exámenes de ingreso! ¡Cuánta ilusión para el que por vez primera penetra en las ansiadas aulas! ¡Qué consuelo palpar cómo se educan hoy día! Edificios de escuelas y colegios que en la capital parecen palacios, con útiles de lujo y menaje decente. Sopla hoy la comodidad; se inicia la tolerancia. No escasea el cariño para la niñez, a la que no se tiraniza. Han desaparecido los *chicotes* formidables y las *señales* de palo. No se mantea a los recién entrados ni son vapuleadas las pantorri-llas de los novicios de cortos y estrechos calzones. Se respetan los forros de los libros, que antes eran comisados, porque esos pícaros forros representaban a los periódicos prohibidos. ¿Queda alguna infeliz aldea que se sirva de cajones de arena y pencas para escribir en ellos, en vez de pizarras? Muy pocas, tal vez en olvidada montaña o misérrimo aduar, en los que las paredes hacen el papel de pizarrones.

En el mes de octubre se decide la suerte de los estudiantes suspensos, que pasaron las vacaciones con la congoja de si se adornarán o no con el título de *patriarca*, y quizá con la mayor dignidad de *profeta*, aun cuando la ley, sabia en esto, no quiere que nadie se eternice en

los planteles de educación, pues quien pierde por dos ocasiones un mismo curso está dando elocuentes muestras de que no le fue propicia la musa estudiantil, salvo que sea un retardado *prodigioso*. ¡No irá a pasar la vida fatigándose entre textos, exponiéndose a la burla de sus condiscípulos y exasperando a los maestros!

—Retirarles a tiempo es cordura de los padres de familia, oímos decir a un experimentado y científico rector. El cariño les ciega, y algunos no acaban de convenirse de que sus hijos no nacieron para los libros. No se contentan sino viéndolos de bachilleres o doctores a palos. ¡Tiempo miserablemente perdido! Sin aptitudes ni vocación ¿cómo concebir un estudiante? *Quo natura non dedit* . . . Verdad es que se han presentado casos de jóvenes a quienes por ineptos se les cerró las puertas del colegio y que más tarde llegaron a ser genios: pero son *excepciones*

¿Prueba que no fueron comprendidos por sus profesores o que se operó en ellos admirable transformación? En cambio otros, magníficos estudiantes, quietos, metódicos, repetidores de la lección al dedillo, simpáticos y pegados al adulto, fueron más tarde nulidades con título, inadaptados para la vida e incapaces de ganar una peseta. ¿Está por ventura esto probando también la justicia humana, las preferencias, el *ojo clínico* de muchos maestros?

¿Son quizá tempranas degeneraciones, fruto de enfermiza precocidad escolar? ¿O tal vez la experiencia nada les enseñó y no recibieron lecciones de observación, saludables y sugestivas para la diaria lucha?

¡Siempre el eterno problema de la instrucción y de la educación, que no armonizan sutil y sabiamente!

El esfuerzo propio es una gran lección, una vieja Biblia. Cuentan que el millonario Juan N. Wilys, hijo de humilde tejero, muchacho aún, observó, en el campo donde se había criado, que las riendas de los caballos de labranza se arrastraban a los pies de las bestias y eran por ellas pisoteadas. A nadie se le había ocurrido remediar este inconveniente. Wilys, discurriendo un poco, se provee de unas pinzas para sujetar las bridas. Los aldeanos compran todas las que el tejero les presenta. Esta fue la primera piedra sobre la que se levantó su fortuna. Las horas robadas a la escuela, fabricaba ladrillos y tejas, tal como nuestros indios de la Magdalena. Ni siquiera completó sus estudios, pues más utilidad halló en el libro de la experiencia y el gobierno de sí mismo, páginas que tantas cosas le enseñaron. De agente viajero, pasó a vendedor de artículos de deporte, como bicicletas, patines, etc. Su espíritu inquieto avanzó en la propaganda de aparatos de movilización; se entregó al negocio de automóviles. Representante de la fábrica Overland, su serenidad e ingenio la salvaron de una quiebra. Por úl-

timo, ensayó la construcción de aeroplanos. Como éstos, su fortuna subió a las nubes. Sin mayores estudios, Wilya va a la cumbre económica, y no descuida su moral.

Hemos conocido jóvenes que a lo más llegaron a terminar la sección inferior del colegio y que, con trabajo asiduo, amasaron un capital considerable. Un muchacho antes de cursar filosofía, se internó en la selva del Balzar. Ahora va cerca de redondear el millón de sucres

— A los profesores del instituto singularmente unos pocos— y los señalaba con gratitud— debo mi felicidad, nos decía vivamente emocionado, abrazándonos en Guayaquil en la celebración de las fiestas centenarias. Ellos echaron las bases de mi sólida educación. Hallé obstáculos para graduarme de bachiller. Resueltamente me metí en un monte. No puedo quejarme de la suerte.

Ahora un caso diverso: la fructificación del aprendizaje escolar y académico. El ingeniero Cornelio Vanderbilt, con su deber y esfuerzo propio, se labró posición envidiable. Por amor a Gracia Wilson, renunció la herencia paterna. La inclinación de sus sentimientos y la nobleza de alma pesaron más que el dinero. Desde soldado ascendió por escala rigurosa. A los ocho años de arduo servicio, Vanderbilt es capitán distinguido. Más tarde, lucirá como teniente coronel, hasta llegar a la cúspide de la holgura económica.

La escuela es una gran base: sobre ella, contalen-

lento y disciplina, se consigue doble bienestar: el moral y el físico.

Cada año, en los templos de instrucción pública, abiertos de par en par, como sobre el ara está el libro de matrículas, recibiendo nombre tras nombre, a las generaciones del mañana: el espíritu se ensancha ante el porvenir que espera a la niñez bien dirigida.

¡Y entonces, bendecimos a la escuela, y octubre nos es más risueño!

Instrucción y educación, las dos voces tan invocadas, han de compenetrarse de tal modo, que quien atesora conocimientos en su cabeza, también atesore nobles sentimientos en su corazón. El niño educado ha de huír de la ignorancia, y el instruído ha de apartarse de la maldad, de todo lo vedado.

Por esto, fueron obras complementarias las de esos dos insignes educadores Edmundo de Amicis y Pablo Montegazza con sus admirables libros: *Corazón*, diario de un niño, y *Testa* (cabeza) diario para los jóvenes.

## VOCACION Y PERSEVERANCIA

*Flammarión cumple ochenta años — Cómo vio el primer eclipse. — La voz vocacional — Los padres de familia que tuercen la carrera de sus hijos. — Flammarión en el Observatorio de París. — Una inscripción luminosa. — Otra perseverante. — Secretos del triunfo. — La triste psicología de un mártir filial. — La vocación es grito inextinguible.*

La astronomía es ciencia del pasado y del futuro, que se enlazan como por mano de magia. Lo que hace miles de años dejó de ser, ven los mortales como un mensaje de actualidad, rayo de la muerta estrella que baja a visitarnos cuando el astro ya no existe. ¡Nos abismamos en la sublimidad de estas paradojas!

Con motivo de haberse cumplido el octogésimo aniversario de Camilo Flammarión, se han recordado curiosas anécdotas de su vida. ¿Quién no se ha deleitado con los ensueños celestiales y las fantasías acerca de Marte de este sabio que hizo deleitable a la astronomía? Sus viajes aéreos— uno de los cuales fue su noche de bodas:— sus novelas bellísimas, *Stela* y *Urania* entre ellas: sus predicciones del fin del mundo, todo encanta en el escritor de Alta Borgoña, que ha sido fiel al viejo precepto de enseñar al lector al par que agradarle: *Lectorem delectando, pariterque monendo*. Mezcla de lo útil y lo dul-

ce, que aconsejan los horacianos.

Cuentan que, en Langres, al niño Flammarión le invitó su madre que presenciase un eclipse solar, que se reflejaba en un charco, cerca de su casa. Dejóle el maravilloso espectáculo vivamente impresionado. Secreta voz sintió que le gritaba dentro de su conciencia, de modo imperativo:

— Estudia astronomía, estudia astronomía.

En efecto, desde entonces, agotó una biblioteca astronómica. Dióse a la búsqueda de cuanta publicación sobre la materia pudo conseguir. El secreto impulso no falló, ya que casi nunca fracasa por sí solo. Agentes extraños lo hacen fracasar. A veces, la absurda imposición de los superiores, que no comprenden el *quid* profesional del muchacho: quizá el error de los padres de familia, llevados por miras lucrativas, o por vanidosas consideraciones, están a punto de desbaratar toda una existencia, ya que esto significa torcer la carrera del niño.

— Quiero que estudies leyes, repetía tercamente al aprovechado bachiller, su padre. Con tu talento, te abrirás paso en la vida pública.

— Papá, le contestaba humildemente, no he nacido para abogado. Siento bullir dentro de mí el fervor del arte. El pájaro azul de la belleza aletea en mi alma. Dame permiso para ser arquitecto. Más tarde viajaré, estudiando los más hermosos monumentos del mundo.

— ¿Quiéres ser albañil con título?, preguntaba el jefe de casa enfurecido, y se paseaba repitiendo: albañil, albañil. En la familia ha habido jurisconsultos ilustres; las ciencias públicas son tu campo, no quiero que te *amortices* ni obscurezcas sin figurar en política, metido en un rincón, dirigiendo el palacio o la hacienda de algún rico que no comprenda tus planos y te obligue a reformas churriguerescas.

Flammarión adelantaba, modesto aprendiz rodeado de libros astronómicos, en el taller de un cincelador, esperando la hora de servir de lleno a la ciencia de su gusto. Sutil y anciano médico, amigo de la familia, notó la inclinación del chico, y favoreció esta pasión, especialmente cuando, en el humilde cuarto del joven, a la sazón de 16 años, halló un arsenal de mapas celestes, bocetos astronómicos, apuntaciones, manuscritos, cartas geográficas y obras de consulta.

Al fin se empleó, ínfimamente, en el Observatorio de París. No deseaba otra cosa. Se había despejado su camino. El triunfo estaba asegurado. Frisaba en los 20 años cuando lanzó a los cuatro vientos su *Pluralidad de los mundos habitados*. La lista de los libros creció por encanto, para alegría de la ciencia; todos sugerentes y hermosos; todos vulgarizadores de la ciencia.

— Desde hace más de cincuenta años, cuenta con cariño uno de sus biógrafos; Flammarión vive en el mismo

departamento modesto de un quinto piso, en uno de los raros oasis de silencio de la metrópoli, cerca del observatorio. Las habitaciones de su casa han visto desfilar a los visitantes más ilustres. Los vecinos del barrio saludan todos los días familiarmente al viejo astrónomo de rostro sonrosado, cabellera abundante y barba blanquísima. Suele dar cotidiano paseo higiénico antes de ir a su trabajo. De mayo a octubre, Flammarion se retira a su villa de Juvisy, a una veintena de kilómetros al sur de la ciudad, sobre el camino, empedrado como en los tiempos del Rey de Francia, que conduce a Italia. La casita domina desde un collado el valle del Sena y está dominada a su vez por la cúpula de un observatorio.

Vocación y perseverancia son las palancas del triunfo, allí donde los méritos imperan y el hombre, por su estudio, es acreedor, no a la envidia ni al zarpazo del odio, sino al respeto de sus semejantes.

En aquella casita pintoresca de Juvisy, Flammarion, en caracteres visibles, ha escrito esta luminosa enseñanza: *Per scientiam ad veritatem*.

La de aquel otro gigante del trabajo y de la observación era: *Nulla dies sine linea*. Supo, al pie de la letra, cumplir la máxima, pues nos ha legado una biblioteca de biografías, cuentos, críticas y, sobre todo, novelas, como su trilogía y sus cuatro evangelios, el viril fulmina-

dor del *Yo acuso* publicado en *La Aurora*; Zola.

Por la ciencia, a la verdad, y por el trabajo al éxito, he aquí la síntesis de muchas vidas que fueron fieles a su vocación sagrada.

—Por dar gusto a mi madre, oficio en los altares, nos decía, con honda tristeza, un curita muy simpático. Para ella, era la suprema aspiración verme de sacerdote. Prolongué así los años de su existencia; pero yo emasculé mi vida.

Y se dejaba adivinar el prolongado e inconfesado sacrificio que le torturaba. Fiel al cumplimiento de sus deberes, sentíase un constante fracasado. Suplicio fue su juventud; desencanto su ancianidad, a través de eterno vacío. Alguna vez, a sus íntimos, les reveló delicadamente algo que podía traducirse así: «he errado mi vacación». Pero el amor filial reaccionaba. Si las espinas se hundían más en su espíritu, nadie las arrancaba, ni nadie estaba al tanto de la crueldad de esos dolores.

¡A cuántos trastornos se expone y qué de responsabilidades se acarrea el que violenta una vocación, grito anímico e inextinguible que resonando queda por todos los años del mundanal peregrinaje!

## PROTECCION A LA MUJER

*La fuerza y el esfuerzo o la verdad y la mentira.— El himno de la fuerza del poeta Markham.— La estatua de Fidias.— Fuerza digna de los dioses.— El vigor de la raza — Esfuerzos dolorosos — La generosidad de los verdaderamente fuertes.— Vicios contra la fortaleza nacional — Escrúpulos raciales.— Los cazadores de criadas y «chullas».— Extranjeros sanos y enfermos.— Causas de la corrupción de costumbres entre los jóvenes.— Cuadros sombríos — Necesidad de una ley de protección a la mujer.— La Cruz Roja La ley del más fuerte para los pueblos débiles.— El hombre y el árbol.*

---

La fuerza, como el Hércules de las empresas re-  
dentoras, está representando a la verdad; el esfuerzo a la  
mentira: la una es evidencia, la otra apariencia. ¿Qué  
hacemos cuando *simulamos* fuerza, sino *esforzarnos*?  
Por algo la filosofía popular ha confirmado tal engaño  
con la frase *sacar fuerzas de flaqueza*.

Fuerza es salud, fuerza es inteligencia, fuerza es  
carácter. Quien no se siente sano, y quiere parecerlo, se  
*esfuerza*. El que no es de talento, y anhela manifestar  
lo contrario, se *esfuerza*. El débil se *esfuerza* por pa-  
sar por temperamento de férrea voluntad.

Anciano ya el poeta Edwin Markham, le sobraba

robustez para declamar sus viriles composiciones. Entre ellas, sobresale la llamada «El hombre del arado», que no inculca la filosofía lloriqueante de la resignación, sino la social rebeldía, la muestra de altivez. El rey de befas esforzándose en introducir, por mínima soldada, la reja en la dura tierra, no entona el himno de la fuerza, sino la elegía de su impotencia. Vigor triunfal sería si llegase a dominar una máquina, a domar una fiera, a dirigir, sin agotador cansancio, al bruto uncido al yugo.

El mismo Markhman compuso original poema: presenta a Fidias esculpiendo divina estatua, para que le sirve de modelo la incomparable Frine. El esmerado artista se detiene en pulir aun los mínimos detalles. La diosa que Fidias cincela inspirado en Frine, será puesta en la encumbrada cúpula de un templo griego, lejos de las miradas profanas.

¿Que maravilla detiene, al tratar de rematarla eurítmicamente, el afán del escultor? Los cabellos. Ansiando está que sean de perfección suma. Al verlos tan acabados, alguien le pregunta por qué ha gastado tanto tiempo y paciencia en tallar esa cabellera que los hombres no podrán contemplar, una vez que la estatua será colocada tan alto, en coronamiento del templo.

—«¡Ah!, exclama Fidias, los hombres no; pero los dioses, sí».

Muchas veces el *esfuerzo*—en el que se gastan horas y desvelos—es «para que vean los hombres». La fuerza es digna de los dioses, es virtud encumbrada como una montaña.

Cuando las razas intentan esforzarse, desenvuelven teatral aparato de superioridad: gritería, cañones, protestas, desfiles, palabras al viento. Las razas legítimamente fuertes son sencillas, sinceras: no desperdician energías, no necesitan de pueriles demostraciones de un vigor que lo llevan en la sangre.

La fuerza de una raza, como sobre una mole de granito, se basa en las buenas costumbres. Sin salud no se concibe la fuerza física; sin ésta, el talento flaquea. Pálidos, enclenques, ojerosos, imprimen a sus ideas la enfermedad que les agobia, los que no retesaron el músculo.

La fuerza es libertad; el esfuerzo es servidumbre. La primera nos habilita para las victorias del progreso; la segunda nos aproxima a las rudas faenas del esclavo.

El animal se esfuerza en soportar sobre sus lomos la carga, sobre su cuello la coyunda: el racional descansa en la fuerza de su espíritu, en el poder de su mente, en la palanca de su voluntad, en la tensión de su brazo.

Todo esfuerzo es doloroso. Premiemos la fuerza, antigua divinidad, atributo de salud, de inteligencia y de equilibrio; desconfiemos, en muchos casos, del esfuerzo, remedo de vigor, farsa de poderío.

Por punto general, el fuerte es noble. Tiene conciencia de su valía y se ríe del insulto, exudación de impotencia. El que abriga la seguridad de aplastar al adversario, no se desata en bravatas. Rara vez se acuerda de que se llama león; no desciende a la villanía del abuso. El débil es en muchos trances fanfarrón; intenta desplegar recursos que no posee.

Por lo común, los verdaderamente fuertes son generosos y confiados. El débil es astuto y urde revanchas.

El trabajo que menos esfuerzo requiere es el más deleitable. El esfuerzo penoso seméjase al parto de los montes. Al fuerte no le abruma *sostenida* labor; al raquítico, le mata.

¿Cómo pensar, trabajar y vivir fructíferamente, si la nación no es fuerte?

Los vicios conspiran contra su fortaleza. El vicio venéreo es el más destructor y, por desgracia, junto con el alcoholismo, el más difundido.

Contrista el **INFORME ANUAL** del subdirector de sanidad! La corrupción de menores raya en lo increíble.

La vida está cegándose en germen. Para combatir el cáncer, es preciso franqueza, valor, constancia. Hay que despojarnos de hipocresías, en bien de la niñez, y, por lo mismo, de la raza.

— Las enfermedades venéreas han cundido de tal

manera, dice el doctor Miño. «que casi no hay clase social que se halle excenta de ellas».

—«Y no es que el mal no haya sido conocido, agrega, ni revelado antes, no. Son nuestros escrúpulos raciales propios de nuestra idiosincracia, los que nos han conducido al término censurable a que hemos llegado. Porque, por un falso espíritu de tolerancia o disimulo, hemos dejado progresar el mal ampliamente: la Policía no ha cumplido con su deber. . . . » (Invoca el art. 374 del Código Penal que no ha aprovechado la Policía)»

El hambre ha corrompido a tantas degraciadas. El mal cunde. Agentes de policía — unos cuantos celadores — andan a caza de la gente de servicio, para seducirla con halagos y a veces con amenazas. Han arruinado a las criadas. Comerciantes sin conciencia — colonia no bien quista que rivaliza en feas costumbres con los chinos de baja estofa — han empujado a centenares de sanas y hermosas *chullas* por la pendiente del vicio. La seducción de la seda, la tentación de los trapos, el encanto de las botitas extranjeras y las medias caladas, han dado al traste con el honor y la salud. Otras ocasiones, la fórmula del vil cohecho es conocida: la rufianería pródigamente remunerada y el cebo del empleo. Ante la risueña perspectiva de ser *dependienta* con renta regular, la incauta muchacha cae a la postre.

-- Un extranjero fomentador del juego, que no escatimó medio alguno para dorar el vicio y multiplicar las atracciones, las cenas de pavos, las novedades llamativas, a vista y paciencia de la policía y de la mansa sociedad, nos contaba con indignación un joven experimentado que nada tiene de beato, empleó docenas de jóvenes chullitas que abrieron los ojos al mundo, se pusieron en ocasión próxima de escuchar mil seducciones, se les despertó el apetito de las propinas, palparon el nocturno y diurno mal ejemplo y salieron no pocas de ellas con deshonrosa y lucrativa profesión . . . .

Amamos a los extranjeros, son testimonio de civilización y fuente de riqueza para el país. Ellos han transformado a las naciones americanas: ellos nos han enseñado tantas cosas de provecho. Pero tengamos extranjeros que nos honren; colonias ejemplares y morales. Si no seleccionamos, la patria continuará desangrándose, enferma de alma y cuerpo.

—«En ello, agrega el doctor Miño, no va solamente la desgracia personal de las mujeres abandonadas al vicio y, más que al vicio, al descuido moral y material de sí mismas; sino también la desgracia de los que con ellas se contaminan, especialmente nuestra juventud; y, lo que es más temible aún, la degeneración de nuestras sociedades de mañana, la herencia de podre para las genera-

ciones que nos sucedan».

El doctor E. Salgado V., poniendo el dedo en la llaga, puntualiza las causas de la prostitución en Quito, que las recapitula en tres grupos. El primero: las mujeres que se entregaron al comercio de su cuerpo por pobreza, ociosidad y ansia de lujo. El segundo: las que, en la lucha por ganarse el pan, han sido víctimas de los patrones de casas, talleres, almacenes, cantinas, donde han servido. El tercero: las hipócritas, mujeres que pasan por honradas y que clandestinamente propagan el morbo. Son infelices que escribieron alguna tragedia en la que, sin ser las culpables, les tocó la peor parte.

— «Estas desgraciadas— continuá el sagaz médico especialista en tan arduas materias— cuentan al fin la historia de su vida entre lágrimas y sollozos. El amor mal correspondido, el amor burlado por las falsas promesas de su seductor, arrojó una parte de esas mujeres por el camino de la abyección. Muchas de éstas, ante el abandono, el hombre y la infelicidad, y llevando en sus brazos, al hijo, fruto de la seducción del hombre a quien quisieron, recorren los prostíbulos ocultos... »

Es menester que la sociedad no ignore estos dolores sombríos. Los padres de familia, en bien de sus hijos; los poderes públicos, en guardia de la vitalidad nacional; los obreros, como un aviso para su parentela: los pobres, pa-

ra que experimenten en cabeza ajena; todos, para aunar voluntades y remediar tanta miseria y podredumbre.

¿ Y los legisladores ? . . . ¿ De que sirven las leyes sin la acción social, sin la eficacia del remedio ?

— «Tal vez el Ecuador— observa el doctor Salgado— sea uno de los pocos países del mundo que no se ha preocupado todavía en dictar leyes que protejan a la mujer contra las injusticias y crueldad de sus seductores. Si exceptuamos unos pocos artículos que contiene el Código Penal relativos a la violación y seducción de menores de edad, ninguna otra disposición hay tocante a las responsabilidades inherentes contra los que ponen en juego el inmenso cúmulo de astucias, para procurar burlar en toda ocasión la buena fe de la mujer »

Se ha fundado una benéfica institución que se propone remediar un tanto estas dolencias sociales: la "Cruz Roja Ecuatoriana". Sus estatutos, entre otras cosas muy laudables, han consignado esta resolución heroica: «Despertar la conciencia de los pueblos del Ecuador en materia de higiene»

¡ Que no quede escrita tan bella empresa, que significa el triunfo de la radiosa vitalidad: despertar la conciencia de los pueblos en materia de higiene!

Encierra altruista programa de profilaxis, que los salvará de contagios materiales y anímicos.

Otro de sus fines es: "Propender al mejoramiento social: protegiendo a la infancia; vulgarizando los principios de higiene especialmente por medio de la creación de dispensarios de higiene social servidos por inspectoras de higiene, fomentando el establecimiento de la Cruz Roja Juvenil en las escuelas; y luchando, por cuantos medios estén a su alcance, contra las habitaciones antihigiénicas, contra el alcoholismo; morfinitismo y otros males sociales."

Cumpla su humanitaria y difícil campaña, y halle la espontánea, la entusiasta cooperación de todos. Anhele la bienhechora institución ser "una fuerza social".

Los pueblos débiles pronuncian temblando la "ley del más fuerte" Si pudieran medirse con las potencias poderosas, no temerían, de igual a igual, la ley del más fuerte, pues se considerarían rivales. Pero agotadas por el vicio, por la imprevisión, por las enfermedades y la pereza, tardarán en emular a sus enemigos.

El gobierno de sabios, justos y libres fortifica y regenera. Los tiranos, que tratan de monopolizar una fuerza de la que no disponen, son cobardes, en el amplio sentido de la palabra. Viven temblando; las sombras de la noche les asustan, no duermen tranquilos, se rodean de bayonetas y escudos: les falta la fuerza de la opinión y el vigor moral. También las naciones que se creen imperialistas y tiránicas hacen gala de una fuerza que no es fundamental, se esfuerzan siniestramente por sobresalir contra el

derecho de gentes y el grito colosal de la humanidad.

¿ Hasta cuándo tantos seres racionales continuarán poniéndose, por su causa, a nivel inferior de las plantas? Necesitan que el fuego— el *atench* turco— les purifique.

Jorge Hübner Bezanilla ha cantado al árbol así, lo que es muy sugestivo:

«Arbol que, como el hombre, te alimentas de todo,  
Pero que alzas al cielo los brazos retorcidos  
Y, apretando a tus ramas, mantienes alto todo  
Lo que amas: hojas nuevas, botones, flores nidos».

¡Cuántos hombres envilecidos no son capaces de decir otro tanto! Del fango proceden y en él se precipitan o son arrojados por la sociedad, y no se sienten con bríos para levantar la frente.

«Arbol, tu sombra a todos proteges, tu perfume  
Por el amor del viento se puede disfrutar:  
Pero el hombre, en sus ansias de darse, se consume,  
Por ofrecer un bien que no puede formar.....»

El carácter es fuerza de acción: vencer los vicios; vencerse a uno mismo. Seamos como el árbol que nutriéndose de la tierra y entrando con sus raíces a lo más hondo para vigorizarse y mantenerse erguido, levanta su copa hasta los cielos y extiende sus robustos brazos como convidando a la paz y a la esperanza.

## CIENCIA Y POESIA

*Desprecio a los poetas.— Algunos grandes poetas enciclopedistas.— La bienhechora ciencia.— Su armonización con la poesía.— Huyamos de las ideas absolutas.— Verificadores «inadaptados».— Poetas de la guerra europea.— El himno de Estrasburgo.— El poeta en Pativilca.*

---

— Poeta no más es, mugía por ahí, con el orgullo de sus recursos materiales, cierto caballero de campanillas, al referirse despectivamente a un joven de talento.

— Poeta no más es, repetía, cual si se tratara del más humilde albañil o de algún quídam, sastre remendón o zapatero de viejo.

— ¿Qué sabe de ciencias?, preguntaba otro. Entenderá de versos y de borrar novelas rimadas, cosas falsas en la vida.

¡Oh, eterna ignorancia, madre del género humano!

Poetas no más fueron desde Lucrecio y Virgilio hasta Dante y Cervantes. Con todo abarcaron el saber de su época, discurriendo luminosamente lo mismo acerca del origen y naturaleza de las cosas, como de materias agrícolas; ganadería, enfermedades de los árboles y de los animales, apicultura, medicina, astronomía; lo mismo de

las cosas de la tierra como de las maravillas del cielo.

Poeta fue Goethe, uno de los talentos más equívocos y completos que ha producido la humanidad; poeta y naturalista; psicólogo, novelador, sabio de subidos quilates.

Forjó cuentos hermosos e hizo desfilar dulces y variadas figuras: Margarita, Ifigenia, Carlota, Dorotea que le llaman fantástico y soñador; el doctor Fausto le califica de psicólogo. Los botánicos le saludarán como a preclaro maestro. Pónganse en el platillo de la balanza crítica sus baladas, elegías epigramas, cantos juveniles, dramas, comedias, cantatas, descripciones de Italia y más vuelos poéticos, y en el otro, sus biografías, su entusiasmo por la arquitectura ojival, su conocimiento del derecho, sus tratados sobre la metamorfosis de las plantas, sus teorías acerca de los colores, su intenso amor al estudio de la naturaleza; avalórese, pésele todo, y se comprobará el equilibrio del genio.

El gran dramaturgo Schiller ¿ no fue al mismo tiempo historiador y poeta? ¿ No brilla el poeta Schlegel como filósofo insigne, traductor de Calderón de la Barca y Shakespeare? Su hermano menor ¿ no se presenta ante el mundo con sus poesías líricas y su honda labor crítica?

Klopstok, el épico, no desdeñará ocuparse en trabajos gramaticales, preferentemente ortográficos.

El clásico Lessing, junto a sus tragedias y precep-

tos sobre arte, esbozará temas teológicos y educadores del género humano.

Bienhechora es la ciencia; pero dulce y bienhechora también la poesía. Vivan, estrechamente unidas, porque ambas impulsan al mundo. Las obras de la imaginación han abierto muchas veces dilatados horizontes a la ciencia, y ésta, a su turno, ha presentado sus maravillas y secretos a la poesía.

El poeta es refinado elemento de cultura.

— El ideal sería que científicos y poetas cumplieran, con la fe estética de sus producciones, en el altar de la naturaleza, le oímos a un maestro que frecuentemente ha combatido la educación unilateral, el prurito erróneo de servir sólo para una cosa, como aquél general de la anécdota de Ricardo León; pero sin degenerar en el pato de la fábula que aun cuando es de agua, tierra y aire, «ni anda como el gamo, ni vuela como el sacre, ni nada como el barbo».

Prudente es huír de las ideas absolutas que admiten todo, o todo lo niegan rotundamente, sin apreciar la justeza de cada caso y la relatividad de la caduca labor humana.

Así Esopo, al referirnos las alabanzas de la raposa que no pudo librarse de los dientes de los perros, cuando el gato de un salto trepó a la rama de un árbol y se pu-

so a cubierto de sus enemigos, nos presenta esta máxima: «Vale más saber una sola cosa que sea útil, más bien que muchas que no sirvan»

La mediocridad cree que los versos resultan ociosos; sin aplicación para nada.

Es preciso borrar este prejuicio vulgar, que va echando raíces a causa del desprestigio en que han caído tantos versificadores y tantas composiciones métricas.

El toque está en no convertirse en un *inadapto*, a fuerza de elevarse a las nebulosas en alas de alocadas lucubraciones que no son poesía ni interpretación de la hermosura de la naturaleza.

Cuentan que se debe a dos exámetros de Homero la fundación de Alejandría.

¿Y no revela todo un capítulo filosófico de confianza en uno mismo y educación de la voluntad el verso de Olmedo «quien no espera vencer ya está vencido»?

Con versos encendía Tirteo el patriotismo de los griegos.

La guerra europea dió muchos poetas de las trincheras que con sus cantos acallaban el horror de la carnicería, retesando el heroísmo.

Eugenio Manuel Lemccier legó al mundo sus *Cartas de un soldado* que son la poesía más tierna, más sencilla y más honda que el joven pintor trazó hasta su cum

bir en un combate en los Argones

—«Estas cartas, dice el prologuista académico francés Andrés Chévrillon, escritas y enviadas día por día, desde la trinchera o desde el lugar de pasajero descanso, forman, no obstante, una serie progresiva, como un poema o un canto. Una vida profunda se desenvuelve en ellas; la de una alma a la cual sentimos en la monotonía de las extraordinarias circunstancias en las cuales, muy a menudo, todo acontecimiento se halla ausente, elevarse por cima de los modos comunes, sobrepasarse a sí mismo y envolverse a medida que se aproximan las supremas pruebas de paz y serenidad. Precisa seguir este progreso espiritual dirigido por una voluntad constante. Ninguna historia más conmovedora de vida interior».

Advierte el crítico intenso que se trata de un poeta y delicado artista.

Ni se desdeñe a la ciencia ni se moteje a la poesía. Al comprenderse ambas, sabrán sacar partido de su ayuda fraternal, mezclando lo útil con lo agradable, según enseñó el vate latino fustigador de la decadencia de las viriles costumbres romanas.

Todo un gran pueblo, y quizá la mitad del orbe, vibra de entusiasmo ante el canto inmortal de un artista obscuro y descontento, de un modesto capitán de ingenieros que a los 31 años de edad— numen juvenil— com-

puso el himno de Estrasburgo.

¡Cuántos Rougets de l' Isle han despertado y conmovido a su nación, al conjuro de sus versos de fuego, palancas del espíritu!

Bolívar fue poeta y libertador a la vez: sin sus ensueños, no habría concebido la idea sublime de la emancipación americana. Su rica fantasía pensó siempre en el triunfo. Alma de bardo epónimo aun molido, destrozado, pobre y enfermo soñó en la victoria. Pativilca es un poema . . .

Ciencia y poesía, a cual más bellas y consoladoras en la vida. Si en la ciencia late la poesía, principalmente cuando inquiere la verdad y abre el libro de la naturaleza; en la poesía se halla ciencia, la del alma, la visión de las cosas reónditas, algo como una ráfaga profética.

El poeta es visionario. Más ¿qué sabio no ha sido visionario? Colón soñó en un mundo nuevo: se apoyó en la ciencia, discutió con los sabios de Salamanca; pero llevaba en su corazón tesoros de idealidad y de poesía . . .

## LA RESTITUCION

*Los del bando de la ideología y los de la práctica.— Las sugerencias de los asuntos sencillos.— Los inventores no desperdician las cosas pequeñas.— Recuerdo de XENIUS.— Képler y la ensalada que aliña su mujer Bárbara.— La idea de la armonía universal.— Los que se quedan con los libros prestados.— Diálogo sobre los «pie de altares».*

— El pueblo necesita de ideólogos, que nos sugieran ideas, que las clasifiquen, ordenen y enriquezcan, repiten por ahí, entre el humo del incienso para los de la camaradería, los que sólo aplauden la manera de pensar de los del círculo

Las otras ideas, las humildes ideas, empapadas en buena intención y ansia de mejoramiento, pasan inadvertidas, quizá porque les parecen vulgares.

Los del opuesto bando, en vez de la ideología pura, propia de los grandes filósofos que de tarde en tarde vienen al mundo, claman por la práctica, suspiran por el espíritu de observación, piden la repetición de las cosas y de los hechos sanos, por trillados que sean, hasta que lleguen a ser inconscientes, maquinales, por decirlo así, y formen el hábito del pueblo, su carne y su sangre

Saber deducir sugestivas lecciones de los asuntos

sencillos y pequeños, de las menudas costumbres en las que nadie se fija, de los objetos al parecer insignificantes, no es ejercicio de todos. Los talentos privilegiados nada desperdician. Se parecen a los inventores para quienes el minúsculo fenómeno, la señal más chica, son causa de contemplación detenida y experimentación laboriosa.

*Xenius*, en forma deleitable, nos ha referido cómo los sabios han sacado provecho de las ideas manoseadas y de los lugares comunes, aborrecidos por los que se las dan de originales y exquisitos.

Juan Képler concibió la armonía universal al fijarse en una ensalada que le presentaba su bella y cariñosa mujer Bárbara.

—«Ayer, fatigado de escribir y con el espíritu turbado por la meditación sobre los átomos— cuenta Képler,—me llamaron a cenar. Bárbara aliñaba la ensalada —¿Crees tú, le dije, que si desde la creación, algunos platos de estaño, algunas hojas de escarola, algunos granos de sal, algunas gotas de aceite y de vinagre, algunos pedazos de huevo estuviesen flotando en el espacio en todos sentidos y sin orden, el azar podría juntarlos hoy, para formar una ensalada?— Mi hermosa mujer, contestó:— Seguramente no estaría tan rica ni tan bien aliñada como ésta . . . . .

—Képler fue de la misma opinión, y la idea de la

armonía del Universo se vió salva, comenta el sutil escritor catalán que ha ilustrado el seudónimo de *Xenius*

De la misma manera, en la ensalada social, mezcla de caracteres y de conductas; algunos creen que son granitos de sal o gotitas de aceite, que nadie aprecia, las incorrecciones minúsculas, los pecados veniales contra la delicadeza, la probidad, la decencia, dispersos o al azar reunidos.

— Quedarse con un libro que nos han prestado no es nada; oímos a un amigo muy inteligente, *que le brilla el ojo* cuando ve algún folleto curioso.

— Es robo decente, el de libros, murmura, sin pizca de pudor, otro.

¿Robo decente? He aquí que esta matadora paradoja se abre paso poco a poco, como una filtración invisible: va destruyendo los cimientos morales y evaporando el escrúpulo, perfume de las almas bien nacidas a quienes la mínima falta abochorna y entristece.

Tiene miga el diálogo que sorprendimos en la lonja del palacio de gobierno, momentos antes del reparto de la correspondencia, en una *noche de correo*. Dos viejecitos simpáticos y experimentados— en cuyas cabellos brillaba la nieve de los años— conversaban acaloradamente y a gritos, según su costumbre, con franqueza tal, como si nadie les oyera. Muchos pasaban sin hacerles ca-

so; otros, a lo más, volvían ligeramente la cabeza. Se referían los ancianos a algunas corruptelas de Quito, que van minando la tradicional honradez, de tan glorioso abolengo en la ciudad, primada en la América, por los destellos de su martirio e independencia.

— El *pie de altar*, decía uno, está pasando como un derecho que a nadie ruboriza. (Aquí entraban donaires y alusiones en la amena charla).

— Deben abrir el ojo, en guarda de sus intereses, los dueños de fábricas, los patrones, los superiores, añadía el otro, por cuanto algunos recomendados de buscar artículos en el comercio exigen el *pie de altar*. Entonces, entre comprador y vendedor, se enciende la siguiente lucha, hasta que la chispa se transforma en colosal hoguera:

— *Comprador*.— ¿ Tiene tal o cual artículo? ¿ A qué precio ?

— *Vendedor*.— Sí, señor. Fíjese en la calidad de éste, en la finura de aquél.

— *Comprador*.— Pero sabe, le diré con franqueza, que la persona para quien compro es rica. Me paga mal Soy padre de familia pobre. Yo acostumbro mis *rebuscas*

— *Vendedor*.— A qué viene todo esto ?

— *Comprador*.— A que este artículo, por el que me pide diez suces, ponga en la planilla como que ha costado catorce y este objeto de cinco suces le haga constar

como comprado en seis. Déjeme el pie de altar de esos únicos sucecitos para mí.

— *Vendedor* — (Alarmado algunas veces; sonriente otras, con cierta intención, para *hacerse rogar*). ¿No sabe usted que esto es un robo, y que no puedo ser un cómplice?

— *Comprador*. — ¡Qué aprensivo es usted! ¡Y que atrasado de noticias anda! Si es lo corriente: este *ren-gloncito* me han permitido, gustosos y sin escrúpulo, otros comerciantes, gente caritativa y caballerosa, a quienes les he propuesto igual convenio. De gana, usted va a perder la clientela. No hay trato ya. Discúlpeme: no volveré más por aquí a molestarle.

Sale como alma que lleva el diablo. Desde entonces, desacredita cada vez que puede los géneros de aquel almacén honorable que le cortó las uñas.

¿Qué tal? El par de agradables viejos, con la sinceridad de sus penetrantes palabras, el gracejo de que las rodeaban, la entonación irónica y los ademanes, imprimían vida a este palique, que lo juzgamos interesantísimo. Le hemos reproducido pálidamente, sin la agudeza y los sabrosos comentarios con que lo salpimentaban.

¿ Acáso lo echarán en saco roto las rectas conductas q' huyen de tantas miseriucas que están revelando poquedad de espíritu? Resplandezcan las ideas sublimes, los pensamientos profundos, los trascendentales problemas en

la verba florida o la péñola ética de los privilegiados que, de tanto amar a la sabiduría, se familiarizaron de tal modo con ella . . . hasta convertirla en la peregrina Dulcinea de sus devotas obsesiones filosóficas.

Nos basta que algún humilde arrepentido y algún ingenuo padre de familia mediten un poco en el imperativo deber de la restitución, mandato de la hidalguía que graba en la conciencia el que, reconociendo su culpa, la remedia dando a cada cual lo que le pertenece: robo de honras, robo de mercancías que vuelven a su dueño.

¿Restituir? ¡Cuánto debemos en la vida! Muchas veces la caridad es auténtica restitución. Si por las noches examináramos la conciencia; si en el silencio nocturnal desarrolláramos la cinta que reproduce el padorama de nuestras acciones, veríamos que la restitución es mandato espiritual en innumerables circunstancias. Hasta al devolver la salutación, recordamos que es preciso restituir afectos, modestia, dón de gentes que la soberbia, la antipatía, el odio gratuito, la envidia quizá, robaron al prójimo. usurparon su socio, perjudicaron su dicha.

## MAXIMAS DOGMATICAS

*Lo que valen los refranes.— Más aprovecha el niño de oportuno refrán que de larga lección filosófica.— El «nadie sabe lo de nadie», quiteño — Los grandes libros abundan en proverbios.— Actitud de las madres japonesas.— «La nariz, y el deber, no se pueden disminuir».— "Las Perlas de Oriente".— Lo que dijeron Bolívar y Goethe.— Palabras del japonés Masakado.— Los axiomas de la conciencia.— Un adagio final.*

---

Estuvo dando bellas normas a los griegos la severa Laconia, con su estilo corto; con sus breves respuestas que impresionaban, que herían como un buído instrumento.

Los refranes sintetizan la psicología de los pueblos; los pintan como son espiritualmente. Por los refranes, se puede columbrar de qué fuerzas morales disponen.

¡Cuántas veces las frases vulgares y sentenciosas valen más que larga lección de filosofía, abstrusa de suyo.

Saludable es acostumbrar a los niños a que pongan su atención en proverbios y refranes, oraciones musicales que dicen mucho y que se les graba en el alma infantil, ahorrando prolongados consejos y tecnicismos de ética individual o colectiva que quizá no comprenden.

Los refranes, popular sabiduría, son magníficas pro-

sopopeyas que ascienden a la cima de la montaña espiritual desde el fondo plebeyo; sugieren familiares y luminosas enseñanzas.

—Nadie sabe lo de nadie, murmuraba suspirando una madre atribulada.

Este refrán muy quiteño, que anda de boca en boca, estaba ocultando un mundo de sufrimientos inconfesados. Como las apariencias engañan, bajo un rostro sonriente ruedan interiormente lágrimas secretas. Hay esplendores que encubren crueles miserias; sedas que disimulando están repugnantes harapos; aspectos de felicidad que son máscara de dolores que se resisten a las confidencias. ¡Oh, si se transparentasen ciertas vidas!

Los grandes libros abundan en proverbios que recogen las multitudes como la voz eficaz del maestro.

¡Qué de rayos del sol de la verdad en la Biblia!  
A cada paso versículos docentes e inmortales.

¡Cuánta sapiencia en aquella otra Biblia de la humanidad, el *Quijote*!

¡Qué hondos pensamientos, sentencias, máximas elocuentes en las obras de Montalvo!

Fácil ganancia moral si, burla burlando, se les explicara diariamente un refrán a los niños.

Cuando los hijos de las madres japonesas muestran desaliento para coronar una empresa; éstas les repiten,

según han referido los viajeros observadores como Loayza:  
—La nariz y el deber no se pueden disminuir.

—«Cortar una parte de la nariz, dice el concienzudo comentador, sería echar a perder el rostro. De igual manera, si no cumplimos con todos nuestros deberes; si omitimos el cumplimiento de alguno, caemos en culpa, desfigurando nuestra fisonomía moral.»

En lugar de agrias reprimendas, palabras descomedidas o insultos con que superiores ignorantes castigan las culpas pequeñas de sus subordinados, para no obtener después ninguna enmienda, ni resultado plausible, sería más oportuno el recuerdo de algún adagio que enseñe, sin amargar el corazón, sin sembrar venganzas.

La prudencia y espíritu práctico de las madres japonesas convidan a imitar su ejemplo.

El ameno escritor Francisco A. Loayza, en *Perlas de Oriente*, ha reunido multitud de refranes del poético Japón, «el más poético de los pueblos de la tierra», y ha puesto la equivalencia castellana, equiparándolos a los que son distintivo de nuestra raza, que en ocasiones es contradictoria.

—“Algo encuentra, cuando anda el perro”, dice que halla parecido con éstos españoles: “Nave anclada no gana flete”; “Perro que no anda, no encuentra hueso”; “La diligencia es madre de la buena ventura”.

Muy sugestivo es el dicho quiteño que tal vez merecería hombrarse con aquéllos: "Guagua que no llora no mama".

Huelga la explicación, porque de suyo es gráfico y sugestivo.

Los héroes, los conductores de multitudes, los legisladores han prorrrumpido en frases breves que son el epílogo de una existencia, leyes comprimidas o acciones generosas reducidas a pocas palabras que resultan inolvidables y profundas.

Bolívar compendió su redentora obra expresando que había arado en el mar, al ver que la libertad servía de pretexto para el caudillaje, de pantalla para la vil ambición, de nombre de guerra para cien crímenes y mantanzas.

Triste que el hombre de acción, el genio que corona empresas colosales, el Quijote, que tremola el estandarte del idealismo, tengan que repetir, al notar profanada su obra, o infecunda en sus corolarios, a causa de la maldad ajena: «he arado en el mar», como la desconcertante queja del Libertador al caer, solitario y pobre, víctima de la ingratitud y el olvido, en tierra lejana que recibió su último aliento, allá en la hospitalidad postrera de San Pedro Alejandrino.

Muy revelador es que un naturalista soberano, poe-

ta insigne y padre de la novela, que trató de penetrar con ánimo juvenil en los misterios del doctor Fausto, haya exclamado en la agonía: "Luz, más luz", como símbolo final de la miseria humana, de la limitación científica que remueve los orbes para destruirlos después, en la hora aciaga del vértigo pasional y de la cruda lucha económica.

La teoría del relativismo ha venido a empalidecer los soberbios y absolutos postulados que la ciencia creyó inmovibles, cual si un nuevo sol deslumbrara al astro que impropriamente llaman rey los soñadores.

Cuentan que el indomable guerrero Taira Masakado, que a la postre fue herido de muerte por traidora flecha, gritó resuelto, como próxima predestinación de sus años de rebeldía: "Si me cortan la cabeza por revolucionar una provincia, que me la corten por ocho".

"Los japoneses le han dado carácter proverbial a esta frase, empleándola siempre al tomar una resolución temeraria e inmediata", anota prolijamente el Sr. Loayza, y añade: "Puede compararse a estos otros pensamientos de nuestro idioma: «Preso por mil, preso por mil quinientos»; «lo que se ha de empeñar que se venda».

Nada induce a reflexionar más que los axiomas de la conciencia; la máxima que moralistas y filósofos, a veces oscuros, han legado a la posteridad, como otros tantos dogmas que recapitulan siglos de experimentación, de estudio y de esperanza. El optimismo revive ante aque-

llas nobles enunciaciones, sentenciosa recapitulación, el uso del Sr. Todoel mundo; y aun cuando viajen propagedes por los groseros labios de algún Sancho intonso, no dejan de alumbrar al mundo.

El *docendo docetur* de los antiguos se ha corregido, con mejor intención que salva de rutinas, con el *docendo discitur*: enseñando se aprende; más bien dicho: *dicendo dicere discunt*: "el uso hace maestros."

Sobre todo en las mentes infantiles, una máxima queda grabada para toda la vida, cuando se la repite oportuna y enfáticamente.

En jurisprudencia algunas viejas frases latinas, sentenciosas y reconcentradas, valen por largo capítulo explicativo.

Hipócrates, para la salud e higiene, dejó máximas que reemplazarían a pesados libros de medicina.

Los moralistas, con breves frases, han calado muy hondo, en la conciencia.

Innumerables máximas, sobre ser dogmáticas, son axiomáticas por la fuerza de verdad que encierran.

## MORBOS ESPIRITUALES

*Los enfermos de la voluntad.— Soñar es un mal según el estrecho criterio de algunos.— Los "vividores"— En la noche estrellada.— El sembrador que descubrió Enjotrás.— La varita mágica.— Venid a cuentas.*

---

Vivimos enfermos de la voluntad, víctimas de matadora abulia que nos encorva y paraliza, como si enorme y aplastante loza funeral pesara sobre nosotros, privándonos de movimiento. La indolencia nos echa contra el suelo, y la falta de fe en nuestros destinos pisotea las más bellas esperanzas.

Repreensible, criminal, resulta, según el criterio estrecho de algunos, ser demasiado optimista, como si soñar no fuera siempre noble en la lóbrega mazmorra de las angustias y miserias de la tierra.

—No conoce el medio ambiente que le rodea, repiten como reproche contra el hidalgo que levanta la ingrátida grímpola del idealismo.

Como muchos, en lugar del ensueño que de la nada dibuja castillos, que un día llegan a ser hermosa realidad, duermen profundamente un sopor enfermizo, cataléptico, un marasmo sin sueños, hallan ridículo que otros, en vez de pesadillas, tengan hermosas visiones que, con

buena voluntad, pudieran en época no muy remota objetivarse.

Triste país aquél en el cual a los emprendedores, a los que educan, a los independientes que no pertenecen a trincas, argollas, ni cofradías de ninguna clase, a estos hombres de carácter, ejemplares y férreos, se les moteja de soñadores, con cierta sonrisilla despectiva que quiere decir: "son unos infelices", "llevan vacío estómago y bolsillos".

Si la infelicidad se ha de entender por honrada pobreza, por limpio manejo de los caudales públicos, por trabajo asiduo en el cargo que ocupan, por ineptitud para explotar empleos, palancas y asociaciones, muy desventurados realmente los ilusos ante la pira, ante el vulgo de *vividores* que saben sacar partido, aun que sea con intrigas y chismecillos de comadre, de la comisión que el gobierno les ha confiado, de la canongía que consiguieron, del puesto al que se encaramaron a rastras.

La pobreza de acción nos aniquila; pobreza de acción hasta en el pensamiento. Concebir una idea generosa, ya es ponerla en vísperas de practicarla. Para todos los actos humanos y conscientes, el pensamiento es la primera escala de la acción triunfadora.

En un libro para soñadores, biblia de idealismos, leímos que el maestro Próspero concluyó su alado sermón laico y los discípulos, de alma juvenil se separaron

estrechándole grata y cariñosamente la mano. ~ La sombra de la noche extendía sus crespones por la tierra. La hora era solemne, propicia a la meditación y el silencio. El grupo de muchachos caminaba reviviendo la magia del consejo oído, absorto en las cálidas palabras que todavía resonaban como música divina en sus oídos. El contacto con la muchedumbre despertó a esos jóvenes, que iban soñando. El éxtasis fue desvanecido a la proximidad del rebaño. El cielo prendía sus grandes luminares. Sople tibio, cual si viniera de lejano pensil, acariciaba, saturando de perfumes, aquellas frentes radiosamente enardecidas y alocadas. En la calma augusta de la noche, aquella orquestación de luz arriba, en el firmamento, y de luz abajo, en las conciencias, interrumpió el mutismo del más mozo del grupo, inspirado sin duda por la majestad estelar y por la remembranza de la lección recibida. Se llamaba Enjolrás, el reflexivo y alegórico.

Y Enjolrás, «señalando sucesivamente la perezosa ondulación de rebaño humano y la radiante hermosura de la noche», habló así:

— Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

Este es el símbolo de la acción: sembrar ideas, sem

brar hechos, sembrar siempre en el surco del pueblo para que germine la buena semilla.

Si libertad es tolerancia, si libertad es altísimo concepto de la dignidad humana, si libertad es luz para todos, sin egoísmos ni interés de círculo; si libertad es viaje penoso en pos de lo verdadero; la libertad es también acción fecunda que hace brotar agua vivificante sobre la masa sedienta. ¿Dónde está la milagrosa varita de virtud? ¿Qué mano vigorosa la golpea y agita sin desmayo? ¿Caen sobre las multitudes lluvia de beneficios y enseñanzas, rocío de doctrinas?

Si se empezaran a contar una por una las plausibles empresas de algunos falsos apóstoles, que, por sí y ante sí, porque no son más viejos o más *sabidos* (librenos Belcebú de llamarles corrompidos) se proclaman portaestandartes del liberalismo, sobrarían los dedos de la mano. ¿Acción? ¿Sacrificios? ¿Pureza de procedimientos? ¿Dónde os ocultáis, sagradas sombras? Salid de vuestro encierro para infundirnos esperanzas, para que la juventud no debilite su idealismo, para que reciba el baño tonificador: el del ejemplo. Enseñadnos a trabajar, ¡oh vosotros los de la experiencia y el hondo saber! No es meritorio acudir sólo cuando está la mesa puesta o cuando nos da en las narices el tentador humillo de la vianda.

¿Para cuándo queda la acción constante, honrada y de abnegaciones henchida?

Estos tiempos exigen labor infatigable, ajena a prejuicios y corruptelas, para combatir los morbos reinantes: la anemia del carácter, la parálisis de la acción que anquilosa los más generosos proyectos, el aneurisma de la desidia que mata de contado. Tal es el lema moderno de los soldados de la libertad, soldados vigorosos, plenos de sangre juvenil que renueve al liberalismo: de sabia que fructifique el árbol de la patria.

Enfermedades repugnantes están emporcando a las almas. Raspar la roña, establecer fuerte cordon sanitario, combatir el morbo que intoxica la conciencia, he aquí la misión de los sacerdotes de cualquier credo, cuando se lo toma con sinceridad.

El morbo social que aniquila hogares y pueblos es el que se engendra en la inmoralidad el que, como hálito mefítico, brota de la insinceridad e injusticia.

Higienizar el espíritu es acto humanitario en la escuela, en el santuario doméstico, en el templo de la patria para que morbos corrutos y contagiosos no aniquilen a la familia ni a la república.

## CADENA MORAL

*La poesía es vínculo social.— Un cuarteto sentencioso de Narciso Alonso Cortés.— Por rosas olvidamos las espinas — Otro cuarteto experimentado.— El organismo social, — Nada ejecuta el individuo a lo Robinson.— La familia de las naciones.— La cadena de férreos anillos.— Grito de despecho de un ambicioso. Con los tercetos termina el consolador soneto.*

---

La poesía, arco iris de alianza social, nos congrega en una misma comunión de helleza y sentimiento; hace florecer la simpatía en los corazones y agrupa a los pueblos en torno a un estandarte de paz y de nobleza. Para sembrar semilla de abnegación, la poesía es terreno propicio: nos sugiere grandes cosas en bien de los demás.

Con razón, el fecundo castellano Narciso Alonso Cortés, que nos ha hablado dulcemente del árbol añoso de la poesía, dice:

«Sé mis actos medir por los extraños  
y las obras ajenas por las mías.  
Antes que sembrador de felonías,  
quiero ser guardador de desengaños».

Hermosas y profundas frases que nos están aconsejando comportamiento decente ante el espejo social, de tal manera que cualquiera ruindad quede en los otros.

Si les damos rosas a manos llenas, con desprendimiento y amor, no importa que nos devuelvan las espinas, agujoneadoras de los desencantos. La lección, por dura que sea, no matará en nosotros el principio de sacrificio que nos vuelve más humanos, aunque más tristes.

“Para que no contrasten con los daños,  
procuro reducir las alegrías,  
e intento aprovechar todos los días,  
aunque en la pretensión pierda los años”.

Si la sociedad viene a considerarse como medio de realizar los grandes idealismos humanitarios, es claro que no puede prescindir de los elementos físicos, morales e intelectuales para el desarrollo de su vida en el planeta.

Por tanto, el núcleo social, en sus activas manifestaciones, se desprende, como un inmenso organismo, no sólo de la colectividad, sino también de la unidad, con la que se relaciona y a la que se refiere a menudo. Educada ésta, la educación, anchuroso remanso, refluirá en la sociedad, representada por el hogar, el municipio, la religión, la unidad nacional y la pluralidad de naciones. Educada esta poderosa y prolífica familia, la humanidad, lentamente y sin utópica presteza, habrá mejorado.

Pocas veces el individuo, cual otro Róbinson Crusoe, acierta a disciplinarse solo: ha menester de la cooperación social; ya sea englobada en el parentesco, ya en el apoyo del Estado. Por esto, se ha convenido en repetir,

como caso análogo a lo que acontece en la naturaleza, que el individuo es no solamente un reflejo sino un producto de la sociedad, una rueda de esa gran máquina, un aparato de ese complejo organismo. De aquí que en muchos accidentes el individuo aislado poco o nada alcanzaría, la familia es su complemento: le unen a ella lazos afectivos, legales, económicos, éticos. La familia va agrandando su radio de acción, hasta que la circunferencia se esfuma: los círculos concéntricos se apartan cada vez más del generatriz, para confundirse con el pueblo, caracterizado por el municipio, fuerza asociada que satisface urgencias de orden material, intelectual y moral.

Si la familia consta de varios miembros, el municipio consta de numerosas familias. A su vez, la región, provincia, departamento— o como se convenga en llamar a esta división territorial— se componen de muchos municipios. La concatenación no termina aquí: numerosas secciones, distritos o comarcas forman la nación, que supone mayores necesidades y acaricia más amplios ideales.

Enlazadas así unas con otras las naciones, por el comercio de ideas, comunes intereses e identidad étnica e idiomática, integran la familia internacional, que marcha en pos de empresas civilizadoras y humanitarias que se apoyan en la universal armonía, de acuerdo con leyes fundamentales, atañedoras al bien social, al fin y al cabo. Férreo es el engranaje: romperlo por cualquiera causa, es

desquiciar la gravitación de las cosas, quitar una columna a la andamiada del mundo.

Sobre el adelanto físico, se alza primordialmente el moral, que se relaciona con todos los seres de la infinita connotación humana.

De grupo a grupo, eslabónase íntimamente los anillos, formando la cadena de acero de las recíprocas obligaciones, que son intelectivas, afectivas y volitivas, encaminadas todas al supremo objeto del hombre: el bien, que es perfeccionamiento anímico y ejercicio generoso en aras de la mejora de la especie.

Entre los anillos de esta cadena, que se cuentan por centenares, los primeros son: la necesidad, la gratitud, la utilidad, el derecho, el deber. . . .

— Me importa una higa la sociedad, le oímos exclamar, en momentos de cruel tedio, a un ambicioso y egoísta que todo lo debía a esa misma sociedad que él menospreciaba, puesto que subió empujado por las amistades, por el partido político, por las relaciones de familia y de círculo, formando del pueblo una escalera.

Entristece escuchar tan amargo y despectivo exclusivismo, que parece verter de fuente pesimista que está exhalando vapores mefíticos, entre los que ingratitud es el hálito que más ennegrece, congestiona e intoxica a las almas.

Para consolarnos, acudimos a la honda poesía del

principio. El soneto de Narciso Alonso Cortés, como todo buen soneto, había dejado, para el final la más positiva substancia y las más legítimas consolaciones. He aquí estos tercetos de oro:

«Conservo la ilusión como una perla;  
cultivo mi heredad sin vituperio  
y en ella niego entrada al egoísmo;  
mi única presunción, es no tenerla,  
y si ambiciono, al fin, algún imperio.  
es tan sólo el imperio de mi mismo».

Con carácter y sin presunción ni egoísmo, se aplaca la cotidiana cellisca del existir, hasta que la bonanza espiritual difunde su dulzura entre propios y extraños.

De esta manera, se vigoriza esta como cadena moral entre los hombres. Los eslabones del espíritu van enlazando a todos: a la familia y a nuestros semejantes, por medio de la simpatía que inspira el bien que ha de cumplirse y las bellas las acciones que aprovechan a los demás, aun con sacrificio de tantas desmedidas ambiciones que todo lo quieren para un círculo estrecho y absorbente que lleva el agua a su molino . . .

## EXACTITUD

*Los que se hacen esperar.— La demora de Camilo Torres le costó la vida.— Un embajador exacto como un cronómetro.— La hora inglesa.— El fastidio de una señorita en el balcón.— Las cosas pequeñas y los minutos de la vida.— Convocatoria a una sesión a la que asiste el portero.*

---

En algunas no muy ricas ni florecidas naciones suramericanas, se ha llegado a la absurda conclusión de que es de buen tono *hacerse esperar* por los invitados. Como no aprecian el tiempo, que para otros vale oro,— y este menosprecio es una de las causas de la indigencia de muchas comarcas — lo desperdician ridículamente, aguardando al que vendrá, o, viceversa, haciendo lo posible por aburrirle con eternas demoras.

Por algo, a la ocasión le pintan calva. Un mechoncillo de cabellos sombra aquella cabeza reluciente. Quien no logra asirse de él, ha malogrado para siempre la oportunidad.

Cuentan que el tribuno de Popayán Camilo Torres perdió, en 1816, la vida a causa de una ligera demora. Debía embarcarse por la tarde en el puerto de Bueneventura, en un buque corsario que le llevaría a Buenos Aires junto con Torices. No lo hicieron, no sabemos por qué

causa. La embarcación se dió a la vela aquella misma noche. Cayeron en poder de una partida de españoles que les condujo a Bogotá: estaban destinados al sacrificio.

— «Llegaron el 2 de octubre, dice José María Vergara y Vergara, fueron juzgados Torres y Torices el 3, puestos en capilla el 4 y fusilados el 5 en la plaza mayor. Sus cabezas fueron puestas en jaulas de fierro en la Alameda, como la de Cicerón en los Rostros, y permanecieron allí hasta el 14 de octubre, cumpleaños de Fernando VII, en que Morillo les concedió *indulto* y permitió que las sepultasen».

Trátase de acudir a reuniones, espectáculos, banquetes, etc, y se oye: «No conviene ser de los primeros: aguardemos unos cinco minutos más. Hasta entonces ya ha de venir fulano o zutano — el jefe o el gamonal — para empezar a servir la mesa o dar comienzo a la función anunciada».

Cuando el 21 de julio de 1928 el embajador de la Gran Bretaña ofreció visitar al pueblo de Quito, representado por la Municipalidad, señaló el acto para las cinco de la tarde.

Los salones del Concejo, iluminados y elegantes, abiertos están de par en par.

A su entrada, la comisión receptora espera vestida de etiqueta. La guardia de honor lista permanece para presentar las armas. El gran reloj del Ayuntamiento

marca los minutos lentamente. Su enorme pédulo parece paralizado, tal es el deseo de que, en presencia de la curiosa multitud, la solemne ceremonia, en la que se le regalaría un pergamino simbólico, principie cuanto antes.

De pronto, se oye el ruido del automóvil.

Llega el vehículo de gala. Pasa frente al decorado palacio municipal. Falta un minuto para la hora convenida,

El embajador, ceremoniosamente, baja del automóvil, cruza el portal, atraviesa el zaguán y llega al patio.

La expectación es inmensa; las miradas de todos se enfocan en la aristocrática figura del que había sido igualmente embajador en las Cortes de España y Viena. El majestuoso anciano, empieza a subir las gradas con rítmico paso. Cuando llega a las puertas del salón, el gran reloj da cinco sonoras acompañadas. Sir Mauricio de Bunsen acude a la hora en punto, matemáticamente, como un cronómetro.

Tál es el culto a la exactitud. Hora inglesa llaman a la precisa, para ponderar la disciplina de la raza.

Destruir los prejuicios de la espera es fundamentar la educación del carácter y de la textual honradez en nuestros compromisos. Si se fija el tiempo, no ha de ser para desperdiciarlo.

Nada más fastidioso que faltar a una cita.

—Estoy entrando y saliendo, asomándome al balcón a cada momento, bufaba nerviosa una señorita. Ya los ojos tengo azules de tanto mirar el horizonte, y el muy pesado no viene. ¡Qué contrariedad!

Pequeñeces dirán, sonriendo, muchos. ¡Ay! la vida se compone de innumerables pequeñeces que forman las cosas grandes y los acontecimientos trascendentales.

¡Cuántas batallas se han perdido por pequeñeces! Los refuerzos han llegado pocos minutos después del momento psicológico: ya es tarde: el pánico se ha apoderado de las tropas.

—Estuve convocado para las ocho de la noche, nos refería un amigo. Firmé la citación, en que bien claro estaba este número: 8 p. m. (No poco más o menos como traducía alguien). La campana de Santo Domingo me sirvió de guía. Entré. El salón estaba completamente vacío. Ni secretario, ni consejeros escolares. Al salir, en el ángulo obscuro del corredor, el portero estaba acurrucado. ¿No ha venido nadie?, le interrogo —Nadie, señor, contesta. ¿Qué horas son? —Las ocho, señor. ¿No estábamos convocados para las ocho? —Sí, señor; pero usted parece *novicio*: se cita a las ocho y nos *instalamos* después de las nueve. ¡Y tratábase de un cuerpo educador!, exclama con tristeza el amigo, al que se le motejará de Quijote, porque no se da el tono de *hacerse esperar*.

## FILTRO MARAVILLOSO

*Sugestiva sentencia de Olmedo.— La fe en nosotros mismos.— El último artículo del periodista Della Costa.— El enorme juguete de la vida.— Una alusión bíblica de Bossuet.— Bienes de la Cruz Roja.— Fe consciente e inconsciente.— Contra la cicuta mortal del dolor, la triaca del carácter.*

---

Olmedo, el poeta magno, que tuvo la honra, no contada por artista alguno, de que su crítico fuera un genio: Bolívar, ha dejado, en la estrechez del verso, esta luminosa sentencia acerca de la confianza en uno mismo, de la fe que debe asistirnos: «Quien no espera vencer, está vencido».

Crear, dulce palabra; crear, es decir, confiar en nuestras propias fuerzas; permanecer constantemente sin angustiarnos cuando asorda con sus rugidos la procela de la vida; no conocer la triste desesperanza; dar ascenso a la voz de nuestra voluntad, sintiendo el aleteo de este fénix de alburá que robustece al hombre y con tranquilidad beatífica le alza desde sus cenizas a las esferas de lo intangible y de lo inexplorado, esto compendia el endecasílabo áureo de Olmedo: «Quien no espera vencer está vencido»

Muchas veces, por la vía de la fe, se va al martirio, y esta alucinación sublime, al par que transporta mon-

tañas, sella con sangre los actos de nuestra voluntad soberana.

¡Dichosos los que alimentáis un ideal, capaz de ser sostenido con vuestra misma vida!

Si la llama del ensueño en un tris está de extinguirse, ahí se levanta la fe que echa sus brazadas de resolución, duradero combustible que va a vigorizar la moribunda hoguera.

El último artículo del viejo periodista Pablo Della Costa, que tuvo como refugio gratisimo de sus años posteriores la redacción de «Plus Ultra» y «Caras y Caretas», está dedicado a sus netezuelos, y lleva este atrayente título: *Sinite parvulus veniri ad me*. Les habla de la fe, recomendándoles que, como nacieron entre pañales tersos, los conserven siempre immaculados.

—«Y han sido limpios por el trabajo, por la abnegación y por la fe, dice, que son fuerza de la vida y tranquilidad de la conciencia. Un hombre vale por tantos hombres cuantas virtudes pueda atesorar en su espíritu y en su acción humana. Este axioma puede ser una guía de la vida futura para vosotros, que estáis todavía en el limbo de las grandes incógnitas. El mundo es un juguete enorme, magníficamente articulado, lleno de complicaciones y de sorpresas, que ciega a los ilusos, que aturde a los torpes, que despierta a los avisados, que turba a

los incoscientes, que corrompe a los débiles, que anonada a los pobres de espíritu, pero que levanta y ennoblece a los hombres de carácter, a los fuertes, a los dignos. Entonces, para mayor gloria vuestra, tratad de estudiar el juguete estupendo. Mirad hondo y firme. Cada engranaje, cada ruedecilla, cada polca, tiene un valor sintético y definido, que los hombres hacen rodar al arbitrio de sus pasiones y de sus intereses, en mengua de los intereses y de las pasiones ajenas. No hay acto humano que no tenga su punto de egoísmo utilitario, ya que hasta la misma caridad suele tener el egoísmo de la exhibición. Penetrad bien en la máquina. Cuanto mayor sea su encanto externo y superficial, mayor ha de ser vuestra medida en entregarles vuestros afectos, precisamente porque pueden tener dobleces recónditas que aniquilen los impulsos de vuestra buena fe.

Tal fue, henchida de sugestivos consejos, la carta abierta —que resultó póstuma— del veterano periodista Della Costa a sus nietos, a quienes les estaba encareciendo que no vivieran nunca de la política y que jamás hicieran ruidosa su filantropía, sino, al contrario, callada, como quiere el sabio apotegma bíblico. *Te faciente elemosynam, nesciat sinistra tua quod faciat dextera tua.*

Por esto, aludiéndolo, el orador francés Bossuet peroraba con elocuencia que “la mano derecha de Le Tellier

ocultaba a la izquierda las limosnas que hacía''.

—No me saben bien las erogaciones con bombo y platillo, repetía cierto austero y exigente periodista— y hasta lanzó su protesta en un diario— al leer aquí y allá las listas, con nombres y apellidos, pelos y señales, de los generosos contribuyentes al santo llamamiento de la noble institución *La Cruz Roja*, que de infatigable y abnegado modo está auxiliando a los que damnificó la catástrofe terráquen en el bello y florido valle de Machachi.

—El cerro *Córazón* lo ha tenido muy malo lo interrumpió un chusco.

No dejó de enfadarse por la irreverencia; pero continuó en tono solemne:

—La caridad silenciosa vale un tesoro. Que la diestra que tendamos al hermano caído no espere ni siquiera la mínima y pública recompesa del periódico que está insertando los catálogos por orden alfabético. Más delicado es ayudarle sin que nadie sepa a quien deba agradecer. La vanidad amortigua las acciones más fundamentales de la fe humana.

—Eres soñador, le replica un ecuaníme oyente. Así muy pocos, poquísimos, contribuirán para las obras pías. Poner sus nombres en letras de molde para muchos es un estímulo, es robustecerles su fe en el prójimo.

—No me refiero a ella: la ignorancia es madre de

la credulidad, por más que sea madre también de la envidiada quietud.

No hay fe en el triunfo, sin lucha. ¡Qué tranquila se desliza la existencia del que cree con sencillez, del que se siente animado por la *fe del carbonero*, del que aduerme su alma como el labriego que no se preocupa de los estupendos acontecimientos del mundo, de sus terribles conmociones, de los admirables secretos de la naturaleza, del bullicio de las ciudades, de su destrucción pavorosa, de los empujes de la civilización y de sus trastornos! Vida patriarcal, vida de fe sincera, venturosa vida sin temores, sin sobresaltos, sin insaciables ambiciones, sin crueles ansias de sabiduría; pero también vegetativa y sin razonamiento

Otra es la consciente fe que nos sostiene en todos los vaivenes terrenales; más claro y más fuerte el escudo; más acerada la palanca, más viril la espada para los combates y las coronas. Cuando el abatimiento nos hace beber su cicuta mortal, ponemos la una mano en el pecho y con la otra, apuramos la triaca que desnaturaliza la funesta acción: el carácter, filtro maravilloso, que nos fortalece, porque «quien no espera vencer, ya está vencido».

## EDUCACION DE LA VOLUNTAD

*Un soneto célebre.— El cielo y el infierno sociales.— Los irresolutos y los que contentan a todos.— Un ministro almibarado.— Sonrisas pérfidas.— La serenidad de una raza en la ceremonia del te.— Ludibrios sociales.*

---

En el mundo afectivo molifica sus penas, dando prueba de intensa pasión y espíritu de sacrificio, quien ama profunda y desinteresadamente. Tal vez para estos generos qué sos espíritus cantó Eugenio de Castro:

“Es medio amor, amar con esperanza  
y amar sin ella ¡un verdadero amor!”

En este siglo afeado por exceso de positivismo, diáfana belleza es el desprendimiento, la noble acción que no espera recompensa.

Aquel célebre soneto que suele figurar en la colección de poesías de Santa Teresa y que se cree obra de un fraile mexicano, no es, por desgracia, norma de muchos de nuestros actos calculados, interesables, bajos. El premio nos atrae, el castigo nos atemoriza; cielo e infierno sociales nos inclinan a proceder de tal o cual manera, sin que para nada entre un arranque de puro sacrificio, un arrebato de abnegación genuina. (\*)

---

(\*) *El primero que propagó la noticia de que el soneto se atribuye a Santa Teresa, fue Artoaga Menéndez y*

—Como me hubiera quedado sin dar nada, más delante de chiquillas, decía cierto estentoso jovenzuelo, que vació su portamonedas, o mejor su *chauchera*, en manos de un mendigo.

No le movió el amor al hermano en infortunio. Las más de las veces, le extendemos la diestra por vanidad, no por caridad.

-- A ver, a ver, recorreré con cuánto se han suscrito los demás, insistía el rumboso caballero. No quiero ser menos que nadie ... Apúnteme el doble ..

La obra de beneficencia se realizó sin calor de afecto, sin sop'o suave y humanal. Triunfaron el cálculo, la fama, el cielo e infierno sociales.

Toca en las puertas del alcázar interior, a cantar el himno del esfuerzo propio que se despoja del interés, del *qué dirán* y de la vanagloria el que realiza sus actos de acuerdo con el imperativo categórico de su deber, en me-

*Pelayo, en sus 'Cien Poesías líricas', le hace figurar como anónimo. También le atribuyen a la Doctora de Avila la maternidad del célebre soneto Ochoa, Gil y Zárate, Lator, Fernández Espinosa y otros. Algunos creen que es de San Francisco Javier. Para don Vicente de la Fuente, anotador de las obras de Santa Teresa, existen tres poderosas razones en contra:*

*1a. Que en ninguno de los cuadernos de copias de las poesías de la santa hay noticia del soneto;*

*2a. Que durante doscientos años, nadie afirmó tal cosa,*

dio de tanta cobardía, donde el ayea es frecuente.

Irresolución es germen putrefacto que denuncia organismos en descomposición, cadáveres sociales. La conciencia nos grita enérgicamente *sí*, el prejuicio, la vacilación ganguean tenuemente: *no, no*. La voz moribunda apaga a la robusta, el mandato enfermizo vence al sano.

Pedir plazos, dejar para mañana lo que urge hacer hoy, está revelando abulia. Paralíticos de la voluntad, ni siquiera intentan levantar sus aladares, que les tapan los ojos por no alzar el brazo.

En arte, son vulgares; en oratoria, devotos del lugar común; en política, incoloros; en la administración, sirven para todo, sin sobresalir en nada. No se distingue en ellos ni la sepia, que se diluye en la vaguedad de sus determinaciones.

---

*3a Que la forma complicada de la composición no es propia de la sencillez de las poesías de la autora*

*Un erudito mexicano, en estos tiempos, ha demostrado, en un libro curioso, que el soneto es de un fraile compatriota de Sor Juana I. de la Cruz, llamada «la décima musa», esto es, de Fray Miguel de Guevara, según demostración del profesor Alberto María Carreño, en vista de interesantes manuscritos encontrados por nuestro distinguido amigo Dn. S. Fernández Barrón en la Biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.*

Pasan por la sociedad con un gesto amable, una sonrisa, una frasecita adulatora, procurando *contentar a todos*, porque no poseen el valor de conquistarse enemigos, la honradez de provocar resentimientos, la franqueza de airar a los del mal esplenético, en quienes la bilis está emponzoñando la sangre.

Por esto, a nada se determinan resueltamente. Dando vueltas y vueltas a los asuntos, agotan el pretexto a la farsa. Pierden el oro a manos llenas; el oro del tiempo y de la diligencia.

¿Por qué engaña a ese sujeto?, le preguntaba con asombro un extranjero al ministro atibarrado que con dulzura le repetía: «Pierda cuidado, en esto estoy; dése una vueltita; yo arreglaré todo; no crea que me descuido del asunto»....

—Porque conviene *tenerle de parte* para las elecciones: no hay que enojar a nadie. Por esto, le halago siquiera con promesas y golpecitos en el hombro....

Y el ministro no volvía a acordarse más del favor solicitado. El otro esperaba en vano al Mesías.

Abundan, en tierra de zalamería y temores, las gentes que, con fingido afecto, nos palmean en el hombro, enseñándonos falsamente los dientes, para gorjearnos con dulzura: «compañero, hermano, *ñañito, ñañito*».

Acaba de *descuerarle*, y ahora que casualmente le encuentra, le prodiga el cariñoso *cholito*, observó un

amigo que iba en compañía de otro que no lo era. Y añadió para su capote: Desconfiaré de los acaramelados repartidores de sonrisas que nos despellejan al *voltrear* las espaldas; huiré de los *abadanados* saludadores, que, por arte de magia, cambian el gesto burlón en risueño talante, después de desollarnos vivos.

Está obrando en ellos el interés, o el miedo. Son los homicidas del carácter; los que, a solas, se burlan de todo y se ríen del pueblo. No saben desenmascarar, en aras de la lealtad, de la fuerza moral. La paremiología tiene refranes que les cuadra, sobre todo éste, que anuncia el triste fin de los blandos y condescendientes. «Haceos miel y paparos han mo-cas».

Con la luz y el alma serenas, asisten, en el Japón, los convidados a la hierática ceremonia del té. Para llegar al absoluto dominio de sus miembros y conseguir que no se muevan ni ojos ni manos al menor signo involuntario, necesitan por lo menos dos años. Sólo así no se comprueba ni el pestañeo más sutil, ni se descubre el más ligero temblor reflejo. Esto prueba la admirable educación de la voluntad y es muestra gloriosa de la victoria de una civilización disciplinada. Tal la fiesta del té, de aquella sagrada bebida con la que, al decir de las crónicas antiguas, invitó primiceriamente el Emperador Shotokn a los sacerdotes budhistas.

No escasean, para hegemonía de la raza, los va-

rones serenos de alma y cuerpo; los que acostumbren rechazar con magna ecuanimidad todo ludibrio social, de preferencia el de aquéllos que nos brindan verdades aparentes, tónico que, en el fondo, contiene el veneno de la mentira convencional, almibarado extracto de nuestra cobardía.

¡Oh, qué tranquilidad social y qué nobleza de alma si en hogares y escuelas se educara a la voluntad, sanándola de los achaques de la cobardía!

Hemos venido tan a menos que muy pocos mantienen el valor del reproche. Va volviéndose almibarada la crítica, lleno de eufemismos el periodismo, falsa y prometedora— pero incumplida en el fondo— la administración pública.

Sociedad de sedoso antifaz la que teme no llamar al pan y al vino lo que son en substancia.

La débil voluntad— que da plazos, que da treguas— no acomete ninguna empresa grandiosa. aunque grite medio mundo.

## MUNDO ANTIHIGIENICO

*La Exposición de Higiene.— Sus benéficos resultados — La fuerza mayor es la vital, según Shaw.— Un cuadro impresionante.— Los bayetones son focos de infección.— La boticón Alvinca pintada por Montalvo — Palabras de un profesor que observa a los domésticos.*

---

Una de las más prácticas lecciones de las fiestas centenarias fue la Exposición de Higiene, amplia, metódica y lujosamente presentada. Muy sensible es que por la naturaleza del local en que se instaló—una clínica—haya durado breves días. De ser permanente, habría acrecentado incontables bienes, pues a medida de las cotidianas visitas, las clases desheredadas—y aun otras—hubieran abierto los ojos al asco. Al continuar llenándose de fieles, la religión de la limpieza surgiría. ¡Ojalá hubiera sido potestativo de sus organizadores regalar indulgencias plenarias a los que fueran penetrando al templo de la salud!

La higiene motiva resistencias entre los devotos de la mugre.

Su propaganda salútfera, como humanitario somatén, debería resonar por los ámbitos de la República. El clero que domina voluntades podría conseguir mucho en sus pláticas, en el sermón y hasta en las sugestio-

nes del confesonario, inclinando al mayor número a que siga los mandamientos de la santa madre Higiene. La salud es la suprema ley, a la que todas le están subordinadas. Sin ella, no se concibe progreso, nación ni raza.

En la encuesta que célebre revista londinense hizo acerca de cuál es la fuerza mayor del mundo, el futuro Conan Doyle dijo que la imaginación, Israel Zangwill, que la credulidad, Clynnes que la ambición, otros, la fe, el amor, el sentimiento educativo, etc

«La fuerza mayor, es sin duda, la fuerza vital», repuso a la interesante interrogación, Jorge Bernard Shaw, y dio en el clavo, o en la raíz del asunto, como dijera los comentaradores.

El secreto para conservar la salud estriba en la observación de los preceptos higiénicos, los que deben llegar al corazón del obrero y de la mujer más humilde.

A la entrada del palacio de la Exposición de Higiene, se destacaban artísticos letreros, sentenciosos todos, que encerraban útiles consejos y sanas advertencias: lo mismo los cuadros, caricaturesca y gráficamente concebidos, a fin de impresionar al pueblo.

—A la *manito* habían colgado una estampa que me dejó helada, contaba una sirvienta de casa grande a otra. ¡Con razón la *niña* no consiente que las muchachas sean de *control*! A todas les ha obligado el *traje*, pues así dice que se usa en el extranjero. Nos ha trans-

formado a las que entramos a servir.

—¿Qué representaba aquel dibujo?, curioseaba con interés su compañera.

—Una *chola* sucia, con enormes follones de bayeta, y más allá rotoso y descalzo *guambra*, víctimas ambos de las pulgas y cáncanos peores y repugnantes.

—¡Avemaría purísima, qué asco!

Efectivamente los cuadros —tomados de la realidad— que comentaban las hijas del pueblo, eran los de fea mujer embutida en burda y espesa tela, traje antiestético y amenazador, forro endemoniado que encubre podredumbre. La otra figura era un muchacho astroso y sin zapatos, tipo de mozo de cordel y del paje de muchos hogares. Con aquellas muestras deformes, que a cada paso topamos en aceras, plazas y estrechas veredas, sufren la cultura y vida de una población, blanco de mil peligros callejeros

No atacamos la añorada tradición quiteña, disparándonos contra la tersa y venusta bolsicona que sorbió el seso al siniestro Joaquín Escudero y enloqueció al atormentado marino Jerés, que, por arte del diablo, fueron una misma y criminal persona.

Bizarros tipos a lo Teresa de Jesús Alvinca, ya van desapareciendo de esta querida y pacífica ciudad que reemplaza sus seculares sillares con baldosas que no du-

ran ocho días. La grácil y esbelta bolsicona, de blancos y menudos zapatitos, media de seda, traje de reluciente bayetilla de fina cutícula, sobre el que está figurando sus bordados y flecos sedosos, a manera de cola de pavo real, la punta del artístico mantón de Manila ceñido con primor, de manera que el esbelto pecho deja adivinar provocadoras turgencias como hechas en gavera que sabe a mieles; esta airosa bolsicona, tormento del más fúcar, nota rítmica y seductora como música voluptuosa que armoniza con el sonoro roce de las aplanchadas enaguas, ya va extinguiéndose al empuje de la moda y del tiempo, profanadores del vino añejo y confortante: lo pasado.

Muestra de pulcritud y garbo, la bolsicona de cadenciosas caderas y andares de reina, ya no deja su fresco perfume, impregnado de agua y de sol, al pasar por las calles de Quito, ya su esbelta figura no llama la atención de los viajeros. Poetas la han descrito y cantado, y ninguno quizá como el excelso maestro Montalvo, pintor de mágica paleta. "Gorda es sin parecerlo: sus mejillas están brotando eangre purísima: sus ojos alimentan ese fuego negro que enciende y consume las almas de los que caen en ellos, como en red que les tendieran los ángeles y los demonios coligados con un fin desconocido. Los labios grosezuelos, parecen el botón de la grana.

da: el seno prominente está echando de la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonrosado: el brazo presenta una abundancia de elementos voluptuosos, que es delirio el contemplarlo bajo el hombro apretado por la manga corta. El zapato no le ciñe sino los dedos: el empeine del pie, rebosando de su pulida cárcel, ostenta un edema natural, que los ojos indiscretos se lo comen a bocados. El tobillo . . . etc. etc ".No les daremos en la yema del gusto, trasladando toda la afiligranada página. Léanla los aficionados en el macabro episodio de *El otro monasticón*, narrado por el cantor de la belleza.

No nos referimos a pimpollos, sino a espantables arpas envueltas en bayetón y provistas de calzado.

Si existiera el tácito compromiso, entre las madres de familia de no permitir que sus domésticas sean de *pata al suelo* y vayan vestidas tan groseramente, con aquel *centro* apellonado y pestilente, el cincuenta por ciento de las endemias, epidemias y enfermedades desconocidas desaparecería

—No crean que el centro de bayeta es económico, explicaba patrióticamente y fervorosamente el doctor Villavencio, a la entrada de la clínica, a las que visitaban la Exposición de Higiene. Es un error: cuesta más que la zaraza y otros géneros y es, además, criadero de microbios y parásitos. Hay casas decentes, en las que de súbito entra la muerte. No saben a qué atribuir, pues na-

da de comodidad y aseos falta: son escrupulosas en baños, alimentación y medidas higiénicas. No comprenden que las *criadas de centro* han introducido en esa regia mansión gérmenes nocivos que acarrearán indecibles desgracias.

El sabio profesor continuaba explicando los horrores del contagio y la propagación de parásitos a causa de la desentendida servidumbre.

—Pasan, añadía, toda la semana con el centro al revés. Los domingos lo llevan al derecho. Con esta operación, creen que está salvado el aseó, cuando millones de seres patógenos se han puesto en comunicación directa con el organismo.

Los bienes de la gimnasia y el deporte quedan anulados en parte a causa del *mundo* inescrupuloso y antihigiénico que nos rodea, con el que familiarmente estamos en contacto, nos prepara las comidas, arregla las habitaciones y se mezcla en muchos menesteres de la vida.

Otro vehículo, como las moscas, son los mendigos.

## MÉRITOS Y ESPECIALIDADES

*El carácter de Roosevelt.— Cómo educó a sus hijos.— Rasgos que cuenta Villoldo.— Revive la Roma antigua.— Un profesor del esfuerzo propio y de la disciplina.— El mal nacional del "palanqueo".— Informes y certificados falsos por condescendencia.— El fantasma de las recomendaciones que enloquece a un profesor. — Carreras fáciles, a "fuerza" de peticiones.— El poder del favoritismo.— Respuesta de un maestro enérgico.— Los comodines sociales y políticos. Carta famosa.*

---

Abundan en la vida del formidable Teodoro Roosevelt rasgos de elocuente enseñanza. Lo que más admira es el poder de su auto-educación, sobre base sólida en el hogar cimentada. Se crió en ambiente de absoluta tolerancia. Hijo de padres de estados contrapuestos: el norte y el sur, vio, desde su infancia, que no se disgustaban por diferencias políticas. Llegó al extremo el respeto mutuo, que el padre de Roosevelt permitió que su esposa «colocara en una de las ventanas de su domicilio, en ocasión de una fiesta patriótica, la enseña confederada, con gran escándalo y algazara del vecindario».

Fue en su niñez pobre de carnes, raquíptico, enfermizo. A fuerza de carácter, se transformó en un roble, hasta el extremo de soportar un lustro de vida errante en

las llanuras del Oeste, baquero con el arma al brazo y el lazo a la cintura, tostado por el sol y el cierzo, infatigable en sus carreras a caballo, en sus encierros de búfalos y en sus luchas contra aborígenes y bandidos. Cobró tal vigor, que pudo dedicarse a enormes y peligrosas excursiones, lo mismo en el Africa que en las entrañas del Brasil, lo mismo como reformador de policía que como secretario - ayudante de la marina de guerra; lo mismo como miembro de la Comisión de Servicio Civil que como soldado que combate afanosamente por la independencia de Cuba.

Y en medio de todo, se dio tiempo para escribir algunos prácticos y sugestivos libros, pronunciar interesantes conferencias y dirigir gráficos discursos al pueblo americano, de un extremo al otro de la Gran Nación.

Sus padres le pusieron maestros particulares y le inculcaron profundamente el sentimiento del deber, de la justicia y de la redención humana. A su vez, Roosevelt enseñó a sus hijos iguales ideas de nobleza de alma, tanto que uno de ellos se sacrificó por la libertad del mundo.

— «Idolatraba a sus hijos, dice Julio Villoldo: cuando éstos eran niños, compartía con ellos sus horas más felices: los acompañaba en sus juegos y deportes, formando su carácter, no sólo por medio de una esmerada instrucción, sino inculcando en sus tiernos corazones el sen-

timiento del honor, de la probidad, del cumplimiento del deber. Cuando estalló la guerra con los poderes centrales de Europa, ofreció sus servicios al Presidente Wilson, que los declinó; entonces entregó a la patria, al igual que un general nipón, su máspreciado tesoro: sus cuatro hijos. Uno de ellos, el más joven, pagó el tributo de sangre, llenando de orgullo al padre y rasgando, al propio tiempo, su corazón. Refiere William Boyce Thompson, que encontrándose almorzando con Roosevelt, en el «Club Harward», pocos días después de la muerte de Quintán, alguien se acercó a darle el pésame, el contestó: «No tengo hijos espléndidos? Uno acaba de morir por su patria; otros dos se hallan heridos en el hospital».

«Digna réplica de un ciudadano de los mejores días de Roma», comenta el sintético biógrafo.

El esfuerzo propio fue su desiderátum. (1)

Desarrolló sus facultades, no en gracia de preferencias y súplicas, sino en la franca disputa con las adversidades, ya en su carrera universitaria, ya en todos

---

(\*) *Se objetará el discutido caso del Istmo; pero conspicuos miembros de la Academia Colombiana de Historia han probado, con documentos, que Panamá bregó por su independencia muchos años antes del nacimiento de Roosevelt. La incuria, el olvido, la tirantez, la pésima administración provocaron varias veces movimientos separatistas.*

los cargos que ocupó, en los que estuvo desplegando energía inagotable y acción constante.

Si con quieta atención se leyera más a menudo la biografía de este profesor de disciplina y se le pusiera en manos de los muchachos, nos corregiríamos del vicio nacional de las recomendaciones, del falso cariño que no se ruboriza del ruego, del amor cegatón que impulsa a cometer actos desdorosos, feos atentados contra la equidad, en el ansia de mejorar al postulante.

Desterremos de la vida ciudadana esa manera de adquirir prebendas; atropellando aptitudes y ofendiendo al que intentamos sustituir, reemplazar, posponer sin derecho.

El *palanqueo*— esta tremenda voz que significa favoritismo, bajo empeño, intercesión humillante, intriga y mala fe, todo mezclado— se entromete hasta en los actos más serenos regidos por Astrea.

Si las palabras pintan a los pueblos, aquélla nos retrata de cuerpo entero. Buscamos comodines para todo

---

*tas desde el de Espinar el año 5º, por no decir desde 1834, según Soto. Los interioranos hicieron su agosto siempre. «Panamá era una especie de insula a donde aflujan, con la venia de lo alto, cuantos querían rodar tierras o buscaban como locupletarse», en frase de G. Arbolada, Merecen estudiarse con serenidad las causas de la sececión panameña.*

juego y toda emergencia, hombres - enciclopedias, en quienes, por el favor social, se amontonan los cargos, como si físicamente fuera posible desempeñar tantos a conciencia. Y no removemos de sus canongías a los inútiles y viciosos, pues se han vuelto casas de beneficencia ciertas oficinas.

— No sirve para nada; pero ¿cómo se lo ha de destituir si es padre de familia y persona visible?, decía un secretario de Estado al *sostener* a su recomendado.

— Por lo mismo que es padre de familia no debe jugar ni emborracharse, se atrevió a observar un amanuense, que, como era un *Don Nadie*, fue despedido en seguida, *a paso de polka*.

Quizá sin caer en la cuenta, sin vergüenza alguna sin escrúpulo, sin malicia, por hábito, los de las cofradías y nepotismos, imploran lo que no es digno garantizar, *echan el ojo* a lo que no podrán atender.

Son como tantos informes y certificados — incluso de ciertos médicos *dulcamaristas* — que, con detonante injuria a la verdad, se expiden por falta de entereza, por abúlico espíritu de condescendencia.

— ¿Crearán ustedes que hay padres de familia que en los exámenes de sus hijos solicitan que, desconociendo la valorización de conducta y aprovechamiento, se les su-  
ba las calificaciones?, contaba, alarmado, novel y recto

profesor a distinguido grupo de miembros del Consejo Superior de Instrucción Pública que tantas pretensiones de holgazanes rechaza a diario.

—Hay gente para todo, añadía. Me vuelven loco las esquelitas, las tarjetas, las visitas inoportunas, la detención en la calle, encaminadas todas a intentar la más culpable tolerancia ¡Un puntito, dos puntitos, una falta, la enmienda de un cerito!... La letanía de rogativas es incansable. ¿Qué idea se han formado de la educación los que tan lloriqueante y miserablemente proceden? ¿Qué sentimientos tienen del mérito personal y de la justicia? Aunque fuese sin ánimo de herir, hacen poco favor a los catedráticos.

Sacrifican la dignidad; pero no serían lo suficientemente valerosos, como Roosevelt, para sacrificar a sus hijos por la patria. Desarrollan sus deseos a merced de las peticiones, pero no apoyados en el propio valimiento. Se sueña así con una carrera fácil, sin desvelos, sin actos de voluntad, sin «entrenamiento».

El Maestro— en principio— es la santidad personificada: se ha de creer vivamente que obra a conciencia, se le ha de circuir de prestigio y garantizar. Es juez: nada le induce a inclinar el platillo de la balanza del lado de las influencias y simpatías. Con plegarias y auxilio de camaradas no se adquiere ciencia.

Mal muy arraigado en distintas esferas sociales el de querer lograr lo inmerecido a costa de recomendaciones, como la palanca levanta piedras y montañas cuando cuenta con puntos de apoyo. Rompamos las varillas de San Cipriano, los *apoyos* y amigos, cuando se someten a examen, idoneidad, títulos, conocimientos insustituibles, raras especialidades.

—Lo que quiero es que mi ahijado *pase*, decía la opulenta señora. No le haré seguir carrera académica; pero que gane el año, para escribir felicitando a mis compadres.

De tal suerte, de limosna en limosna, de ruego en ruego, van *pasando* hasta auparse a las alturas y ostentar títulos *de gorra*. Adquiridos, en tan bochornosa forma, documentos, empleos, excelencias, los errores que de ellos dimanar trascienden a la administración, a la sociedad, al hogar, a la república.

Plaga social de ineptos condecorados, de nulos cargados de reliquias y recomendaciones, de indolentes con palancas, invaden los cargos públicos y deciden de la suerte de la patria. Suben a la cima, a la triple cima ejecutiva, legislativa o judicial, algunos tipos mediocres que ascienden por las escaleras del palacio, de la buena familia, de la cara bonita, de los bigotes y las barbas floridas, no por los arduos escalones de la perseverancia, de

la sabiduría y de la preparación adecuada.

— No le ha hecho, pues, lucir a mi chiquitín, le re-  
crimina un magnate al maestro de escuela que supuso  
era de lana.

— No me he comprometido a eso le replica agria-  
mente. Aquí, en mi escuela, cada cual expone lo que  
ha aprendido, el fruto del año. No habrá aprovechado  
cuando no se ha lucido.

Como es luminoso varón, es preciso, es indispensa-  
ble, es imperativo que el profesor resplandezca por su ca-  
rácter, invulnerable en su férrea armadura moral, ajeno  
a compromisos sociales, hombre resuelto en su proceder y  
en la majestad de sus sentencias. temperamento ecuánimo,  
indeclinable y de grandes proyecciones éticas. Quizá, vién-  
dole de tal guisa, se atrevan a fastidiarle menos con an-  
tojos descabellados.

El pecado mortal del palanqueo y de las *inadap-  
taciones*, adaptadas de hecho, ha multiplicado los casos  
absurdos e hilarantes. Se han visto, ¡oh, risible pantomi-  
mal jóvenes que han estudiado tal asignatura en Euro-  
pa venir a desempeñar otra diametralmente opuesta que  
ni soñaron; médicos en cargos aparentes para abogados;  
jurisconsultos en empleos propios para cirujanos, distin-  
guidos artistas en casa de zapateros o entre *chapas*. Co-  
nocimos a un viejo y hábil sastre al que se le nombró pro-

fesor de francés de un establecimiento militar. .. y a un amanuense ... que mangoneaba de conductor de multitudes....

Sagaz compañero nos trae original carta que le ha dirigido un padre de familia de pocos alcances. Monumento de necesidad y grosería, dibuja de cuerpo entero la índole del que la escribió, que es el temperamento nacional de buen número de pobres de espíritu.

Dice así esa pieza famosa:

«No es posible que Ud. siendo como es mi amigo haya suscrito semejante certificado. Estoy seguro de que si yo tuviera que informar respecto a un hermano o hijo de Ud. habríale puesto muy buena votación, aun cuando su aplicación y conducta no fueran satisfactorias: lo haría por consideración al amigo. No concibo que dependiendo de Ud, se vea incapacitado el chico para presentarse a los exámenes de fin de año. Por esto, le suplico se sirva subirle siquiera las cinco notas que le faltan» (1)

Estas frases no necesitan comentarios: son un capítulo de la vida republicana, de nuestra feliz democracia, aplaudidamente igualitaria y aspirante.... hasta a lo que no se entiende.

(1) *Hecho real, como todos los aducidos en estos borroneos. La carta es copia textual, salvo dirección y firma, que suprimimos.*

Nueve meses duermen, extraños a todo, varios padres y alumnos: los apuros son en el décimo, que es el de *no codiciar los bienes ajenos*.

Se espera el milagro, la palabra cabalística, el pasaporte, en forma de recomendaciones y *palanqueos*.

El hijo del ministro, del jefe cual, del empleado aquél de policía, de ese cabido en casas grandes, de este gamonal anhelan ser estrellas universitarias cuando son opacos planetas: ansiando están brillar con luz propia, cuando giran como pobres satélites que aguardan la caridad del sol.

Con sentimiento de acierto, orgullosa se pavonearía la sociedad, si cada cual se basara en méritos indiscutibles y sirviera para la especialidad en que se preparó, con vocación y perseverancia.

## EL CANDOR PRIMITIVO

*Maravillas del cinematógrafo.— Su sorprendente porvenir.— De ministro a empresario.— Los "peros" de la pantalla.— Un padre de familia que jura no llevar a sus hijos al «cine».— Necesidad de un teatro infantil.— Películas policiales de malsana sugestión Sentimientos despiadados que despiertan.— La venganza que enseñan las nodrizas.— Un bebé pide una pistola — Temprano «abrir los ojos».— Sean los niños como los ángeles.—*

---

• El cinematógrafo, admirable invento que irá perfeccionándose hasta lo indecible, está llamado a grandes fines educadores. Ahora mismo, ya ha prestado utilísimos servicios al arte, a la ciencia y a la vida. ¿Qué será mañana cuando reproduzca con fidelidad los colores y se combine con la música más nítidamente? Las óperas a que asistamos en día no lejano parecerán obra de magia, ¿Quién puede calcular las sorpresas del futuro?

Hoy por hoy, compete reñidamente con la novela y al drama: es alto espectáculo teatral, civilizador, inagotable y económico.

Las pasadas épocas y las magnas obras reviven, a la fáustica evocación del arte cinematográfico que ha removido cielo y tierra, mares y abismos, honduras psicológicas y sueños inauditos.

Poderoso auxiliar de la historia, factor importante de la cátedra, ahorra explicaciones, viajes y esquemas.

Millones gastan las empresas cinematográficas en la reconstrucción de siglos que supusimos sepultados para siempre en la vorágine del tiempo. El rendimiento está en relación directa con el fabuloso costo. Un ministro norteamericano renunció su cartera para ponerse al frente de una empresa de cine. ¡Qué prodigio de arqueología, de heráldica, de indumentaria y de imaginación constructiva para revivir lo que fue o dar acción a lo muerto!

Todo inclina a pensar en que más tarde no se escribirán novelas: sólo las representarán. Como en los hogares los estudiosos guardan libros escogidos, así poseerán cintas selectas, para, en familia, pásarlas por la pantalla y amenizar las veladas. Las bibliotecas públicas se verán obligadas a añadir a la consulta un servicio especial cinematográfico.

Las conferencias, los poemas y las relaciones célebres serán ilustradas en esta forma.

— Pero — siempre el pero aun en lo más excelente — se está abusando y se abusará de la pantalla, como se usaron mal los libros de caballería, las rimas para postales, los pensamientos en álbumes, las novelas dispa-

tadas, los versos enigmáticos, como abusaron los arbitristas y memorialistas en la centuria de Cervantes, y los científicos para la matanza, en la del kaiser Guillermo II.

Por lo pronto, ramplones aventureros de las letras se sirven del cine para sus charlas, ayunas de sindéresis.

Puesta a tortura la imaginación ¡qué de engendros diabólicos en el blanco lienzo!

Y entonces, no siempre educará: corromperá algunas veces como acontece con el periodismo, con el libro, con los versos insinceros y simbólicos y con muchos espectáculos

— No llevaré nunca al cine a mis chiquitines, recalaba con energía cierto padre de familia, libre pensador en la práctica y muy preocupado al parecer-

— ¿ Por qué ? Nada de lo absoluto es cuerdo. Si es admirable distracción para los niños ¿ por qué privarles de este placer ?, insistimos, sin comprender su terquedad.

— Porque hallo inconvenientes, y no me crean metódico No soy beato, ni mucho menos; pero para la infancia deben seleccionarse escrupulosamente las películas. No quiero que mis hijos entren tan temprano a la vida. Su precocidad sería ruinosa. No me refiero a nada inmoral; aludo a lo inadaptado. Cuando sean jóvenes, que asistan a escenas de amor, con aquellos besos

prolongados — que los picaruelos del paraíso acentúan y ritman con hábiles succiones — que se denominan *besos de cine*, con aquellas cintas apasionadas, con aquellos asesinatos y palizas a destajo, con aquellas guerras implacables de *cowboys*, con tantos crímenes que no aciertan a comprender todavía. Su temperamento delicado se embota, su mente se fatiga, el contemplar horizontes que no todas los días son cerúleos y hermosos, sino cárdenos y siniestros . . . .

Meditando en estas prudentes palabras, se nos ocurrió la valiente necesidad de fundar un teatro para niños, proporcionándoles aventuras bellas, pedagógicas a su modo, que despierten la fantasía sin endurecer sus puros sentimientos, cansar sus cerebros y empeñar sus ideas inocentes. Si no escasean los pudientes en esta tierra privilegiada y fecunda, ¿arrimarán el hombro a una empresa noble, salvadora de la niñez? Urge un teatro sólo para niños.

Adelantarles en su desarrollo, provocarles sumo esfuerzo intelectual es conspirar contra su salud.

— ¡ Esas tramas policiales!, exclamaba indignado un médico, profundo fisiólogo, en la amplitud del término, que encierra también la psicología. Estoy seguro de que el horrendo asesinato del doctor Pachano fue sugeri-

do por el cinematógrafo (1).

Hay suicidios, hay crímenes que se imitan. Fuertes lecturas y vivas escenas sugestionan a los enfermos, a los histéricos, a los débiles del cerebro. Narraciones periodísticas de atentados callejeros dañan a los morbosos. Así es el *cine*. Las habilidades de los ladrones son imitadas. No falta gente patológicamente impresionable. Cientos de niños adquieren vicios y dolencias «por simpatía». ¿Acaso ciertas raterías, ciertas «pegaduras» no son enseñadas por el cine ?

— Le sobra razón. Es usted un espíritu observador.

— Nada de eso; pero . . . . Verá lo que pasa. La otra noche, llevé a mi hijo al teatro. La película era sana, distraída; mas no estaba al alcance de la mentalidad infantil. Había una de golpes y riñas que provocaba hilaridad. Como abundan en las cintas americanas, que todo lo resuelven a trompadas, o con el *boxeo* o pugilato, así menudeaban los revolcones y maltratos.

---

(1) *El Dr. Manuel del C. Pachano, en su morada a los alrededores de la ciudad de Ambato, fue asesinado con un hacha por un muchacho de 18 años, a raíz de regresar de un espectáculo de robos y matanzas en cinematógrafo. Dicen que el horrendo crimen tuvo las mismas peripecias de la cinta policial que impresionó al degenerado Justo Silva.*

— Y qué sucedió ?

— Que mi hijo, que se compadecía y asustaba al principio, concluyó por hallar entretenimiento en aquellos actos despiadados. Rápidamente, se le endureció el corazón. En casa, quiso imitar con sus hermanitos las luchas aprendidas. Me pareció entrever un destello de depravación.....

— Es usted demasiado susceptible.

— Tratándose de la sangre de nuestra sangre, de nuestros hijos, para quienes ansiamos bienes positivos, por quienes nos sacrificamos, toda previsión, todo escrúpulo son razonables. Cuando tengan buena base — jóvenes ya — y se gobiernen por sí mismos, las cosas han de cambiar de aspecto. No deben ignorar nada, para que sean capaces de combatir el vicio y no se dejen candorosamente embaucar por los pícaros.

Nos vino a las mientes el proceder de algunas nodrizas campesinas que, por una bicoca, están inculcando a los bebés el sentimiento de la venganza, como si fuera el prístino licor de los dioses. Cae al suelo el rorro. Con recias palmadas fingen castigar fuertemente el puesto, como a culpable de la caída. Todo lo personifican, a fin de que el niño tome la revancha y *dé duro*. Lo principal, es que no se quede con la supuesta ofensa o aplanque la ira, desfogándose en lo que a mano viene. Le ara-

ñó el gato, le mortifica otro chscuelo, se lastima en una silla, se golpea en una mesa: le incitan a que *pegue*, a racionales, brutos y objetos.

— «Por allá corrió el conejo, exagera el ama de cría. *elé, elé*, síguete: *dale duro* . . . »

Asustado entra a su domicilio el padre de familia, persona bñdadosa, de firme fundamento moral y suaves aficiones artísticas.

— ¡ Creerás, le dice a su esposa, que el primogénito me ha *rallado* para que le compre una pistola. ¡Voy a poner una pistola en sus manos! Se imaginará que es un juguete ¡Como en el cine ha visto tanto apache con pistola en mano y puñal al cinto . . . .!»

Las primeras impresiones jamás se borran. Habríamos deseado experimentar las del cine, invención moderna que está revolucionando el mundo del arte, de la ciencia y de las letras. Más que las *Mil y una Noches*, evocadoras de la magia de Aladino; más que las maravillas de los viajes fantásticos y las riquezas del opulento nabab; ¡quién sabe que universos de ensueños hubieran pasado por la mente infantil ¡ay! que no gustó de esos prodigios de la civilización! No acertamos a darnos cuenta del efecto que nos hubiera causado la primera noche del encantador espectáculo.

¿ Que trastornos, qué sacudimiento, qué transfigu-

raciones se operan en el alma de los niños actuales?

Los pilluelos del pueblo, que de donde hay y de donde no hay, *se rebuscan el real* para la pantalla barata, que sería preferible a las bárbaras traducciones, a las leyendas que son un atentado contra el castellano; aquellos pilluelos proceden como viejos, comentan de tal modo las series que devora su curiosidad, que pasmaría a los mayores. *Están avivándose* antes de hora: son ya muy listos para las *boladas* y tomaduras de pelo.....

Ellos no rezan su *mea culpa* como el poeta que se jacta de

«Saber no ver las cosas del camino  
con las mismas pupilas que en tumulto,  
en cada estulto ver algo divino  
y en todo lo divino algo de estulto»....

¡ Ah! mientras más tiempo los jóvenes conserven el candor primitivo, serán más felices las naciones.

¿Por qué insistir en que *abran los ojos* cuanto antes?

Ahora ¿ qué juzgar de las cintas escabrosas, por más que, en el fondo, encierren directa o indirecta aplicación ética? El pueblo, y no sólo el bajo pueblo, toma el rábano por las hojas. El velo del misterio se descorre prematuramente....

Distinguidos y honrados padres de familia se entristecen, cuando la mostaza no les sube a las narices, al palpar los peligros y provocaciones que amenazan a sus

hijos, propagados por las *tandas*, *matinés* etc.

Hablamos en nombre de la moral independiente. No manoseamos asuntos religiosos ni políticos. Cualquiera que sean los credos y los bandos, por sobre todos, están la decencia y el porvenir de los niños.

En misión docente hemos vivido rodeados de adolescentes, educando a jóvenes, y, por ellos, la sinceridad, la franqueza de nuestras palabras exhala un aroma sagrado, un hálito de respeto, pues vinculamos a la patria la suerte de las nuevas generaciones.

No somos mojigatos, ni nos asusta nada en la vida; pero, aplicando altas miradas pedagógicas a la niñez, queríamos para ella la limpieza eucarística, la tersura de los ángeles.

— No es liberal, cuchichearán los que no entienden de la fuerza educadora y disciplinas anímicas, confundiendo el magisterio con una fracción política y la moral pura con una religión cualquiera. Nuestro liberalismo es de otra clase y muy alta la filosofía que a diario analizamos, inspirados en la prosa de la vida y en lo que a menudo anotamos en la cartera.

## EL HEROISMO QUITEÑO

*Recuerdo de las fiestas.— La deseada iluminación de Quito.— Buen gusto y largueza.— Días serenos y noches estrelladas.— El pueblo más pacífico del mundo.— Su cultura.— La niñez abre y cierra áureamente los festejos.— Triunfo de la gimnasia.— Ideal de la raza.*

---

Pasaron, como las flores de verano del viejo y oscuro poeta, las grandiosas fiestas conmemorativas del triunfo de los quiteños hace cien años. Todavía imaginamos que están frescas las intensas emociones que grabaron hondos recuerdos en los espíritus. Nos quedan dulces y variadas visiones de algo inolvidable y deslumbrante que el tiempo irá opacando, en proporción de la sombra que proyectan los siglos y de los vívidos fulgores del progreso que hacen palidecer a lo pretérito.

¡Se esfumó el primer centenario de la trascendente Batalla de Pichincha! Cuántas saludables lecciones para el intelecto, la moral y la materia; cuánta experiencia han dejado tan magnificentes y heterogéneas conmemoraciones! Ojalá obtengamos muchos bienes — si el nombre de la tierra es invocado siempre — del civismo que, cual otro Nilo benéfico, se desbordó en mayo, fecundando a las almas.

La Capital, honrada con múltiples visitas, ha fulgido

como el oro, ha desplegado sus galas, excelencias y ejemplares costumbres.

Flores, festones, banderas, laureles, pinochas en guirnalda, música, himnos y luces han exteriorizado la general alegría.

— Que de ordinario, con el abaratamiento y competencia de las empresas eléctricas, se le viera así iluminado a Quito, decía un marino que en las clásicas noches sin duda no añoró los potentes reflectores de sus barcos.

Ahora ha entrado en la penumbra, en la relativa soledad y en la pobreza. El oro ha huído de los bolsillos de buena parte de sus moradores, para ir a rellenar los de otra, hábil en el arte de sacar el vientre de mal año.

Incontenible el derroche, larga la holganza, inmenso el goce. Acaso las consecuencias de tanto placer se dejen sentir poco a poco, si bien las compensaciones comerciales equilibran la economía urbana. Millares de visitantes han regresado, hasta a los más apartados burgos, con las maletas de viaje vacías. Dinero soberbiamente gastado, desde luego, ya que la patria no siempre exige cruentos sacrificios, sino también gentileza, buena cara, decencia, generosidad, lujo sin regateo....

Sólo la sordidez desesperante se había abstenido de exhibir algún antiguo y fonje tapiz, alguna tricolor banderola, alguna bombilla eléctrica o farol chinesco en los *desfestoneados* balcones de su avara casa sepulcral.

Hasta el cielo contribuyó al esplendor de las suntuosas fiestas: plácidas mañanas, tardes primaverales, noches de luna, estrelladas y magníficas. Desapareció el infernal tarquín de las calles, alfombradas de flores y serpentina, a causa de las reñidas batallas carnavalescas, bella y locamente improvisadas, fuera de programa y sin patente de corso, en las fugaces horas de los propicios crepúsculos.

El indecible popular barrullo y la frenética embriaguez patriótica se desbordaron sin una riña, sin una puñalada, sin un rasguño, sin el menor desorden ni conflicto. Si hubo horas de duelo, se debieron a la imprevisión o quizá a la ironía de la suerte; pero no al *livor* ni al *licor*, al instinto sanguinario ni al delito (1).

---

(\*) *Terrible desgracia la del descarrilamiento y total destrucción del carro de la empresa americana de tranvías Venia repleto de pasajeros — los del tren ordinario que llegó atrasado — que acudían a las Fiestas del Centenario, y, en la curva violenta que hay junto al puente de Machángara, el vehículo perdió la acción del freno y fue a estrellarse contra un muro, a las once de la noche del sábado 20 de mayo de 1922, sembrando la desolación y el espanto. Aterrador fue al número de muertos y heridos. En señal de duelo, se suspendieron por días las fiestas y se reformó el programa, por medio de un Decreto Ejecutivo*

— Este es el pueblo más honrado y pacífico del mundo, le oímos repetir a un diplomático, con el acento de la sinceridad y la elocuencia de los hechos.

Y añadía con íntima convicción, dirigiéndose a selecto público:

— «En las anotaciones diarias de la policía, no se ha registrado ni un escándalo, ni uno solo, mucho menos crímenes. ¡Pueblo admirable!»

Sin vanagloria lugareña, es la pura verdad la observación del distinguido diplomático que esta vez no se inspiró en Maquiavelo.

Alta nota de cultura, que honra en todo momento al pueblo de Quito, es la ausencia de crímenes y de bajos sentimientos en días de efervescencia patriótica y pasional, en los que el alcohol pudiera multiplicar sus víctimas. La alegría quiteña es muy sana. Los festejos populares jamás dejan la negra cola de muerte y lágrimas.

Momentos nublados e incorrecciones habidos en los regocijos, como en toda obra humana, se esfuman como cosas pasajeras e insignificantes, que tal vez no son ni pecados veniales de Quito, que sabe ser generosa y hace repetidos actos de prestancia.

Lo más significativo — todo un poema — de la década de fiestas fue el haber empezado y concluido con un armonioso despliegue de gimnasia y juegos escolares.

— La niñez ha abierto y cerrado con llave de oro la conmemoración del Centenario; decía entusiasmado en el «Parque de Mayo» un padre de familia, al contemplar el lucimiento de su hijo en las carreras, en los juegos olímpicos, en los concursos atléticos, en los desfiles y demás deportes.

Al aplaudir a los dos o tres mil niños que en un solo ritmo, obedeciendo a una sola voz, ejecutaban la sencilla y admirable gimnasia de conjunto pensamos, llenos de esperanza, en el resurgimiento de la raza, y por lo mismo, de la patria. ¡Cuán ágiles, cuán robustos se desarrollan ahora!

¡Y qué vigor, qué elegancia, qué bizarría y franqueza de las niñas!

Surge, con la elocuencia de los acontecimientos que se palpan, la bondad de una educación humana y racional, que va transformando a la mujer y poniéndola a nivel superior en la sociedad, a fin de que, apta para la lucha, sepa vencer en el palenque moral y en el físico. Lejos de la hipócrita disnea que envenena hasta el aire que respiramos, su aspecto sincero; su talente victorioso, su saludable alegría, su voz musical, no adolecida ni feble, convierten a la lucentísima niña en un ser fuerte y simpático que transformará los hogares.

Ninguna resistencia, al contrario, suma complacencia y entusiasmo los de Quito al propagar las innova-

ciones de la gimnasia que va abriéndose triunfal paso para beneplácito de todos.

Las futuras madres, familiarizadas con la higiene y la gimnasia; darán buenos hijos a la patria.

— ¡Cómo consue'la que con esta sólida educación desaparecerá la morfinomanía! exclamaba, palmoteando a rabiar, un ex ministro, ante su escuela predilecta, al ver aquellos centenares de muchachos sudorosos, coloradotes, sanos, sonrientes, afanosos por los ejercicios deportivos, unos espartanitos en miniatura!

Las lágrimas de la emoción patriótica se agolpaban a los ojos en presencia de la exultante niñez, dominadora del raquitismo. Ella hoy se educa de manera dichosa.

Ayer no más, hace un puñado de años, ¡ que sombrío cuadro! Para muchos eran monstruosos pecados mortales los saltos, las contorsiones... y el calzocito o la falda-patan-lón de las diminutas mujeres, absurdamente mimadas.

El ideal, en los venideros faustos días de la patria, está basándose en conseguir que acudan diez mil niños, de todos los establecimientos, absolutamente de todos, sin excepción, como un puro homenaje nacional a la raza y a la vida, que gozosos acudan por lo menos diez mil niños, al «Parque de Mayo» para un conjunto gimnástico que sería el himno más convincente y sublime del heroísmo quiteño. ¡Canten los poetas la grandeza del cuadro!

## CONTRIBUCION INDIVIDUAL

*El himno de la acción individual.*— *Un diccionario festivo y filosófico.*— *La palabra "patria".*— *La gallina de los huevos de oro.*— *Limosnas disimuladas.*— *Políticos pedigüeños.*— *¡Una protección mi jefe!*— *Filántropos gigantescos.*— *El caso de un chileno.*— *El dadivoso ciudadano Acea.*

---

La grandeza de las naciones ha de cimentarse en la iniciativa y el desprendimiento de sus hijos, antes que en los favores de los poderes públicos. La acción individual, en los laureados torneos del progreso, está componiendo un himno de estrofos luminosas, allí donde el patriotismo no es mera palabrería, comodín del juego político que conquista posición envidiable, dinero a manos llenas, fama barata, aunque los muñidores no jueguen limpio.

En ágil semanario festivo, de cortas dimensiones y corte clásico, que está recordando devotamente a Cervantes y Montalvo, acabamos de leer ingeniosos pensamientos. Revelan que quien los escribió cala hondo con el bisturí filosófico, en las miserias que vivimos y sabe mucho de nuestros morbos sociales. Definiciones al parecer caseras — muy nuestras, es decir, salpimentadas a la quiteña — perfectamente son dignas de aplicarse a pueblos de América agobiados y consumidos por iguales epidemias políticas. Formarían curioso *Diccionario* de sátiras y

agudos reproches, ingeniosamente expresados y en forma aparetamente inofensiva. Tomamos, como ejemplo, la palabra *patria*, de la que tanto se abusa. Como explicación de lo que dicha voz significa, hallamos:

— «Patria: Expresión común usada por algunos para pedir que comer».

Sangrienta es la definición; pero encierra claro y sintético capítulo de la triste historia nacional; elocuente descripción de los *hábiles* que, tras los términos patria, libertad, ocultan, con poca vergüenza, negras intenciones inspiradas por su nulidad y pereza; sed de lucro, ansia de matar al ave doméstica de áurea mina, que abarca el presupuesto y que es más prodigiosa que la de la fábula: abierta el vientre, sigue poniendo y alimentando a ciertos políticos que siempre están en candelero:

· Erase una gallina que ponía

Un huevo de oro al dueño cada día» . . .

Becas, jubilaciones a porrillo, contratos para contener bancarrotas particulares, chorrillos de plata sobre funcionarios arruinados, pensiones vitalicias, cómodos cargos para descansar, viáticos y paseos, canongías, todo queremos que salga del Estado, como del cubilete de un presidiario sugestionante

El individuo poco o nada confía en sus fuerzas, en su propio impulso: espera el empujón del Gobierno, que le aupará a las alturas.

Se va perdiendo el pudor en lo tocante a pedir limosna más o menos disimulada, al filántropo insigne que se llama señor Erario Público, cualquiera que sea la caja de inversión taumatúrgica. La juventud está educándose en esta baja escuela. El *ayúdame*, agoniza; porque engorda el *ayúdame*. No se cree deshonrosa tal manera de esgrimir el sable para *matar hambres o tirar prosa*.

Ambulan por la calle tipos desarrapados y ociosos, viciados vagabundos a caza de transeuntes para espetarles a quema ropa el pedido mendicante. Al socorrer a tantos sablistas, nos preguntamos con pena y hasta con indignación: ¿por qué no trabajarán estos descarados? Al oír la novela corta y lastimosa que nos narran, caemos una, dos veces; pero, al fin, nos cansamos del sablazo cínico y gallofante. Mas los sablazos al tesoro nacional no nos curan de espanto: la más atrevida empresa ha de acometida con esos fondos, de lo contrario, no hay adelanto. Hasta los negocios particulares han de ser subvencionados.

— Una protección, mi jefe, repite por ahí, de día y de noche, un desgraciado de regular vestimenta, cuadrándose con arrogancia ante todos los que topa en portales y aceras.

El sujeto es conocidísimo en la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito. Muchos políticos de pega, listos en no desperdiciar ocasión para sacar la tripa de mal año, imitan a ese pordiosero de levita y chamber-

go:le están repitiendo en tonos concordantes al Gobierno: «una protección, mi jefe» El rubor ya no les colorea las *vaqueteadas* mejillas. Si no les da en la yema del gusto, se metamorfosean en opositoristas furibundos....

Como son inacabables las peticiones al todopoderoso Sr. Presupuesto, emperador que tantas zalemas y genuflexiones recibe, así también se exigen prodigios de Aladino al Gobierno, después de solicitar de él el oro y el moro.

La potencia individual flaquea, si se ha de confiar sólo en el Estado. Las naciones surgen por la munificencia y sacrificio de sus hijos

En tierras del trabajo y del oro -- los Estados Unidos -- a cada paso se dan ejemplos a lo Andrés Carnegie, rey del acero, que legó cosa de trescientos millones de dólares para premios a los salvadores de vidas humanas, fomento de la paz, colegios, institutos, bibliotecas. ¡Cuánto ha hecho prosperar a su patria un solo hombre!

¿Y Juan Davison Rockefeller? Cuentan que el rey del petróleo, a los nueve años, ya se ingenió para engordar un par de pavos sin que le cotase un centavo la tarea. Fácil era el asunto: los conducía por parajes solitarios en los que abundaba la hierba que las aves picoteaban. Los pavos políticos pacen en las praderas del Estado ..

— Para Rockefeller, dice uno de sus biógrafos, la educación es el más eficaz remedio de los males que afligen al mundo. De aquí la solicitud con que, al retirarse de los negocios, quiso invertir gran parte de su fabulosa fortuna en la extirpación de la ignorancia a que atribuye toda miseria. Entre otros donativos, merecen mencionarse los de 7.500,000 dólares a la Universidad de Chicago; un millón a la de Yale; 32.000,000 para subvencionar a los establecimientos docentes más necesitados y 1.250,000 dólares para fundar el Instituto que en Nueva York lleva su nombre, destinado a investigar nuevos medios de curación de las enfermedades.

¡Qué de lágrimas piadosamente secadas, qué de vidas robustecidas, qué de pueblos saneados por el Instituto Rockefeller! De ahí procedía el sabio profesor Noguchi que en Guayaquil estudió, con sublime abnegación, el germen de la fiebre amarilla y el inmunizador suero. De un confín a otro del mundo, ese benefactor Instituto obra prodigios.

En la América del Sur, no han faltado, aunque más modestamente, los filántropos que consagraron su riqueza al bien y alivio de la humanidad, probando así que los recursos individuales realizan maravillas.

Ayer no más, acaudalado chileno dejó su fortuna al Fisco, para el incremento de plantales de educación.

— El Estado me enseñó a leer y escribir, decía en su testamento: el Estado, por medio de la instrucción gratuita, me facilitó la consecución del capital que poseo, y al Estado devuelvo, con gratitud, todo lo que, por él, adquirí con mi trabajo honrado

En Cuba, la prensa estuvo aplaudiendo otro caso filantrópico: el de Nicolás S. Acea. El asilo de este nombre con aplauso se inauguró en la ciudad de Cienfuegos. El laborioso ciudadano reunió un millón de pesos con el objeto de que se erigieran asilos para ancianos y dos colegios para niños y niñas. Acea, que combatió por la libertad de su patria, en los días de brega revolucionaria y épi. a estuvo preocupándose de las rentas que aseguran la existencia de los establecimientos benéficos que ordenó se construyesen como su voluntad suprema y testamentaria.

Cuando la filantropía se multiplique cual moneda corriente, surgiremos felices y dignos de la civilización. Las fortunas de los particulares serán más milagrosas, mucho más, que las de la Nación, a la que muchos vampiros chupan la sangre.

## DERROTEMOS A LA POBREZA

*El día de difuntos.— La mejor manera de honrar a los muertos.— Visitas al cementerio.— Un letrero raro y sugestivo.— El muerto al hoyo, y el vivo al bollo.— Contraste entre las tumbas.— Un refrán árabe.— Las abominaciones de la indigencia.— “La tumba es mejor que la pobreza”.— Los valientes que la vencen.— El grito del siglo — Festejos de finados Boliches y guaguas de pan.*

---

En todos los tiempos ha sido sagrado el culto a los muertos. Sus lecciones son escuela de heroísmo y de mejoramiento. Su mudo lenguaje enseña e impresiona más que centenares de libros.

Honar a los que nos precedieron es santa obra de gratitud y de justicia. Hay mucho que estudiar en un cementerio, desde varios puntos de vista: arte, creencias, costumbres y, preferentemente, vanidad humana.

¡Oh, cómo explotan a los muertos en beneficio de los vivos! La sinceridad del sentimiento se pospone, para dar paso a la vanagloria. La sombra que proyectan los muertos suaviza la existencia y envanece a la familia, a los hábiles en sacar partido de sus deudos. ¡Oh *calculados* homenaje! Estos días hemos visto desfiles de coronas y adornos mortuorios para decorar las tumbas. ¿Se habrá decorado también el corazón con las galas del hon-

do, del ingenuo recuerdo? ¿Será desinteresada la lluvia de miosotis y violetas? Nos hemos conmovido al palpar el sencillo cariño de la gente del pueblo, de los humildes. Personalmente han hecho conducir grandes piedras perforadas que sirven de base para plantar una pintada cruz de madera con angosto coronamiento de hojalata. Adornarán este modesto leño con flores auténticas y coronitas de papel, en tanto que otros sepulcros lucirán relicarios de porcelana, costosas coronas, cirios valiosos, crespones de seda, deslumbradoras bombillas eléctricas, tarjetones rumbosos, no colocados quizá por manos piadosos, sino por las de los recomendados, los decoradores o la servidumbre.

—Tal vez la fatuidad rivalice con la aridez del alma, murmuran algunos.

La mejor manera de honrar a las muertas es guardando el tesoro moral que nos legaron: manteniéndonos dignos de su memoria, nos predica, con acento convenido, un joven que jamás se encamina al cementerio en el día que él llama de la *visita oficial*, de la obligada, que tiene algo de *réclame*.

—¿No va nunca usted al camposanto?, le preguntamos con extrañeza.

—Al contrario, voy muchas veces cuando el sol declina. En las tardes serenas y silenciosas, casi al anochecer, recorro la ciudad de los muertos. Me reconcentro

y camino despacio por las callejuelas. Saludables ideas acuden a mi mente. Siempre salgo de allí confortado. Parece que la elocuencia de los que ya no nos estorban persuadiera mi voluntad para obrar a las derechas.

A veces, aquel lugar sagrado es pretexto para citas, para frívolas ostentaciones y jactancias. Después de *quedar bien* con los vivos..... pocos vuelven a recordar a los que se fueron definitivamente.....

La plebe halla en la muerte fundamento para sus diversiones.

—Si en las aldeas de la sierra es incontenible la orgía ante los cadáveres de niños, nos decía un psicólogo costeño, en las poblaciones de mi tierra no sólo beben desafortadamente alcohol, sino que después se matan sin misericordia. Machete en mano, menudean las riñas engendradas en la velación a los difuntos, niños o viejos.

No ha mucho, en la tortuosa callejuela que desemboca en la descuidada plazoleta de San Diego, a la izquierda de la cual la portada del cementerio general destaca breve máxima de negros caracteres, existía un letrero, que textualmente escandalizaba, en grandes palabras pintadas de azul y rojo: «Se reciben duelos con comodidad y aseo» Pudorosas brochadas de cal han borrado la inscripción; pero quedan huellas del raro anuncio.

¿Qué significaba? ¿Qué clase de insinuación ma-

cabra era aquélla? Nada menos que la invitación a entrar a una taberna por el portón de una casa inmediata. Al regreso de la fúnebre jornada, el pueblo invadía patios y corredores: menudeaban las copitas de aguardiente «con comodidad y aseo»..... Hubiera merecido la pena estudiar las escenas que se desarrollaban a una cuadra de la necrópolis

—Por esto, los días de difuntos me dejan, socialmente hablando, impresiones melancólicas, nos observaba un padre de familia que tuvo ocasión de leer el gráfico rótulo inmediato al camposanto Cúmplese en ellos el dicho popular: el muerto, al hoyo, y el vivo, al bollo. ¡Festín de gusanos!

La memoria de los deudos, amigos y seres queridos, que del mundo se alejaron para siempre ¿arranca sinceros suspiros en la sugestiva fecha de tantas meditaciones? ¿Corren sinceras y cariñosas lágrimas ante «el helado cadáver de la esfinge?»

Entrar a la mansión de los muertos, es hacerse cargo de los contrastes del destino, porque ni allí «la pálida enlutada», que dicen los *apolonidas*, es la gran niveladora de marras, pues aun en la tumba las desigualdades son enormes, irritantes las diferencias: como virtuoso— con laudatorio epitafio— aparece el pícaro que contentó a gente heredípeto; como sabio, el rico que tuvo los sesos

en los calcañares; como honrado, el que compró conciencias; como leal, el que traicionó a sus amigos; entrar en el callado recinto que la soberbia y el lujo profanan, es dolorosamente provechoso, ya que palpamos la miseria humana, el ansia de perpetuarse que quitaba el sueño a los egipcios, y el prurito de aparentar, que consume a los quijotes.

Ahí se destacan los suntuosos monumentos; mausoleos regios, artísticamente fabricados de mármol de Carrera; columnas coronadas por cúpulas que custodia el ángel del silencio, albas lápidas, esmeradas *estelas*, inscripciones áureas.

¡Cuántos testimonios de la vanidad más que del amor; del orgullo más que de la afectuosa remembranza!

Más allá, tras de los desapacibles muros y la mohosa verja, asoma la llanura inmensa donde la retama crece y la maleza lo ahoga todo. Perdidas casi entre la yerba, abren sus brazos, deformes y rústicos, cruces de madera que se destacan de húmedo pedestal de piedra, como un bosque tenebroso y abandonado.....

Desgarradora antítesis que nos está recordando los males de la indigencia.

—Hay tres cosas preferibles a otras tres, reza un refrán árabe que hemos hallado en frívolo y deleitable libro: el día en que se muere es menos penoso que el día en que se nace, un perro vivo vale más que un león

muerto, y la tumba es mejor que la pobreza.

¿Alguna vez piensa en esto el obrero misericordioso al entrar por la rechinante puerta que da a la montuosa colina sembrada de cruces y epitafios, en la que se pudren los despojos de tantos mártires anónimos, genios ignorados y héroes preteridos que de carne de cañón sirvieron en nuestras cien guerras intestinas? Sobre la montaña de huesos se alzaron los intransigentes ambiciosos, los déspotas y los fanáticos.

Pobreza, divinidad fatídica, harpía envenenadora, está engendrando males sin cuento cuando el alimento filosófico no la mantiene y el carácter no le subyuga. Hijos malditos de la pobreza son la holgazanería, el vicio en sus formas y personificaciones más repugnantes, la degradación humana, la abulia corruptora, la negligencia torpe. La prostitución ronda la mísera morada de la pobreza; el abajamiento moral abre sus derruidas puertas; la necesidad se rinde. ¡Ay! si alguna beldad tímidamente va a ocultarse en el más insospechado rincón! Entonces surge ensangrentada y vengadora la sentencia árabe: «la tumba es mejor que la pobreza».

Los valientes que se encaran con ella; los que trabajan por pulverizarla; los que luchan horadamente a brazo partido; los perseverantes y animosos que no se dejan abatir ni torturar por el monstruo infernal, levantan el

sólido edificio de su bienestar y liberación; resucitan, como Lázaro, de un sepulcro de penas y podredumbre social.

—¡Derrotad dignamente a la pobreza! derrotadla, porque es la muerte física y espiritual de individuos y naciones, gritando está, a voz en cuello, el Mentor de lenguas barbas y legendaria experiencia que no nos abandona: el siglo.

Para los cobardes, la pobreza es su constante día de difuntos. En lugar de combatir contra ella hasta domarla, se entregan a la inacción, al desfallecimiento y, por último, a la embriaguez; corren a los *boliches* (o tal vez a otros juegos más peligrosos) a desperdiciar el escaso dinero de la semana, ganado con el sudor de la frente.

En vez de día de fecundas meditaciones, suele ser de populares diversiones el de finados.

Los débiles de voluntad acostumbran hundirse de cabeza— ¡oh mitológica *ley seca!* — en la embriaguez, remedando, sin duda, a las abizcochadas guaguas de pan que se bañan en hondos tazones de *mazamorra morada*, tradicional y espesa vianda de maíz negro con que los hogares pobres enlutan su mesa en este día, nublado de incesantes dobles y responsos, lágrimas y suspiros, olvidos y recuerdos fúnebres, libaciones y aturdimiento.....

## EDUCACION FEMENINA

*La mujer de carácter.— Una frase vulgar.— Feminismo que no adula.— Víctor Hugo quiso que la palabra "pena" se reemplace con la de "enseñanza".— El Maestro de escuela Sarmiento.— Publicaciones argentinas y uruguayas.— Las que odian el dedal y la cocina.*

---

¡Felices las naciones en las que la luz se desparra-  
ma en vívidos lampos, reduciendo la noche de la ignoran-  
cia e iluminando tantas conciencias adormecidas por el  
error y los prejuicios! Pero, más dichosas aún, si la mu-  
jer de carácter sube al solio de su dignidad, pasando por  
encima de las mezquinas preocupaciones; de la enojosa ru-  
tina y de la matadora indolencia, a manera del sol que se  
conserva nítido aunque sus rayos atraviesen el fiemo.

—El secreto de la prosperidad de las naciones,  
oímos repetir a todos, es la sólida educación de aquella  
débil criatura.

¿Feminismo trasnochado a estas horas?, pregunta  
con sorna un amigo.

—Nada del feminismo adulador que vuelve a la  
mujer una frágil figura decorativa más delicada que la  
porcelana o el cristal de Bohemia, le respondemos. Ansia-  
mos verla emprendedora, instruída, hija del deber y de la

firme convicción, que por sí sola conquiste la ventura de la patria; con la fe en su inquebrantable culto: el trabajo que engrandece; con una misión sublime: el orden estricto y el santo ejemplo en el hogar; con sugestivo lábaro siempre en alto: la piedad, pero una piedad sincera que no raye en fanatismo. Lleve, sin ostenta, legítima joya en su corazón: la caridad; un escudo invulnerable: el sentimiento de honor; y exhale siempre suave y exquisito perfume: la moderación; he aquí la verdadera mujer, he aquí la palanca que levanta a los pueblos, el sér angélico que llena de alegría la tierra y es consuelo bienhechor en las miserias y recias tormentas de la vida.

La escuela significa el porvenir de las edades. Todo lo bueno se puede esperar de ella. Por esto, quien propende a su desarrollo, quien fomenta la instrucción, quien vela por el aprovechamiento de las nacientes generaciones, se hace acreedor a eternos lauros. Y si este apóstol infatigable y abnegado es una mujer, bendita sea mil veces.

—Victor Hugo, en una célebre carta sobre la pena de muerte, dirigida a Augusto Bost de la Iglesia de Ginebra, escribía: ¿Cuándo a la palabra *pena* se sustituirá la palabra *enseñanza*? ¿Cuándo se comprenderá que un culpable es un ignorante?

En efecto, las bajas capas sociales, los desheredados de la suerte que permanecen en la obscuridad, los espíritus

Ignaros, se precipitan en el fango de los vicios. Las tinieblas engendran cosas espantables; en su seno se fraguan los más repugnantes crímenes. La claridad inspira confianza, tiene faz sonriente, es imagen de la virtud. La claridad es la inteligencia, es el saber. Su eclipse es el mal.

¡Que por sus sólidas virtudes triunfe la mujer!

Al volver los ojos a los tiempos antiguos, comprobamos, con pena, que ha permanecido en el más doloroso estado de postración, y tan doloroso, que alguna vez se llegó— ¡triste aberración!— a dudar de la existencia de su alma, sometiendo tan disparatada tesis a calurosos debates. ¿Para qué recordar las vergonzosas escenas de esclavitud, las plazas públicas en las que se vendía, como un mueble, como una cosa a la mujer? Pero esas lúgubres épocas ya han pasado. Lo que en estos momentos contemplamos en lontananza es una hermosísima aurora: la regeneración de la mujer. Hoy la condición de ésta es vil y miserable sólo en la baja esfera de la ignorancia. Las únicas ligaduras, las cadenas que existen, los sellos de infamia, pueden romperse de un vigoroso martillazo: el estudio, unido a la práctica del bien.

Obrá santa es la de la prensa cuando se pone al servicio de esta magna idea. Entonces, resuena como la trompeta de la ciencia.

En la Argentina hubo un hombre admirable: Sarmiento. Este humilde maestro de los Andes fue un colo-

so. Posee, entre muchas distinguidas obras, una que irradia esplendores inmortales: "La Educación Popular". Trabajó sin descanso, en el palenque del periodismo, por la enseñanza. Toda su vida fue un noble magisterio.

En esta misma República de tanto progreso hay muchos periódicos educadores e ilustradas revistas que son dirigidos exclusivamente por mujeres.

Parecida labor se observa en Montevideo, que ha dado páginas femenines de encumbrada valla, que ha tremolado estandartes de cultura, a cuya sombra se agita el bello sexo, acariciando fines altruistas que moralizan a la sociedad.

No la mujer desorbitada, sino la excelente madre, la buena hija, la esposa modelo, instruídas en cosas de salón, lo mismo que de cocina, aptas para el arte y las obras manuales, redimirán a la patria, liberándola del horror de las *chullas* mirradas y del fastidio de las marisabidillas que odian el dedal, el hilo y la aguja, y a quienes les *apasta* el arte culinario.

Un arduo problema se dibuja: el desalojamiento de los hombres de cien oficinas y dependencias, porque las están monopolizando las aptitudes femeninas para el empleo que descuida los quehaceres del hogar.

Otro problema contra la salud. el inmoderado apetito de la mujer al cigarrillo.

## LACRAS SOCIALES

*Pústulas sociales.— La mina de la mendicidad.— El caso de la Tola.— Pordiosera que no quiere pan sino dinero.— Noble actitud de algunos jóvenes.— El Congreso del niño.— Muchachos vagabundos que perdieron el rubor.— Historietas lamentables.— Predicar en desierto o lavar con jabón al asno.*

---

La mendicidad es una de las más repugnantes pústulas sociales, sinónima de impudor y vagabundería. Contemplar impasibles tan monstruoso morbo, que compromete a todo el organismo, es desoír los dictados de la conciencia colectiva, llamada a evitar la ruina de la dignidad humana.

¿Cómo acariciar la dulce frente de la alegría en tanto hay alguna persona que sufre?

El hombre de honor no gallofea: busca medios de valerse a sí mismo y trabajar; prefiere morir antes que enrojecer de vergüenza. ¡Cuántas familias que han venido a menos— y éstas deben ser delicadamente atendidas de preferencia— en el silencio lloran su desamparo, sin mancharse con súplicas callejeras!

Diversas formas de mendicidad son la de los individuos y agrupaciones que se acostumbran a pedir, a ob-

tener todo de aquel gran pródigo, del protector universal, del padre común; el Gobierno. El *sable*, más o menos disfrazado, anula el carácter, la acción individual, el *ayúdase* triunfador. ¡Pobrezas de la educación, que habituando están a la juventud a que sea *pedigüeña!*

Favorecer, incrementar el ocio de los fracasados, es delito de lesa civilización y lesa humanidad. Rechacemos la simbiosis del crimen que germina al amparo de la impunidad e indiferencia. La holgazanería engendra parásitos que están acabando por devorar la riqueza moral y la salud de los pueblos.

—Hace poco murió una limosnera en la Tola, refería grave inspector policial. Fui a comprobar el hecho. Su habitación, negra y destartalada, no tenía más muebles que una silla vieja y ahumada, un pedazo de estera y dos destripados colchoncillos de pajilla, que les íbamos a botar a la quebrada y quemarlos. Distraídamente, un amigo hurgó al uno con la punta de su paraguas: salieron de sus entrañas gruesos billetes de banco, algo así como mil quinientos sucres. Esto despertó el interés y abrimos también la almohada: encerraba varias joyas de regular valor. La infeliz, que dormía sobre una fortuna, murió de cólico, por no gastar cinco centavos en una infusión de melisa o toronjil.

Como cualquiera otra mina, se explota, con fáciles

y falsificadas herramientas, la del sentimiento y credulidad colectivos. Los mendigos saben muy bien esto: han aprendido la lección de memoria, y vegetan engañando a los incautos.

No es bendita obra de caridad arrojar, cada sábado, un céntimo por encima del mostrador o del escritorio, a la legión de menesterosos que han convertido la limosna en profesión descansada y lucrativa. Obra de caridad es mejorar su condición física y moral, limpiar sus almas y sus cuerpos, transmitirles higiene y educación, a fin de que la turba que especula con la plegaria que muere en sus labios, no lleve hiel en el corazón y anatemas en su cerebro. Esto no se conseguiría con el centavillo semanal que distribuyen— más por librarse del fastidio, que con piadoso calor— casi todas las oficinas y casas de comercio.

—Para el disparate que le dan, viene una a avergonzarse, rezongaba, entre muecas horribles, mal encaramada vieja, vomitando improperios y maldiciones como sapos y culebras, al salir de casa honrada donde se practica *sabatinalmente* el reparto de pan a los menesterosos.

Muchos desprecian los víveres y sólo experimentan la gazuza del dinero.

Quito, ciudad de prestancia y buen gusto; Quito, la querida, calumniada y dadivosa, que gestos tan nobles acrisola, está en la obligación imperativa de limpiarse de

esta lepra. A título de hospitalaria y liberal, se deja sangrar.

Prohíbese enérgicamente que rebaños mugrientos y de costumbres nocivas tomen por asalto los hogares y sean vehículos de epidemias.

La gente que, aunque pobre, vale y se respeta; los verdaderos necesitados, no imploran al aire libre. Más que la instancia, hablan los ojos; más que el ruego, las huellas del sufrimiento estampadas en su fisonomía. Su pena silente, su cuita callada son más elocuentes que la murmuración quejumbrosa y mecánica.

Jóvenes de corazón bien dirigido se han interesado en asilar a los desválidos y abrir suscripciones para sostenerlos en edificio conveniente. Que no cejen en su religiosa e higiénica tarea. ¿Cómo no asegurar mil, dos mil suscritores que mensualmente erogan un puñado de centavos, la misma suma que se echa a gravel los sábados? ¡Surja un piadoso asilo!

A la Beneficencia y sobre todo a la Sanidad, toca impedir que los pordioseros infecten los barrios, acarreado enfermedades sin cuento, esparciendo el mal ejemplo, multiplicando espectáculos bochornosos. La gente viciosa y sucia, como ya ha perdido la vergüenza, de nada se recela.

Por dos ocasiones, la policía ha sorprendido, en rincones apartados del centro, madrigueras de zarrapastrosos

entregados al juego y prácticas repugnantes, hijas de la superstición y la codicia. Varios fueron comprobados como alcohólicos y rateros, amén de la capital pereza

Socorramos a las víctimas de las labores domésticas; a los mártires ignorados, a las flores de la miseria callada y ruborosa que están en peligro de caer en las garras de la succión, no por bajos instintos, sino acosadas por el hambre. Pongamos las llaves del amor en los tesoros a punto de prostituirse.

A los *sablistas* viciosos, que asaltan al transeunte, facilite trabajo la policía y corrija sus defectos.

Y, sobre todo, jamás, en ninguna forma, demos limosna a los niños: es encanallarlos tempranamente. ¿Qué le quedará a la rosa que así ha perdido los tintes del rubor? Sólo las sangrantes espinas que se enderezan contra la sociedad que la envileció.

Las tiernas manos del ángel que las unió en són de súplica serán mañana las del demonio desvergonzado que esgrimirá un puñal en los caminos.

Las primeras impresiones que se grabaron en la blanda masa tal vez no se borran jamás. ¡Cómo se ahondarán siniestramente, si han sido lamentables y deshonorosos!

A la niñez se le modela, no se la deforma. Enseñarle que la vergüenza era verde y que se la comió un asno,

es pisotear sus más dignos sentimientos. Por esto, es un crimen consentir que la infancia pida limosna.

En el segundo congreso americano que en bien del niño se reunió, en mayo de 1919, en Montevideo, por unanimidad fueron acogidas luminosas indicaciones al respecto.

El presidente de la delegación argentina, doctor Gregorio I ráoz Alfaro, entre otras sugerencias importantes, consignó la siguiente:

«La obra general del mejoramiento social es, pues, capital para la formación de la infancia, y hay que aplicarse a ella con empeño, y con constancia, si queremos realmente mejorar las condiciones futuras. Y en esa obra, claro está, que la reglamentación del *trabajo de la mujer y del niño*, por medio de una legislación sabia y previsorá, que preserve las energías del organismo en formación y que le sustraiga a los peligros del desgaste precoz, del taller insalubre y de las sollicitaciones de la calle y del vicio, tiene una parte muy importante. No he de insistir sobre estos puntos que forman objeto primordial de informes que han sido y han de ser aún discutidos en las diversas secciones de este congreso, y diré solamente que yo mismo he de abogar, en la sección de sociología, por una *amplia reforma de la legislación de la patria potestad* que permita arrancar los hijos a los pa-

dres negligentes, incapaces o indignos que los abandonan, y a veces los incitan, a los oficios o falsos oficios de la calle, a la mendicidad o al vagabundaje— primeros escalones del vicio, del delito y del crimen».

Horripilan, anonadan la mendicidad y vagabundaría infantiles.

Si son frecuentes los tristes casos de infanticidio y abandono de criaturas, los infanticidas morales nos descorazonan, porque son tentativas de suicidio social. La policía y la escuela corten de raíz aquellos pecados capitales; y no sólo estas dos instituciones, sino todas las que se sientan animadas de legítima piedad y positivo patriotismo; todas las almas que confían en el futuro nacional y en la hegemonía de la raza

Raza de mendigos es raza de esclavos. ¿Qué serán los niños salidos de ese muladar ético?

—Es la octava vez que oigo esta historia, exclamaba, con disgusto, distinguido viajero al que visitábamos en un hotel de la ciudad, rechazando a enlutada y astrosa mujer, que le fue con el cuento de que se le había muerto un niño y no tenía con qué enterrarlo ni velarlo

Pululan las rapsodas de tan lastimosas fábulas, que sorprenden la buena fe del público. Se han familiarizado con el embuste y el descaro, como éstos: «Que soy huérfana y viuda que estoy rodeada de siete criaturas sin ro-

pa ni pan; que no he conseguido ni para las recetas de los que están enfermos; que no tengo para los gastos de la primera comunión de mi hijito; que por falta de ataúd y de los derechos, está el cadáver insepulto», etc., etc.

¿Quién no ha sido juguete de alguna tragedia semejante, narrada con enferma y apagada voz?

Derrochamos ríos de oro en muchas cosas que se nos darán por añadidura, y nos desentendemos de las urgentes: poner el dedo en estas llagas sociales, fundar asilos para ciegos, ancianos, menesterosos y vagabundos:

Escarnio es el lujo, reluciente anverso de la medallada, ante los harapos del reverso.

Con rotosos trasgos que hormiguan por las calles o invaden los domicilios, jamás habrá salud en los hogares: desaseo y corrupción serán el plato de cada día.

Que nuestra piedad se exteriorice en obras perdurables que saneen el espíritu de los trashumantes sociales.

Ojalá estas palabras de amor, de dignidad humana y de sana intención no saquen verdadero al desconsolador refrán, que reza, como final grito de fracaso, en la *Asnología* del sabio R. Monner Sans:

«Quien predica en desierto, pierde el sermón, y quien lava la cabeza al asno, pierde el jabón».

¡Albricias! En 1938 se fundó el Consejo Nacional de Menores con dependencias como Tribunales, Hogares, Casas de Observación, todo para niños abandonados.

## PRINCIPIO DE AUTORIDAD

*El papel de la policía.— El fenómeno del crecimiento del delito y la retrogradación policial.— El problema económico como fundamental.— La policía ideal. Su número reducido.— La extensión de Quito.— Las mal llamadas "ciudadelas".— Palabras sentimentales acerca de la policía.— Ocho ordinales de reforma y mejora.— Que el pueblo respete más a los celadores.— Dos extremos críticos.— Doctrina ecléctica.— Apoyo social a la policía.— El grito rebelde de "no le lleva".— Delincuentes de levita y de poncho. La Arcadia feliz.*

---

Garantía de orden y seguridad, la policía en el mundo civilizado, es institución respetabilísima que está revelando el adelanto a que ascendieron las naciones. La ciencia le ha extendido la mano y la abnegación le ha aconsejado sublimes desprendimientos. En las *Memorias* de Gorón se leen admirables rasgos de la policía francesa: muchos de sus representantes se jugaron la vida al alternar con apaches y asesinos en los barrios bajos del Sena. A cada momento, se registran cruentos sacrificios, en aras del cumplimiento del deber, consumados por agentes oscuros que custodian la propiedad y la existencia ajenas, que vigilan nuestros descuidos y aseguran nuestro sueño.

—Nótase un fenómeno aquí, galleaba un aficiona-

do a estudios criminológicos, que cuanto más avanza la criminalidad y toma nueva fase el delito, la policía retrocede: no va paralela a la preparación, espionaje y principios técnicos modernos.

—Se impone, como ha clamado la prensa, añadir otro, la urgencia de fundar sabida *Escuela de Policía* de la que salgan varones disciplinados y al tanto de los adelantos en el ramo. La escuela tendría su asiento en Quito y allí se formarían los alumnos, listos a difundir sus conocimientos en toda la República, de un modo análogo a los distinguidos e ilustrados cadetes que del colegio militar van a mezclarse en los cuarteles, propagando cultos hábitos y lecciones, de un confín a otro de la patria.

Pero no se ha pensado que tan generosas ideas no podrían llevarse a la práctica sin mucho dinero. El presente problema policial es un problema económico. ¿Cómo nos imaginaremos que con cuarenta suces mensuales se ha de encontrar buen personal para el servicio de seguridad pública? Imposible la selección con tan escasa soldada. Se sustraen brazos a la agricultura, trayendo *celadores* de los campos. ¿Querrían muchos *chullitas* desocupados sentar plaza de *chapitas* con un puñado de sures? La manera de escoger y llenar de prestigio a la policía es empezar por rentarla a satisfacción de los desvelos que encarna y las abstinencias que acostumbra. Los más

robustos, los de más talla, los severos y caracterizados, los que saludaron a la psicología, los incorruptibles, los que chapurrean dos o más idiomas, no soñaremos que bajen de la luna a pasar noches toledanas y correr peligros por escuálida suma de sures

El ideal sería, en esta platoniana república, que desde los subinspectores, en escala progresiva, fuesen bachilleres que, además, hubieran concluído brillantemente un curso rápido en la Escuela de Policía. Para alcanzar tanta felicidad ¿nos sobran millones en caja?. La base económica permitirá que el sólido edificio se destaque airoso y flamante.

Que se empiece por lo primordial: dar rancho en sus propios cuarteles a la policía. Cuando no cuenta ni con edificios adecuados, menos se intentará el salvador ensayo de una Escuela de Policía. ¿Dónde el local amplio e higiénico? Comencemos por extirpar la rutina de las cocineras ambulantes, sucias vivanderas y pejudiciales maritornes de taberna.

Quito se extiende día a día. Entusiasma el ansia de urbanización, el florecimiento de calles y casas. Por todas partes, barrios nuevos que han dado en la flor de llamarles *ciudadelas*, nombre peregrino, bélico y estratégico que no sabemos a quien se le ocurrió, tomando las hojas por el rábano etimológico. Según la estadística, la ca-

pital pasa de cien mil habitantes. Su perímetro ha crecido inmensamente. Con 378 hombres, aptos para instruirse (ya que de los 450 de que actualmente dispone se resta los que integran las distintas oficinas) ¿se conseguirá el milagro de rondar una población relativamente grande? \_\_\_\_\_

Gracias a la mansa índole del pueblo, calmado, inofensivo, sano en sus sentimientos, casi un santo, no se registran atroces crímenes. Muy exiguo es el personal traído del agro. Descuéntense prudencialmente los empleados en comisiones, los enfermos, los con licencia, los de guardia, los francos, los ordenanzas, los *inasistentes*, etc. y el número quedará reducidísimo.

¡Cuánto trabajo en tan pocas unidades, ya que la aritmética no engaña! Cómoda y tranquilamente reposamos en nuestra cama, sin meditar que los celadores, llueva o no llueva, salga o no la luna, ahí se están a la intemperie, mal comidos, flacos, faltos de horas de sueño, sin dormir quizá noches enteras, sin descansar literalmente. El desgaste es precoz, la degeneración temprana, el embrutecimiento dura herencia. ¿Qué cuerpos de hierro resistirán — aún con la bondad de nuestro clima — ocho días de la actual organización policial, pobre de hombres y recursos, pésimamente alimentada y peor vestida? No hay duda que el aspecto exterior, la decencia en el traje contribuyen al respeto, aunque se quiera negar que el hábito no hace al monje.

Dotarla de excelentes uniformes empeora el lastimoso problema económico.

—Es inaplazable el aumento, siquiera al doble, del número de agentes, dada el área de la ciudad y la complejidad de servicios, computando, pongo por hipótesis, cuatro cuadrás por celador, nos informaba con sinceridad un caballero entendido en tales achaques. Esto en primer término, repuso. Ahora tenga paciencia de oírme el resto ordinal.—Segundo: establecer el rancho fiscal dentro de la institución. La reforma reforzaría la base de salud, traería ahorro de tiempo, crearía el espíritu de cuerpo, el fomento del orden, exactitud y disciplina.— Tercero: subir la renta siquiera un veinticinco por ciento. La actual cruda lucha por la vida, las necesidades crecientes, la carestía de víveres y de todo no se compaginan con el miserable sueldo que devengan.— Cuarto: exonerarla de montar guardia interior permanente en el panóptico ¿No es capaz éste de custodiarse con sus propios elementos preparados para el caso?— Quinto: desarmar a la policía, no presentándola indefensa, sino en el sentido de que deje de ser un cuerpo militar y político, mezclado en las facciones y revueltas, para que se contraiga de lleno a la misión que le cumple desempeñar, para que se caracterice.— Sexto: establecer recompensas honoríficas, condecoraciones, estímulos que fomenten la abnegación y le

heroísmo. Que la sociedad se interese más por los que son sus atalayas, garantizadores de vidas y haciendas, y no a borrecidos e implacables instrumentos de tortura, a los que se desprecia y humilla. — Séptimo: legislar en el sentido de una jubilación, letras de retiro o lo que fuere — el nombre no hace el caso — en favor del empleado de policía que sacrifica su salud, libertad y aun la vida en bien de los semejantes. Así se formaría la carrera policial; así se especializaría en su trabajo. ¿Qué le queda cuando se le imposibilita en el ejercicio de sus funciones? ¿Qué porvenir le espera? Octavo: organizar la Escuela de Policía con una misión técnica.

Invocamos, a cada momento, a la policía y olvidamos los servicios que representa, las grandes privaciones, los injustos ataques de que es blanco, las antipatías que se acarrea. El pueblo considera odioso el cargo: no le consagra una mirada de atención y respeto.

Hagamos que el pueblo comiente por el valor de prestigio a la policía, por brindarle su afecto para que siempre ponga a flote el principio de autoridad que los guardianes del orden público encarnan.

Si la órbita de acción de la policía es triple: inhibitoria, preventiva y represiva, técnicamente, y para cumplir la primera y fundamental, debe competir a investigar la verdad, y después, proceder a regularla. Cuestión de sentido común es que será incapaz de investigar e inculcar

da a un plan científico, si no dispone de los medios adecuados ¿Cómo entonces prevendrá ni reprimirá en seguida lo que no conoce?

Dos extremos críticos andan de boca en boca, a propósito de la policía.

—La policía— aventura el erróneo criterio— debe suplicar al delincuente, y convencerle de que se abstenga de cometer la infracción, invocando si viene al caso, el nombre de sus hijos y el de la patria. El secreto está en enterrecerle para que se arrepienta y se vuelva un santo.

—La policía, replica el otro exagerado criterio, no está en el caso de convertirse en misionera y catequista del energúmeno. Debe dejar que el delincuente sea digno de su suerte, que cometa la infracción para que la de cien ojos, como el mitológico Argos, justifique sus procedimientos.

Entre los dos escollos ¿no podrá pasar la nave conductora de una doctrina ecléctica que aconseje a la policía intervenir oficialmente antes de que se cometa la infracción, porque cualquier otro sistema es inmoral a la postre? No significa esto que se proceda de tal modo que el presunto delincuente, alardeando inocencia, se presente como víctima. La acción indagatoria policial se habrá ejercido, pues, en toda su amplitud, en forma tal, que el hecho proyectado sea conocido por la autoridad en sí y en sus detalles, de tal modo resulta básico el ejercicio inves-

tigador, de preferencia el preventivo, y, en último término, está el jurídico - legal.

Para alcanzar estos fines, es menester que la sociedad apoye a la policía, que el pueblo vea en ella, no a un enemigo ni al cruel sembrador del mal ejemplo, sino a un protector y amigo que salva de dificultades y tragedias.

¡Cuántas veces hemos presenciado la rebelión de la muchedumbre contra la policía! Se amotina y vocifera para arrancar de sus garras al contraventor hipócrita o al de levita, que en cuanto al de poncho . . . . . duro con él.

—No le lleva, no le lleva, gritaba la gente el otro día formando corro en torno de un desgraciado, envalentonándole, dándole alas para que invierta los papeles y en vez de verdugo social, se transforme en víctima expiatoria.

El despótico y abusivo *no le lleva* Ud. a chirona, *no le lleva* Ud. a la cárcel, protesta contra el principio de autoridad y el orden, se repite en varios tonos, se cuchichea, acompañándole de burlescos y sangrientos comentarios.

¡Y así suspiramos por una Arcadia pacífica, feliz, cándida y segura!

Escrito lo anterior en 1920, ya se han remediado muchas deficiencias policiales, técnicas y económicas.

## VIRTUDES QUITEÑAS

*Virtudes ecuatorianas.— Sus ideales.— Testimonio de los extranjeros.— Honradez y hospitalidad.— El caso de un comerciante pobre que custodió un tesoro de la Beneficencia.— Otras personificaciones de la probidad.— Palabras de un vocal de la academia de abogados.— Impresiones de un marino argentino.— Compenetración intelectual.— Emoción de una despedida inolvidable.— El tricolor nacional.*

---

Adornan a los ecuatorianos virtudes, por más que le afeen vicios de fácil corrección y enmienda. Entre las primitivas virtudes, brilla la de la hospitalidad, noble, franca, afectuosa.

Inolvidable fruición experimenta el viajero que, al pisar estas breñas, se encuentra con cariñosos corazones que le abren las puertas de su hogar y hacen gala de inagotable gentileza.

Ayer los marinos norteamericanos llevaron en su alma la rara joya de la gratitud, cuajada en frases de sinceridad, engastada en el oro de leales declaraciones que no podremos olvidar, ante el porte nacional, con ocasión del arribo de aquéllos a nuestras playas.

Los enemigos, que nos hartan de descrédito, se asombran, al escalar los Andes, de la audacia y malicia de

sus inculpaciones. Extranjeros que las oyen a pie juntillas, recelándose están de entrar en la vieja Quito; pero apenas dejan sus huellas en las faldas del Pichincha, se convencen de que todo fue burda calumnia. Ni la vida peligra, ni el clima es matador, ni los pacíficos habitantes interandinos usan plumas y tonelete de lo mismo.

Si grandezas materiales nos faltan, sobrando están las del espíritu: cultura refinada, caballerosidad, acciones generosas, amor ingenuo, honda raigambre hospitalaria.

Vivimos de recomendables ideales que nos defienden; por esto, no nos entregamos de lleno en brazos del sórdido positivismo, de la cínica especulación que ahogando está las más bellas florecillas del alma. Todavía, como ave que encumbra su vuelo fiada en sus poderosos remos, alienta el desprendimiento; todavía los ensueños son hermosos. Acrisolada honradez late en el seno de antiguas familias que conservan intacto el tesoro de sus mayores; la buena fe en los negocios, la delicadeza de actos, la aristocracia de sus sentimientos.

—Recuérdese— y no es un caso aislado— el de principios de este siglo. Un comerciante en pequeño, hombre chapado a la antigua, manejó caudales ajenos en su larga carrera de negocios. Fue tesorero de hacienda en épocas turbulentas. Por sus manos pasaron millones, sin que el tribunal de cuentas los glosara. El modesto an-

ciano llegaba al fin de su existencia.

—Tengo en mi poder una fortuna que no me pertenece. Es un depósito sagrado, dije, que corresponde a la Beneficencia.

Nadie sabía nada del asunto; no existía comprobante alguno. El afanoso quiteño había salvado ese caudal de las garras de las revoluciones, a solas, sin testigos. Al morir, entregó religiosamente doscientos mil sucses.

Este rasgo, que no es el único, pinta la manera de ser de la generalidad de los quiteños, que prefieren la obscura pobreza al fausto mal adquirido.

¿No estamos palpando que ministros de Estado, ministros de la Corte Suprema, gente de campanillas que tomó parte en varios negocios públicos, llegan a la ancianidad en honrada medianía vecina de la indigencia? Estuvieron en condiciones de *locupletarse* (el neologismo interpreta bien el pensamiento); pero la pureza en el manejo de las rentas y en el desempeño profesional les salvó de la más ligera tentación del lucro.

Fue un poema de honradez la solicitud de jubilación del ilustre anciano Dr. Alejandro Cárdenas, Ministro de la Excelentísima Corte Suprema. ¡Un octogenario conspicuo que, como los antiguos ciudadanos romanos, desciende de su luminosa curul, después de haber trabajado toda su vida, limpio de alma y sin blanca en los bolsillos!

¡Es la epopeya de la probidad!

De cuatro palabras consta la profunda solicitud, que encierra recóndita filosofía y es lección de civismo. Enternecido la explicaba a sus hijos un padre de familia que no desperdicia ocasión de educarlos con ejemplos reales de la vida cotidiana, que no es tan prosaica como los miopes creen.

—«La Corte Suprema acaba de jubilar al Sr. Ministro Dr. Alejandro Cárdenas, que ha prestado valiosos servicios a la administración de justicia, como juez versado y probo que ha sabido mantener la honrosa tradición del primero de nuestros tribunales, y que se aleja de su elevado puesto, enfermo y pobre, aunque con el inestimable tesoro de la honradez y de la estimación de sus compatriotas», refería un conspicuo vocal de la academia de abogados de la República.

¿Queréis más hechos sobresalientes? Ahí se destaca la austera figura del Dr. José María Bustamante, jurisconsulto de catoniana honradez, que celebró el quincuagésimo aniversario de su labor profesional, después de que en tan dilatado lapso ha dado ejemplo de austeridad y rectitud, de honradez inmaculada y noble desprendimiento».

No con vanagloria, sino como estimulador recuento, hemos refrescado algunas virtudes de los quiteños—y

sobre todo la de la hospitalidad—a propósito de la llegada de los bizarros marinos del buque «Sarmiento» a la capital, a los que Quito ha agasajado gentilmente, lo mismo que Guayaquil y las ciudades del tránsito.

—Estoy gratamente sorprendido, nos ponderaba un simpático oficial argentino, de la cultura de esta tierra. Aquí son familiares los nombres y las obras de Sarmiento. Ameghino, Bunge, Ingenieros, Quesada, etc. Se admiran los hechos heroicos de San Martín, Belgrano, Mitre, Alberdi. Se sigue con interés el movimiento de nuestra prensa. Aquí he encontrado ejemplares de la *Revista de Filosofía*, de *Nuestra América*, que dirige Enrique Stefanini, de *Plus Ultra*, de la popular *Caras y Caretas*. He oído recitar poesías de Lugones. Agrega que Mármol, Andrade, Echeverría, Gutiérrez Guido Spano, Coronado, Oyuela son muy conocidos. Hasta el *Martín Fierro* de Hernández y Santos Vega de Obligado andan en boca de la juventud, que no ignora las novelas de Gálvez, de Larreta y Zuviria. Ni los oradores Pelligrin, Irigoyen, Escalante, Magnasco, Roldán, son olvidados. De veras, no sospechaba que estuvieran tan enterados de nuestra historia y de nuestros modernos valores intelectuales, inclusive los avances de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba. ¿Que puedo expresar del esplendor de su feraz naturaleza, entre bello marco

de selvas y volcanes? Al igual de mis compañeros, voy llevando inolvidables y grandiosos recuerdos, mezclados con mi 'más vivo reconocimiento. Hasta las clases bajas, el pequeñuelo *atorrante* y la humilde *mucama*, se han regocijado con nuestro arribo.

A su regreso, conducen a la tierra de sus mayores, como sagrado emblema, el tricolor nacional que uno a uno—oficiales, aspirantes y tripulantes de la fragata «Presidente Sarmiento» —besaron con respeto, conmoviendo hasta lo más hondo las fibras del alma ecuatoriana.

La emoción de su despedida, ha sido un sincero capítulo de la historia contemporánea que rectificará las calumnias y prejuicios de los interesados en desacreditarnos afuera.

Ante la elocuencia de los hechos, tremolará, más nítida, si cabe, la bandera nacional que con efusivo entusiasmo agitaron en el aire, al pie de la histórica mole de Pichincha y formando guardia de honor, de frente a Quito, los marinos de las ubérrimas pampas argentinas, riqueza del continente latino, vanguardia de la civilización hispanoamericana.

## RIQUEZA NACIONAL

*El lujo.—Economía de la sociedad humana.— Falta de sanción — El hambre, el lujo y la trampa se dan la mano — Los que con sedas y bujerías tientan a la infancia.— Las chullitas que sucumben — Filosofía callejera.— Madres haraposas e hijas lujosas.— La paradoja china.— El respeto a los padres, según cierto Secretario de Embajada, hijo de Confucio.— La riqueza de la tierra.— Desarrollo agrícola argentino.— Palabras del español Salaverría.— Interés por el campo.— La "Ley de tierras ociosas" en Yucatán.— Se declara de utilidad pública el cultivo de tierras de labor.— El congreso de agricultores.— Sus bienes.— El cuerno de la abundancia.*

---

Los más versados economistas señalan como una de las causas de la postración del país, de su pobreza desesperante; el lujo immoderado.

En la encuesta provocada por la *Sociedad Artística e Industrial de Pichincha* acerca de la situación del obrero ante la *Ley Moratoria*, se han apuntado las principales perturbaciones económicas por el alza del cambio, el *limitamiento* de la exportación, la rebaja de precio de la moneda, la falta de capitales extranjeros, las inconsultas tarifas aduaneras, el ningún estímulo a la industria nacional y la desmedida importación de artícu-

los de lujo, además del transtorno mundial, lógica consecuencia de la guerra europea.

—«La vida es un todo orgánico, y la economía es como la vida, dice el Dr. Alfonso Goldsschidt. Todas sus funciones están ligadas mutuamente. La una depende de las otras y todas ellas obedecen a las mismas leyes. Así, no hay en realidad una Economía del Estado o estatal, una Economía nacional o social, y una Economía mundial sino solamente una Economía de la sociedad humana cuyos componentes son la economía Estatal, Social y Mundial conjuntamente».

Todo se liga en lo gubernativo, en lo social y en lo moral; en lo público de igual modo que en lo privado.

Por esto, uno de los abrumadores pasos del desequilibrio económico, basado en el lujo, consiste en la lenidad *hacendaria* que deja escritas algunas disposiciones legislativas ansiosas de saludable ejecución, que, por falta de castigo o de cobro inmediato, sustraen ingentes entradas al Tesoro. Arranca, además, del medio ambiente corruptor y del mal ejemplo de los hogares ayunos de sanción y alejados de la luz ética que cumple difundir desde la escuela. Los honrados se hombrean con los que no son; en casas honorables entran individuos de manos nada limpias; más garantías alcanzan los picaros que los de buena fe; no dura el que se maneja escrupuloso sino el de u-

ñas afiladas. Los tribunales condenan a los deudores o los garantes; pero quedan riyéndose los cuentadantes, porque el saldo a favor del fisco pocas veces se hace efectivo...

El hambre, el lujo y la trampa se dan la mano en la sombra. La impunidad y la dejadez los cobijan.

Racimos de niñas, flores que se marchitan al instante, se arrastran en el fango, a trueque de un mendrugo de pan o unas varas de seda. Tal vez la policía y la sanidad son impotentes para corregir el morbo.

Quizá necesiten de leyes más severas y de la cooperación de todos.

A la gente encargada de propagar el vicio, a los instrumentos de la iniquidad, a las nefandas madres Celestinas, a los falsos mendigos y a las buhoneras disfrazadas, a que se refiere valientemente el señor ministro de Gobierno en su informe al Congreso, señalémosles con el dedo, para que se haga el vacío social. Guerra a las colonias que fomentan la trata blanca....

Díctense reglamentos especiales para el país en que vivimos, medidas de aplicación inmediata, en vista de la gangrena popular, de la propagación de la mendicidad lujosa.

¿Nuevos Mefistófeles contentan con finas botas, yardas de raso, cintajos, peinetas y bujerías deslumbrantes a la niñez descarriada y mísera? ¿Quiénes son los

provocadores de oficio, los asesinos de la raza, los que no se conmueven de la infancia prostituida, y sin amparo, los que corrompen a la *chullería* falta de educación y sin carácter?

Penetrada de la alteza de sus fines, tenga la Beneficencia sagaces ángeles custodios que impidan la contaminación desmoralizadora; abunde la Sanidad en hábiles empleados que eviten a tiempo la ruina de la niñez, ruina que está conspirando contra la patria y el vigor racial; prosiga la Previsión Social en su apostolado.

—Las noches de correo he contemplado tristes espectáculos de requerimiento, provocativas escenas entre la penumbra de la lonja del palacio nacional y sus balcones encubridores; nos refería un ex empleado de la oficina de cien ojos como Panoptes.

Cáncer del hogar, el lujo incontenido acarrea recónditas perturbaciones que precipitan a sus miembros al abismo de la desvergüenza. En la temblorosa sima, enterradas quedan honras y alegrías del espíritu. ¡Cuántas privaciones y torturas por el prurito de exhibir un vestido de seda, un abrigo de pieles, unos zapatitos de charol, unas medias transparentes! ¡Qué música tan triste la que produce el roce de la tela fina, que no acierta a revelar inconfesadas elegías, morales suicidios!

Asonados a la ventana, contemplamos a veces la filosofía callejera. Vemos dramas que se esbozan, lágrimas reprimidas, rostros macilentos, dolores por el carmín disimulados. Pasa sobre un pie de engañosa distinción, cimbreada señorita de punta en blanco. Junto a la diosa, va encogida señora de humilde aspecto, envuelta en grueso pañolón negro que tira a verde, cojín cojeando con sus toscos zapatos que remedan a las sandalias. Son madre e hija: la una la luz, la otra la sombra; la una brillante como estrella; apagada, terrosa su compañera, cual infeliz engendro de la gleba, la una que semeja al claro día, la otra que es caricatura de la noche angustiadora, la una limpia, la otra sucia, la una perfumada, la otra hedionda. Este típico cuadro, que se multiplica con ligeras variantes, encubre llagas sociales. La madre rotosa, la hija flamantemente ntaviada, revelando están carencia de respeto filial y de mutuas consideraciones. El ciclón vanidoso, el sople de orgullo apagando están llamitas de de amor, chispas de natural miramiento.

—Si voy elegante, si me llevo, por estos trajes malditos, sonrisas y atenciones ¿no he de desear que mi madre me supere y sea tratada con esmero?, expresaba una juiciosa chiquilla, moderada y hacendosa—no de las frívolas *chullas* del día—educada en otro medio.

Deshonroso que la hija fulgure y que su opaca compañera arrastre fea y astrosa indignancia. Con menos lujo, podrían ir limpiamente vestidas ambas, siquiera con decencia, con el aseo que es el lujo de los pobres.

Mejorarían las costumbres, si a estas coquetuelas y descorazonadas hijas oyéramos reflexionar:

—Mamá, no puedo consentir que te vayas deshonrando, al presentarme junto a tí como la patrona y tú como una criada, cuando debería ser todo lo contrario.

Notable escritor contemporáneo refiere que en la China «los títulos y los honores que un hombre por sus méritos ha logrado adquirir, no los heredan sus hijos, sino sus padres...»

¿Oís reis de la paradoja? Esto que parece un contrasentido, está explicando el venerable acatamiento a los ascendientes, la noble vinculación a la familia el augusto afecto que consagra a los progenitores, aun más allá de la tumba.

—«El respeto a los padres— revela, por boca de A. Palacio Valdés un secretario de Embajada—es el más poderoso resorte de nuestra vida, y como estamos obligados a tributárselo aún después de muertos, por medio de ciertos ritos y ceremonias fúnebres, no podríamos hacerlo de un modo decoroso suponiendo que nuestros antepasados se hallan colocados más bajo que nosotros en la escala social»

Hermosa lección para tantos que se ruborizan de sus mayores o los tratan a la barata,

¡Y pensar que nuestra dignidad, nuestra sólida riqueza, nuestra humana aspiración al lujo están en la tierra dadivosa y fecunda!

Asombrado del inmenso desarrollo agrícola argentino prorrumpe José M. Salaverría, en esta amarga observación, que explica la decadencia nacional y la penuria de un pueblo:

—«Hoy, dice, los caballeros españoles consideran de primentes y de categoría plebeya los trabajos rurales. El caballero vive en Sevilla, en Valencia o en Madrid, y los administradores se cuidan de exprimir el sudor del labriego. Y el labriego, ante el menosprecio de su profesión acaba por tomarle repugnancia. Actualmente, la industria de la tierra no es querida por nadie en España. El mismo humilde labrador desdeña o aborrece a la tierra.»

No digamos tan funesto ejemplo, dejando sólo en manos de los indios un tesoro que toca a todos acrecer, una mina que corresponde a todos explotar.

No es la abrumadora tarea del peón; es la del dirigente que se interesa por el campo, la labor afectuosa del dueño de la heredad, de la hacienda, de la quinta que ve por sus ojos el esmero del cultivo que le redimirá de la pobreza, remediando la postración económica in-

dividual y en seguida la colectiva, para no quill'otrarnos de necesidades,

En año de 1920, en el Estado de Yucatán, en Méjico, se dictó un reglamento de la «Ley de tierras ociosas», mediante el cual se declara de utilidad pública el cultivo de tierras de labor.

«Por tanto, reza el Art. 1º, el Estado podrá en todo tiempo disponer temporalmente, para fines agrícolas de aquéllas que sean laborables y que sus legítimos propietarios o poseedores no cultuiven.

«Art. 2º, Son tierras laborables todas aquéllas susceptibles de rendir un producto agrícola mediante el esfuerzo del hombre, ayudado o no de las máquinas agrícolas

«Art. 3º Todas aquellas tierras laborables que sus dueños o poseedores no hayan preparado o puesto en cultivo, pasadas las fechas que marca esta ley para su preparación y siembra, quedarán, por ese sólo hecho, a disposición de los ayuntamientos, para los efectos del presente Reglamento.

«Art. 4º. Se exceptúan de las tierras incluidas en el Art. 2º, las tierras de agostadero y pastos en servicio activo de las fincas y las tierras de plantas vivaces y de bosque que deben conservarse según las leyes de la materia.

«Art. 5º. Los Ayuntamientos dispondrán de las

tierras a que aluden los artículos segundo y tercero, únicamente para efecto de darlas en aparcería o en arrendamiento a quienes las soliciten dentro de los habitantes de su comprensión municipal.»

Hemos citado sólo unos pocos artículos para dar ligera idea de la *Ley de tierras ociosas*. Merece atención el art. 16, que estimula así la agricultura moderna: «Quedan exento de pago de arrendamiento de las tierras ociosas laborables, aquellos usuarios que en sus cultivos empleen procedimientos modernos de secano o maquinarias agrícolas»

Por fortuna, el primer congreso de agricultores, inaugurado en Quito, está dictando sabias disposiciones tendientes a mejorar la riqueza nacional, la más positiva, de la tierra. El congreso agrícola, trascendental acontecimiento, viene a ser uno como noviciado para millonarios, ya que del campo han salido las más sólidas fortunas, y éstas refluirán en bien de la nación, con rentas, frutos y holgura económica. Fauna y flora derramarán, en día no lejano, el cuerno de la abundancia, si el sentido práctico inspira todas las atinadas resoluciones del gran congreso de agricultores, que representa la *dinámica* ecuatoriana.

## ALEGRÍA DE LA PATRIA

*La Romúlea.— Filosofía geórgica.— La pálida envidia.— Un raro padre de familia que se aleja — Su recóndito razonamiento.— La obligación social y colectiva de celebrar las magnas fechas — Los males de la abstracción absoluta.— ¡A reír!.— La tregua y la esperanza.*

---

Sugestiva la *Geórgica* de G. González de Zabala. Convida al campo ameno, a la vida quieta, añorada, ha siglos, por el padre Horacio, y por Fray Luis de León bendecida. Ya Fernández de Andrada, o el que sea, aconsejó a Fabio que fuese a reposar en el materno seno de la antigua Romúlea, «cuyo clima te será más humano y más sereno», le decía. Ciencia es libertarse de las congestionadas ciudades «donde vierte la envidia su veneno». Con la crítica social, con la lucha por la vida, con las intrigas se dan la mano las bajas arremetidas de cierto periodismo pigmeo.

Malquerientes demuestran su rabia e impotencia al cebarse en la matanza de horas; en el desprestigio de ciudadanos de bien y de solidez intelectual, que valen mucho, precisamente porque son combatidos. ¡Cuántas veces las resistencias y los comentarios desfavorables están denunciando a los que no se confunden con las medianías!

«Huye, amada gentil, de las ciudades  
que alacian la ilusión con su ponzoña,  
y ven a las agrestes soledades,  
donde vibra la voz de la zampona.  
Abandona el ambiente  
impregnado de mal y de perfidia,  
y acude a mi llamada prontamente,  
que en el campo no vive la serpiente  
feroz y venosa de la envidia».

¡Ahl envidiar, es una de las pasiones más ruines, que está agonizando, palideciendo por la felicidad de otro. La envidia, peor que el remordimiento, no se renueva nunca. Sus entrañas putrefactas repugnan hasta al buitре prometeico. Renovación es mejoramiento, lozanía espiritual, paso adelante, vanguardia ética. Renovación no es tristeza por el mérito ajeno, podredumbre moral, alabanza en boca propia, vituperio del alma, desdén por lo antiguo y venerable, por lo combatido y de sustancia. Adversarios de honras y virtudes, suelen encontrarse a la vuelta del camino de la iniquidad. Quebrada la colavan, agonizando porque otros están viviendo a sus anchas, en atmósfera pura.

El campo es el renovador por excelencia: sociego, salud, aire oxigenado, alimentación sana, ejercicios cotidianos, gais de la naturaleza, noches apacibles son otras tantas fuentes reparadoras de alma y cuerpo.

—Los días de las fiestas del centenario saldré al campo, nos cantaba, con atiplada voz, un padre de familia medio filósofo. Quiero huir del bullicio, de los compromisos sociales, de la plétora de gente que nos ahogará, de la carestía de los víveres y del abuso de los pícaros, de los contratiempos de lo improvisado, y sobre todo, de nuestras callecitas..... como *corral de ordeño*:....

—¿No le seduce la curiosidad del regocijo, el nutrido programa, los atractivos espectáculos, el noble y educador torneo de los juegos florales y cien cosas que están anunciándose con tanta pompa?, le preguntamos, con un dejo de extrañeza, por su determinación egoísta.

—Le seré franco: nada me halaga, repuso bajando el tono. Y no me crea raro, misántropo ni antipatriota. Busco la quietud de mi espíritu, que vale un tesoro. El día del sacrosanto centenario, tendremos una fiestita en familia. Hablándoles de la Batalla del Pichincha, procuraré alegrar todos los corazones en mi casa.

Era una manera singular de ver las cosas. El respetable caballero, quizá un tanto fatigado de la vida y del ajetreo social, quería alejarse «del mundanal ruido» de la empavesada Quito, de los bailes y conciertos, del teatro clásico, de la estudiantina, del cívico desfile, de los cantos y discursos. En el fondo, no hallamos estrambótica locura sino un granito de filosofía, aunque un tanto inconvenien-

te, en la determinación apuntada por el caballero partidario de Cicerón en Túscula y de Horacio en Tibur y en su campo de la Sabina.

Mientras todo el mundo viene a la urbe engalanada; hay un padre de familia que se aleja tranquilamente.

—La curiosidad es santa, tiene alas y vence a la esfinge, según Ingenieros, le replicamos para tentarle.

—¡Ah!, nos dice, a mi me han sucedido cosas extrañas: cada vez que he querido divertirme es cuando más me he fastidiado. Hay placeres que me han ocasionado suplicio. ¡Lo que he sufrido! ¡Y la amargura que me ha invadido después de la fiesta! Es como un *chuchaqui* del alma, con perdón del término pedestre; pero no encuentro otro más pintoresco y expresivo a la mano. (1)

---

(1) *La voz chuchaqui, quichuismo empleado por el pueblo significa ese malestar, esa tristeza enfermiza al otro día de una borrachera.*

*El señor don Gustavo Lomos R. distinguido gramático y estudioso filólogo, dice en su Semántica que chuchaqui es el melear del organismo después de una noche de jaranas, esto es, de un baile, sobre todo, cuando se ha apurado algunas copitas de licor»*

*Como empleo la voz chulla en las mal zurcidas crónicas de este libro, quiero reproducir de la obra Riqueza de la Lengua Castellana y Provincialismos Ecuatorianos, que alcanzó segunda edición, lo que expresa su autor, el doctor*

Mudos nos dejó con tales razonamientos. Cuestión de temperamento, estábamos para observarle; pero preferimos callarnos. ¿Quién puede averiguar de qué parte está la razón en estos puntos de vista? Quizá encierra recóndita verdad el modo de argumentar el viejo padre de familia. ¿Hablan por su boca la experiencia, la ancianidad, el hastío? ¡Quién lo sabe!

Mas, si juventud nos ha de animar con su sonrisa, honradamente expodríamos que es obligación de todo ciudadano conmemorar ciertas fechas, las batallas de la libertad, por ejemplo. La alegría de la patria debe ser nuestra alegría: contribuir a ella con nuestras luces, con nuestro buen humor, con el modesto óbolo, con el humilde recurso, con la cuota minúscula, es laborar por el civismo colectivo. El pueblo requiere incesante educación de esta clase. ¿Qué sería de la sociedad, qué de la nación si *hiciéramos el vacío* a extraordinarias fiestas que la cultu-

---

Alejandro Matous:

«Chulla s. Ecdor.— *Se llama a jóvenes de uno y otro sexo que no pertenecen a la clase rica ni noble, pero que, por su vestido, aspiraciones, cuidado de la persona, educación o trato frecuente con ricos y nobles, pueden pasar por uno de ellos. Esta palabra es de última invención; y la palabra antigua, que se aplica sólo a los jóvenes, fue Chullaleva, de origen quichua, que significaba: El que no tiene más que una levita.*»

ra, la gratitud, el patriotismo, el sano contento están aconsejándonos celebrar sinceramente?

Todo extremo es vicioso: la absoluta abstracción es dañosa. A bundan los actos de los cuales no podemos prescindir. Si el optimismo desmedido es locura, el pesimismo cerrado, sombrío, negro, es enfermedad de muerte para las sociedades y los individuos. Por algo quedó, en el fondo de la caja de Pandora, la inextinguible esperanza.

Refr es pan del alma. Las treguas del espíritu se encuentran en el campo. A veces también la ciudad hace gala de sus treguas. Las que nos consolarán en las fiestas centenarias innunden de alegría y de paz los corazones, de dicha los hogares.

Las alegrías de la patria han de golpear los corazones: son las campanas bulliciosas que convidan a fiesta, acallando el grito de somatén de los dolores, especialmente de los políticos que amargan los días de nuestra gran madre.

Contribuyamos a las saludables alegrías de la patria, distintas de las comedias insinceras que preparan los que buscan teatralería cívica, en la que el gozo no es auténtico, porque no brota de la conciencia.

## INDUSTRIA Y ESTADISTICA

*La lluvia del cielo y de la prensa.— Su acción benéfica.— Testamento de Martí.— Algo sobre estadística.— El estudio del señor Vásconez.— Artículos que no deben importarse, para dar importancia a los del país.— Patriotismo patriótico que utiliza únicamente lo nacional.— Productos ecuatorianos.— Sabiduría de la ley de aduanas.— Anécdota de San Macario para los legisladores.*

---

Si de la lluvia que cae sobre el planeta, al decir de los sabidores que andan gulusmeando el puchero de la ciencia, una parte se desliza por la superficie y, después de alimentar a los ríos y arroyos, va a confundirse en el seno del mar; otra parte es absorbida por la tierra, una tercera beben las plantas y la final se evapora; y si han llegado hasta a sacar la cantidad proporcional que así se distribuye en el globo; también en esta copiosa agua que cae diariamente, el periodismo, gran parte se pierde en el océano de la indiferencia, otra se evapora en el olvido, alguna acrecienta el caudal de la fama, de la calumnia, del escándalo tal vez, y sólo una mínima alimenta a la sociedad y refresca los hogares, para que las virtudes, las plantas domésticas, no se marchiten. Pero siempre consuela que, aunque sea en proporción reducida, aproveche el hom-

bre la lluvia periodística. Si se repite, constituye bienestar y riqueza, como en el mundo vegetal.

Las ideas, como el agua en los campos, viertan, caigan en abundancia, repetida, incesantemente, hasta que la esterilidad del corazón y la dureza mental sean vencidas por la constancia del riego.

Combatir la acción flagiciosa social acarrea amarguras. ¿Por ventura, en cualquier terreno, la vida no es lucha y dolor tonificados por el deber cumplido?

El apóstol Martí, en su testamento político dirigido, casi en vísperas de su trágica muerte, al Dr. Federico Henríquez y Carvajal, le escribía que «quien piensa en sí no ama a la patria». Tal debería ser el lema de los periodistas: la abnegación, el desprendimiento: meditar en la patria y despojarse del amor propio, aun cuando la censura desnude sus almas y martirice sus cuerpos: machacar, repetir lo que es justo y conveniente, desafiando insultos y burlas.

Vamos a decir algunas palabras acerca de estadística, sobre la que se basan mil conocimientos humanos. Sobre todo la higiene y la prosperidad nacional, la salud y desarrollo demográfico, la riqueza intelectual y material, el desenvolvimiento de la prensa, están pejiñentes de la prolijidad de los datos numéricos.

El señor don Eduardo Váscñez, jefe de la sección de estadística del Ministerio de Hacienda, ha trabajado

cuadros y demostraciones numéricas acerca de la producción del país, de nuestros frutos más solicitados. Sin duda merecerá aplauso en el Exterior por su consagración patriótica y de propaganda.

Ahora queremos referirnos a su gráfico estudio sobre la importación de varias mercaderías que perjudican al desarrollo de las industrias ecuatorianas que, lógicamente, están en la necesidad de abrirse mercado afuera. Analiza el señor Vásconez la calidad de nuestro chocolate y se asombra de que, siendo la República la proveedora por excelencia de cacao superior, tengan que venir de lejos confites, bombones, dulces que, como base, emplean chocolate.

—Opino, dice, que debe gravarse con un derecho mucho mayor, que equivalga a una prohibición, la importación de chocolate, porque es una vergüenza que siendo productores de cacao en grande escala, importemos sin embargo, fuertes cantidades de chocolate en polvo y en pasta.

Atinadas también sus observaciones acerca de la sal común que se trae del Perú, por Macará, cuando en el Ecuador nos sobra para dar y prestar, y más aún si los caminos fueran atendidos de preferencia.

Filón de riqueza serían los fósforos; no los necesitamos extranjeros. Surjan, sobre base de garantías legales, las fábricas de este luminoso artículo.

En cuanto a la cebada, juzga que se debe intensificar la producción, a fin de que no lleguen al país tan ingentes cantidades de este cereal.

—«El rendimiento mayor del impuesto, añade el señor Váscónez, debe emplearse en primas a los cultivadores de cebada que alcancen a producir o proponen un determinado número de fanegas».

Combate el monopolio de la cerveza. Por fin, es del parecer que se recargue la importación de cemento, para que la nueva industria florezca en el país, estimulándola.

Otros artículos merecerían iguales observaciones, como los sombreros. Llevamos un cartón carísimo en la cabeza — el coco (1) — teniendo baratos y finísimos sombreros de paja, y apreciables de lana trabajados en el norte de la República, y que, por su duración y hechura, pueden competir con los extranjeros.

El patriotismo práctico, el juramento tácito, e<sup>l</sup> compromiso general de llenar de prestigio lo nuestro, salvaría al país de la bancarrota.

---

(1) *Entre las diversas acepciones de la palabra coco, no consta en muchas obras que he consultado, el ecuatorianismo que consiste en llamar coco a un sombrero de paño acartonado y copa aovada o chata, que en otras partes se denomina hongo, y en Chile el pueblo dice tongo,*

En la escuela, en el hogar, en todas partes alá-  
bese la producción nacional, no se la desacredite, y so-  
bre todo, formalcese el pacto solemne de consumirla de  
preferencia, para que el mayor rendimiento y mercado  
despierten el interés de los agricultores, de los fabrican-  
tes, de los industriales.

La geografía, que anda en manos de la infancia,  
abunde en detalles, hasta la saciedad, de lo que cada re-  
gión incrementa como peculiaridad suya, como artefacto  
que le vuelve célebre, como cosecha que multiplica su  
fortuna.

—Me cabe la satisfacción, recalcaba un gran patriota,  
de haber domado prejuicios y amor propio, consiguiendo  
que casi todo lo que se usa en casa sea del país. Los mue-  
bles de lujo los compré en la exposición artística e indus-  
trial, las alfombras son de Otavalo, el cortinaje es de Qui-  
to, las servilletas y manteles de la maquinaria de Chillos.  
Hasta lo que llevo puesto es nacional: calzado quiteño,  
casimir de las inmediaciones de la capital, el sombrero de  
Ilumán: lana pura. He visto que los chambergos verdes  
que le llegaron a un comerciante los tiñe y arregla nues-  
tro compatriota Reimberg. Hasta los calcetines son de  
aquí, de la fábrica de Hidalgo. ¿Se fija en estos hermo-  
sos gemelos? Traje de Ibarra. ¿Y tan lindos hotones? De  
Ambato. Estos anillos, trabajados en Cuenca, el bastón

que el puño lo compré a mi paso por Riobamba y la mona carterita es de Cotacachi. Ahora me están confeccionando un magnífico abrigo de tela del Norte de la República. ¡Que florezcan los géneros estampados de la parroquia Eloy Alfaro y verá Ud, qué economías me prometo! Mis orquídeas están en concas de Pujilí, y no piden favor a los ciclamos en fina porcelana

Si en vez de motejarle de cursi o exéntrico, nos empeñáramos en imitar la conducta de este excelente caballero y patriota de acción, el resurgimiento económico nacional se levantaría sobre sólidas bases.

La ley de aduanas es ley sabia en todas partes del mundo: consulta las industrias, modera la sección suuntaria, se apoya en la estadística y no es extraña a la sociología.

De nuestra ley de aduanas, dictada a conciencia, depende la felicidad de tantas industrias incipientes.

¿Rugirá la fiera de los intereses creados? Nada importa: haya equidad, haya buen sentido, haya conocimiento de causa, y así caigan chuzos o les canten las del barquero a los legisladores probos y bien intencionados.

Para ellos, una digresión de la leyenda áurea. Cuentan que San Macario, a cierto joven de Alejandría, que se presentó como fervido discípulo que deseaba abrazar su austera regla, le envió, atendida, al cementerio a in-

saltar a los muertos. Cumplida la extraña comisión, le mandó, para probarle más a fondo, que fuese a alabar a los que dormían el sueño eterno. También lo hizo al pie de la letra. En ambas ocasiones, el justo varón le preguntó qué le habían contestado. —Nada me han dicho, dijo el asustado joven. Entonces le puso como ejemplo —inolvidable y que raya en lo sublime —la indiferencia de los muertos por los juicios humanos; indiferencia de que hemos menester para vivir tranquilos.

En otras naciones, la defensa propia se intensifica de cien maneras, que todas son frutos de inteligentes propagandas.

Cartelones y noticias recomiendan esto: "Sea Ud. patriota, adquiera lo que su patria produce; consuma productos nacionales"

Suenan las doce en el reloj vecino, en frase del cantor del *Diablo Mundo* —puesto que ya es tarde y el cuento va de largo —quédese para otro día el párrafo sobre otro tema útil a los hogares y, por tanto, a padres de familia y niños que se educan, breves artículos sobre el censo y la importancia de la estadística o la necesidad cívica de acordarnos de los días fastos y nefastos de la patria.

## ELOCUENCIA NUMERICA

*Lecciones del censo.— Un diputado más.— La incógnita de las mujeres despejada.— ¿Cuántos niños hay? ¿Cuántos expósitos mueren?— Rugido de Blanco Fombona.— La trinidad del diablo.— Bienes de la estadística.— Póngasela al alcance de los niños.— El valor del dinero.— La monografía de la provincia de Pichincha.— Aplausos para su autor.— Desacuerdos con el censo.— Otro estudio estadístico.— El problema bancario.— Tres y dos no son cinco.*

---

El laborioso jefe de seguridad y estadística practicó el censo de la provincia de Pichincha, para sopalancar nuestra fuerza social representada por sus habitantes. Ardua y complicada labor, ha despertado el interés de los estudios estadísticos, al rededor de los cuales la prensa hará muchos comentarios de utilidad inmediata, ya que los números, que hablan con exacta sobriedad, se prestan a fecundas insinuaciones, a planteamientos trascendentes.

Por lo pronto, sabemos que nos deben representar siete inmortales—número igual a los sabios de la Grecia— en la juvenil cámara de diputados, ya que se elige uno por cada treinta mil almas, y ahora somos 210.321. En este sentido, cursa un decreto convocatorio de elecciones para la descarriada oveja que falta.

Ofrece el jefe de seguridad y estadística, señor José María A. Ibevar, dar a conocer los estudios comparativos y porcentajes. A fe que este trabajo complementario nos rebelará abundantes sugerencias para la cultura general, inclusive la riqueza del país en cuanto a la renta, la defensa nacional y la educación y exelencia de la estirpe. En la provincia están catalogados más de cien mil hombres. Creencia muy difundida era de que la desproporción femenina subía a cifra enorme, algo así como veinte hembras para cada másculo. Pero, por fortuna, la cantidad se balla, según el censo, casi equilibrada: 100.749 varones; 109.572 mujeres.

Verdad es que no conocemos el número de niños ni el de ancianos, a fin de escoger el grano bello, lozano, el casadero, pues los matrimonios son rarísimos en la provincia. El tanto por ciento es risible.

¿Cuántos niños hay? Urge saber su natalidad y mortalidad. A propósito, estos tristes seres que son arrojados a la inclusa, víctimas de la criminal indiferencia de los directamente responsables, pobres huérfanos con padre ¿dejan alguna luz estadística? ¿Cuántos mueren anualmente?

—En Madrid, —nos observa un asiduo lector —ha denunciado Blanco Fombona, en un bravo libro, que mueren casi todos los expósitos. •Las monjas de la Maternidad

ruge, hacen trabajar a las pobres mujeres en cinta hasta el momento de acostarse para dar a luz. El escándalo de la Inclusa que el protomedicato madrileño promovió movido de sentimiento científico patriótico humanitario, es bastante reciente: las religiosas, un año y otro año, dejaban morir el 100 por 100 de los niños que ingresaban al benéfico asilo: «Angelitos para el cielo», decían».

—¿Pasará igual cosa en Quito?, le preguntamos con miedo y tristeza.

—¡Quién sabe! ¿Lo barrunta ya el prolijo señor Alvear? La estadística, que no es tarea sin preparación hechura a la diábala, *saboteada*, en una palabra, servirá para esto y para denunciar cien casos más, salvadores todos. Si existe labor de precaución, exenta del *sabotaje*, debe ser la de la estadística.

¿ Cuántos analfabetos quedan? ¿Qué profesiones son las más cultivadas? ¡Ah! el proletariado de levital La trinidad infernal que arrancó quejas a Rocafuerte y que, desde entonces, ha ido *in crescendo*, como música angustiosa, como queja del morbo social: medicina, abogacía, sacerdocio.

¿Con qué tanto por ciento de aptos servidores, de soldados vigorosos puede contar la patria en un momento dado?

En los campos, en las parroquias rurales ¿que número de brazos están dispuestos a la agricultura? De éstos ¿son algunos ecuatorianos?

¿Guarda la población del agro relatividad alguna con las tierras laboradas o por cultivar?

¡La estadística! ¡Qué base para nuestro bienestar físico y moral, salud del individuo y pública, seguridad de igual modo considerada, ciencias, artes y capitales, abundancia y carestía, presupuestos de ingresos y de gastos, industria, agricultura, comercio, y desarrollo de la raza.

Realidad consoladora es el censo (aun cuando nos forjamos otras ilusiones puestas al antojo de los geógrafos), siquiera desde el punto de vista de que sabremos a qué atenernos sin engaños vanagloriosos.

—Facilitaríamos la redentora obra estadística, oímos a un antiguo funcionario del ramo, si en las casas, en el pueblo, entre los niños, en la escuela, se propagará la afición a fijarnos en estos detalles. Se ve un cuadro, se le da una ojeada despectiva, se nota que hay números, y se le arroja a la canasta de papeles viejos o inútiles. Adolecemos del horror a los números. Muchos creen, de buena fe, que esos números no sirven para nada. ¡Quién está para leer tantas cantidades!, repiten. ¡Duele la cabeza!

Infíciense a los niños, recalca el experimentado con-

tador, en los primeros pasos de una estadística sencilla. Burla burlando, como base de la economía, recomiéndeseles apuntar en sus carteritas cuantos inquilinos habitan en la casa de sus padres, cuantos son los miembros de familia; los domésticos, los condiespulos, cuanto gastan en cuadernos, en caramelos, en juguetes; cuanto han aborradado en la alcancía, y otros pormenores de este jaez, fáciles, simples, explicándoles la utilidad que prestan en la vida práctica.

—Si de niño me hubieran ponderado el valor de un sucre, demostrándome que tiene cien centavos y cuanto se puede adquirir con éstos, sería hoy millonario, nos contaba suspirando un amigo que derrochó mucho, porque no supo el valor real del dinero y lo creyó de suave conquista.

Por la estadística, base de todo acto humano, se engrandecen las naciones.

Si algún extranjero fuese de domicilio en domicilio con un formulario, por infantil que pareciera, exigiendo se contestara a todas las preguntas de los casilleros, lloraban las dificultades. No poseemos sólido fundamento para responder con arreglo a la mayoría de los problemas estadísticos.

Con motivo de la exportación de víveres, causó sudores tener aproximada idea de nuestra riqueza agrícola: la producción ordinaria nada más que de las patatas, y la superproducción.

Escritas estas líneas, llega a nuestra mesa la *Mono-grafía de la Provincia de Pichincha por Luis T. Paz y Miño*. En extremo nos ayuda tan concienzudo ensayo de búsqueda y convicción personal; comprobado con excursiones y cálculo propio. Las reseñas geológica, meteorológica, topográfica son de indiscutible atención nacional, lo mismo que los sintéticos capítulos sobre la flora y fauna. Logramos apreciar nuestras minas, nuestra fortuna en plantaciones, en ganadería, en aves de caza y de corral. Nos habla el hoy General Paz y Miño de la suma de habitantes, de cantones y parroquias, de la densidad de la población interandina, del número de las escuelas, de las diversas instituciones, de las vías de comunicación, como ferrocarriles y tranvías, de los camiones y más medios de ponernos al contacto con nuestros semejantes.

Quizá todas sus apreciaciones son anteriores al censo practicado en abril de 1922, según se desprende de sus palabras categóricas.

—«No hace falta, desde luego, confiesa, indicar los métodos que he seguido para deducir la población; y digo deducir, porque hasta la presente, a pesar de haberse sentido, en todo los órdenes de la actividad social, la necesidad de un censo, no ha sido posible realizarlo hasta el presente año.

Es decir que su meritoria composición, que él modestamente llama *trabajo fastidioso*, estuvo terminada antes del 24 de Mayo de 1922, primer centenario de la batalla de Pichincha. Con todo, no obstante el censo de abril, en una nota, expresa el autor que no rectifica sus datos.

Para él, la población de la provincia de Pichincha arroja un total de 326 512 habitantes, que se descomponen en 172.191 hombres y 154,351 mujeres; esto es, 116.221 más que en la investigación del señor Alvear, lo que, francamente, nos parece exgaerado, pero, como se trata de números, están sujetos a demostración despejada, para una racional y persuasiva demografía.

Acaba de publicarse otro estudio estadístico, debido al señor don José Ricardo Boada I.: *La situación Bancaria del Ecuador*. Con la versación de su cargo, discurre matemáticamente acerca del valor del cacao, nuestra suprema riqueza, de su creciente exportación, de la deuda del Gobierno, del activo y pasivo de las instituciones de crédito. A grito herido, pide la derogación de la *Ley Moratoria*, fijándola en febrero próximo, para que los potentados puedan hacer anticipos a los productores de cacao. Combate prejuicios como el de la *desvalorización* de nuestra moneda y la decantada fuga del oro. Palmariamente prueba el aumento de la exportación y el estado de

florecimiento de los Bancos. Canta claro y sienta verdades como un templo, maldiciendo el recargo de los impuestos.

—«En nuestra tierra, dice, ocurren cosas muy curiosas. Tenemos el dón de hacer todo al revés. Cuando está en nuestras facultades alcanzar mercados, prestigiar nuestros productos, etc., cerramos nuestras puertas, prohibimos las exportaciones, nos aislamos más, en una palabra, hacemos todo lo contrario posible».

El señor Boada ha escrito llanamente para los humildes. Convendría, con todo, que acepten el referido opúsculo también los representantes del sufrido pueblo: nuestros máximos legisladores.

Por último, nos ha complacido leer el análisis plausible y esmerado del señor don José María Sucre acerca del *Movimiento Bancario según balance al 30 de Junio de 1922*. Nos ahorra de todo comentario la elocuencia del subtítulo: «Una de las fuentes o indicios de la riqueza pública del Ecuador». El monto de ésta — “sus fuentes e índices económicos contributivos” — sube a \$752'374.081, lo que es halagador. Algunos cálculos se han basado en los que formuló, hace tres años, el competentísimo hacendista don Víctor Emilio Estrada.

Aquella riqueza pública, enérgica y científicamente administrada, estimulada y recaudada, salvaría al pueblo, ya que no somos tan insolventes como quieren hacernos

aparecer los que llevan el agua a su molino; ya que no somos tan pobres como nos pintan los interesados en matarnos de hambre, cuatro pícaros que han monopolizado el país, que juegan con el cambio y con el pueblo — que es jugar con fuego — y se han encerrado en círculos de hierro que ahora son de oro macizo . . . .

¿Por qué les ha de ser extraño o prohibido a los párrocos leer en el púlpito estadísticas de palpitante interés nacional, de conmiseración popular, de imperativo ético y matemático, de humanal conveniencia, con los datos aritméticos a que hemos aludido, trabajados por personas honradas y competentes.

Son actos de fe, esperanza y caridad patrios; son actos de amor, porque amarse es conocerse.

Ninguna religión ha prescindido de los números. Pitágoras melificó la excelencia divina de ellos.

Cese el desprecio que muchos les demuestran; cese la indiferencia con que se miran estos vitales asuntos. Los números son luz, son verdad condensada: entran por los ojos, con la lógica evidencia equiparada al axioma de que dos y dos son cuatro.

¿Hasta cuándo los intereses creados y las aberraciones de los partidos políticos no reconocerán méritos y razones en el enemigo, por más que predique con los números en la mano?

Un orador uruguayo, el canciller, probó hace poco, o mejor dicho intentó probar— donosa ocurrencia— que en su rica y floreciente República «las luchas intestinas eran factores de un progreso visible y constante», en un sentir, sin duda, con un simplón súbdito inglés al que se le ocurrió el mismo tema.

Burlándose de la estupenda afirmación, escribe el eminente publicista doctor Luis Melián Lafinur, en su magistral prólogo a un libro sabio de don Ariosto D. González intitulado *Los Partidos Tradicionales*:

—A confirmarlo en tan peregrina opinión contribuyó otro inglés llamado don Samuel F. Lafone, a quien yo traté mucho en mi adolescencia y que aseguraba, dando para ello sólidas razones, que en nuestro país “tres y dos no son cinco”. Efectivamente, cosas pasan a nuestros ojos que rompen con todos los principios de la lógica más elemental y dan completa confirmación a los cálculos aritméticos del último de los caballeros nombrados.

Como que en el Ecuador también varios legisladores— que no hablan en gringo— vivieran persuadidos de que tres y dos no son cinco, al contrario de lo que para derogar la moratoria, poner remedio al conflicto económico y aliviar la postración de algunas clases sociales, se ha demostrado en todos los tonos, hasta gráficamente y a diario por la generalidad de los corazones de buena volun-

tad, aun como los antiguos, valiéndose de la abrumadora experiencia de los *granitos de maíz*, que no consienten *cuentas alegres*, cual dicen las viejas (1).

Ya veremos cuántos *misteres* Lafones quedan en el Congreso.....

Hasta tanto, desde la escuela dése a conocer a los niños la importancia de la estadística y la poesía de los números, con ejemplos convincentes y amenizadores, tomados de mil cosas que nos rodean.

La enseñanza aritmética no ha de ser abstrusa y pesada. El cálculo mental, que es gimnasia utilísima, inclina a desarrollar el gusto por los números; pero el cálculo ha de ser progresivo y de todos los grados escolares.

---

(1) *Gente ignorante del pueblo, las viejas, sobre todo, ajenas a las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, servíanse, cual si fuera un ábaco, de granitos de maíz para sus problemas, que eran simples sumas.*

## TRAGEDIA DE BERRUECOS

*No deben pasar en silencio las tristezas y alegrías de la patria.— Nuestros mártires —, Un ejemplo patético: el asesinato del General Sucre, gran Mariscal de Ayacucho.— Relato de la tragedia.— Crespones sobre su tumba.*

---

—De ningún modo deben pasar inadvertidas las horas tristes y las alegres, los triunfos y las derrotas, los consuelos y los pesares de la patria ¡oh, niños! que la representaréis más tarde.

—¿Ha tenido ella grandes dolores y horas melancólicas?

—Hondísimo sufrimiento y días de duelo en que piadosamente recuerda a sus queridos muertos y les llora vestida de luto.

—¿Quiénes han muerto por la patria?

—La mayor parte de nuestros libertadores, de los que trabajaron por la redención americana, especialmente del suelo que nos vio nacer. Son nuestros mártires, a quienes no siempre hemos ofrendado gratitud profunda.

—¿Fuimos ingratos con ellos?

—Repetidas veces. Desgraciadamente, pérfidos hijos de la patria pagaron mal a sus redentores y apóstoles. Cual un nuevo suplicio de cruz, les crucificaron moral y físicamente, entre atroces martirios. Encendieron para

ellos tremendas hogueras, les asesinaron inicuaente y les olvidaron pronto.

—¡Qué horrible! Se creería absurda suposición, espantosa mentira.

—Pero es la más amarga verdad. Laed, niños, la historia nacional y la historia del mundo.

—¿Podemos conocer algún ejemplo que se grave en nuestra memoria?

—El del General Antonio José de Sucre, uno de nuestros mártires de la independendia.

¿Qué día se conmemora su muerte?

—El cuatro de Junio de cada año. Escuchad cómo se desarrolló la tragedia, y no la olvidéis, niños, para que florezcan en vuestras almas las rosas de la gratitud consagradas a nuestros padres, heroicos y abnegados.

## C R E S P O N E S

### LA TRAGEDIA DE BERRUECOS: 4 DE JUNIO DE 1830

¡Cuán triste es recordar inauditos y sangrientos dramas cuando la víctima está ligada con lazos de parentesco, de amor o de admiración con los que, fieles a la consigna del patriotismo o del deber, retroceden a los tiempos que fueron y revuelven las páginas de la historia! Nosotros que veneramos al mártir de Berruecos, sentimos refrescar le escena dolorosa que, el 4 de Junio de 1830, se desarrolló en esa histórica montaña, situada algo cerca de Pasto, a trece leguas más o menos de la ciudad. Lo

hacemos sólo para vergüenza de los pérfidos que palidecen al brillo de la virtud o del mérito; para escarnio de los habitantes de la sombra que sienten el aguijón de la envidia que, como un gusano roedor, está pulverizando constantemente sus conciencias. ¡Pobres ángeles malos que se enfurecen en presencia de la virtud o de las prerrogativas de valía!

En Cumaná vino al mundo el preclaro genio de la guerra, por los años de 1.795. Fue el hijo séptimo de un acomodado matrimonio, cuyo jefe era el señor Vicente de Sucre, valiente militar. Pudiera decirse que la familia Sucre formaba una como inquebrantable columna que había sido, desde tiempos atrás, el sostén de la patria de nuestro titán "vencedor en cien combates". La mayor parte de sus parientes se destacan bizarramente en las hermosas filas de los altivos militares. Su abuelo, fue coronel de infantería; su padre, teniente coronel; su bisabuelo, gobernador y capitán general de las provincias de Cumaná; sus dos tíos figuran también entre los hijos de Marte.

Quien de tan gallarda prosapia descendía, ¿cómo no iba a tener afición desde niño a tan noble carrera, hecha para corazones leales y almas vigorosas? Según el mismo con santo orgullo lo confesaba más tarde, entró al servicio de las armas a la edad de quince años: estuvo ardiendo siempre su pecho juvenil en el santo fuego de la libertad. Sucre, ilustre discípulo, amigo y consejero de

Bolívar, fue valiente como el mejor espartano, parco como Aristides, humilde como Cincinato, inquebrantable como Régulo, triunfador como Epaminondas y protector de las buenas leyes como Licurgo.

Bolívar, el árbitro de la paz y de la guerra, en frase del épico Olmedo; Bolívar el grande, daba títulos honoríficos a Sucre, le distinguía en público y en privado, y le llamaba con epítetos que son, por su justicia, la envidia y el orgullo de las cinco naciones hermanas que tributan culto ferviente de gratitud al militar sin tacha «Vengador de los Incas», solía decirle, entre otros honorosos calificativos, según nos cuenta Villanueva (1). En diversas ocasiones, entusiasmado, le abrazaba, tratándole de «Libertador del Perú». Porque fue el brazo robusto del hijo predilecto de Caracas, porque fulgura como el patrocinador de la moral, porque manejó la palanca de los libres, porque se transformó en escudo de los pueblos de la América Meridional, Sucre merece las bendiciones de la posteridad, la justicia de la historia.

La bella máxima «perdonad a vuestros enemigos», que para algunos hombres es utopía y parece ¡ay! a los más un heroísmo sin ejemplo, difícil de ponerlo en práctica por lo mismo, significaba para Sucre acción sencilla, que la repetía con modestia si igual.

(1) *Vida D. A. J. de Sucre, por Laureano Villanueva.*

¡Tan excelso era el grado a que había ascendido su virtud!

Refiérenos la fábula que el sabio Numa tenía conferencias con las diosas y se aconsejaba con Minerva. Así Sucre: estaba en continuo consorcio con las virtudes y se aconsejaba con Astrea, anhelando a cada paso el bien de sus hermanos.

Citemos algunos casos de abnegación sin límites, tomados de su ejemplar carrera de glorias e infortunios.

Sucre se ve atacado en lo que es más precioso para el hombre: su vida, y, lejos de indignarse con el villano que quiso asesinarle, se compadece de él: propociona dinero al suizo Eclés— pues no era otro el criminal,— para que saliera del país, perdonándose caballerosamente.

Como se hubiera expresado Montalvo, cuadro es éste de vivísimo toque, sobre todo en esos tiempos de magnas luchas, época en la que enardecían los corazones al calor de los combates; época en la que se veían a millares vencidos y vencedores, los unos con los lauros del triunfo sonriendo de placer, con la humillación del derrotado los otros, fraguando tal vez siniestras planes de venganza.

Verdaderamente Sucre fue legítimo discípulo de Jesús. Cristo predicó la igualdad entre los hombres, Cristo publicó la modestia y la caridad, Cristo dio ejemplo de alta abnegación. Cristo perdonó a sus crueles enemigos. Sucre, imitando al Mártir, deseó vivamente que todos

sus hermanos fuesen libres; bregó por sus derechos y su igualdad ante la ley; Sucre se sacrificó por la patria común, por la buena causa, por el bien de los Americanos; Sucre fue dechado de moderación, Sucre perdonó a sus verdugos, a los ruines que le preparaban emboscadas, que intentaban eclipsar su gloria y acortar sus días.

° ° °

Era una noche siniestra: las estrellas se habían escondido bajo inmenso manto de luto. Reinaba silencio majestuoso. Apenas se oía lejos el graznido de la lechuzza, una que otra vez cantaba la rana despertando la inquietud de la naturaleza y, de tiempo en tiempo, fulgores extraños de tempestades distantes iluminaban rápidamente el espacio con tintes como de sangre. El palacio de Chuquisaca, cubierto con inmenso capuz de oscuridad, permanecía confundido entre las húmedas nieblas que le envolvían. Una que otra ocasión, desperezándose el rudo centinela, cansado lanzaba el grito de consigna. Algunos faroles del palacio se habían apagado ya, ora porque era muy avanzada la noche, ora por el recio viento que soplaba. De repente, una sombra se desliza puñal en mano. Se ve apenas el resplandor del acero que brilla fatídicamente como los ojos del reo. Ya se acerca al dormitorio de Sucre, ya penetra en su habitación ¿Quién es? ¡Centinelas, velad por vuestro padre!

De pronto, el asesino siente brusco piquete en el corazón, se turba por un momento, gracias a los remordimientos de su conciencia, y se deja capturar. ¿Preguntadle qué hacía? ¿Preguntadle quién es?

Soy Valentín Matos, musita, sumamente corrido y temblando. Avergonzado, confiesa que iba a asesinar a Sucre. ¿Qué merece un criminal que ha sido aprehendido *in fraganti*? ¿Y qué un criminal de tanta culpa? Para Sucre, merece la condolencia. Condenado ya el infeliz Matos a muerte, le perdona, contestando a la madre del reo, que de hinojos imploraba misericordia, estas hermosas palabras: "Alce, Ud, señora, y enjague su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la ley que lo castigue"

Todos los genios han adolecido de defectillos, tributo de la pobre condición humana. Muchos no sólo de éstos, sino de actos violentos que afean un tanto sus demás méritos, o eclipsan de algún modo sus reputaciones.

Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, se ve opacado por algunos deslustres, como el asesinato de su amigo Clito, por ejemplo; pero Sucre irradia sin mácula, hasta donde puede hacerlo un mortal depurado en el crisol de la inocencia.

Y este varón justo, modelo de patriotismo y desinterés, muere asesinado. ¿Qué queréis? Los apóstoles y

redentores ¿no han tenido un premio parecido?

En la interminable escala de la humanidad,— que no es la de Jacob, y por la que suben y bajan poquísimos ángeles y si millares de demonios— hay mil casos que citar, probando que el premio de los esclarecidos se sintetiza en una simbólica corona de espinas. La gloria se amasa con lágrimas y sinsabores; la gloria, tributo de los escogidos, se obtiene muchas veces con penas, decepciones y desencantos amargos. Es un premio inmortal que mata, porque destroza interiormente el corazón de los sabios que, lejos de recibirlo cual galardón eterno, lo aceptan como un martirio, no por lo que en sí mismo significa, sino por los resultados que son funestos, pues despiertan la envidia, la calumnia, el sarcasmo de los que de abajo les contemplan. Se envidia lo que no se puede alcanzar, ha dicho la voz del pueblo.

—Parece, hablando racionalmente, que fuera como una ley de la naturaleza la gratitud para con los protectores, y, sin embargo, en la historia se ven mil rasgos de ingratitud y de injusticia con aquéllos que más bien hicieron a la humanidad, nos observaba un viejo maestro, víctima del odio y del olvido de vil ¡puñado de alumnos ensoberbecidos y fatuos.

Sócrates, dogmatizador sublime, es condenado a envenenarse. Tal el fero estímulo que alcanzan sus virtu-

des y los servicios a la patria. La cicuta es la corona de laurel que los ingratos atenienses le tenían preparada en premio de sus luchas contra el error.

Demóstenes, el orador esclarecido, muere también trágicamente: apura el tóxico fatal, por no caer en manos enemigas, a la salida del santuario. Foción, el parco, Foción, el buen ciudadano, fue, triste final, ludibrio de la canalla. Cuando le conducían a la cárcel, sus enemigos se burlaron del austero anciano, y aun hubo un desvergonzado que le escupió en el rostro. ¡Oh, Foción, qué joyas tienes para exornar tu brillante corona de hombre justo! ¡Cómo corresponden a tu magnanimidad! Tú que en los últimos momentos de la existencia dabas consejos de perdón y querías que tus hijos imitasen las acciones sin mancha, mueres como murió Sócrates. ¡Oh, dolorosa vía de los padecimientos del que aprende a portarse con arreglo a la moral y se consagra sincero a la justicia!

Si la posteridad no supiera apreciar en lo que vale el mal porte con los que fueron íncultos, sería el mayor suplicio querer ambicionar el bien. Todos estarían condenados a luchar contra tan cruel destino. Vivirían corridos, temiendo que la pálida envidia se alce amenazante o que el vicio aplaste a los que han hollado las cadenas de las pasiones; confunda a los que levantan la frente limpia; anonade a los que no incinan la cerviz para tributar el

incienso propio de las mediocridades, pulverice a los que contemplan de frente a los rayos de la verdad. Todo sería miseria en esta perenne lidia, en este constante ataque del vicio a la virtud.

¡Pero, no! A la postre, llega la fecha de las reparaciones, tarde reluce la verdadera guirnalda de los genios, circundada de luz tranquila.

En cierto modo, no importa que hayan sufrido en vida; la posteridad les bendice ahora, la fama les pregona después de que traspasaron los umbrales de lo eterno y la inmortalidad les acompaña, consumados ya los primitivos sacrificios. El bautismo del sufrimiento les vuelve más simpáticos. Con ese santo rocío que purifica entran en la comunión de las almas predilectas.

Colón, indomable marino, hombre tenaz en el estudio, anciano que parecía estar inspirado por una invisible lumbre y movido por fuerza misteriosa; Colón, en pago de su constancia, de sus servicios imponderables a España, es condenado como miserable delincuente: en el fondo de un oscuro navío, se le encierra sin misericordia. Lévanle, con pesado grillete al pie, cual en prolongado vía crucis, camino de la Península, engrandecida con sus descubrimientos. ¡Oh, iberos! ¿así correspondéis a los favores del irfatigable genovés?

Hernán Cortés, carácter emprendedor, soldado va-

leroso, cuya audacia llegó hasta quemar sus naves y quedarse encerrado sin esperanza en medio de millares de combatientes que le acometían; Hernán Cortés pasa inadvertido por delante de los que debían guardar inmensa gratitud para con él, puesto que les había colmado de riquezas.

Sucre, el vencedor en cien campos de batalla, el militar modelo, el magistrado prudente, no da su tributo a la muerte de manera tranquila, cuando ya la cansada naturaleza reclama su débito; Sucre muere asesinado en la flor de la vida, en la edad de las poderosas actividades humanas, a la entrada de la virilidad gloriosa.

¡Asesinado el Abel de Colombia, el hijo preclaro de Cumanál Cae, precisamente, como muchos de los varones esclarecidos, víctima de unos pocos tráfugas del terreno del honor, que, envidiosos siempre, no pueden soportar el contrapeso del mérito cuando está en la balanza de los que legítimamente lo merecen.

¡Asesinado Sucre! «La virtud irrita a los hombres del crimen», exclama Villanueva, su reputado biógrafo.

Imaginémonos la lóbrega selva de Berruecos: por allí marcha Sucre y llega al punto denominado "La Jacoba". Atruenosa detonación. El silencio se sucede por un momento, ese silencio presagiador del asombro y de la muerte. Después se escuchan tres disparos más:

el eco agudo va a perderse en las entrañas del bosque, como un gemido lejano. Apenas se oye un golpe sordo: es el cuerpo de Sucre que se desploma del caballo. ¡Horror! El crimen ha triunfado. La víctima inocente yace en tierra, en medio del barro y envuelto en su propia sangre. ¿Qué hacer en estos trances de dolor? ¿Qué hacer cuando un nefando rayo ha tronchado ese árbol lozano, sostén de tantos pueblos de la América del Sur?

No nos queda sino exclamar, en un arrebato de angustia indecible, parodiando a la piadosa mujer que recogió los restos de Foción para llevarlos al sepulcro: «¡Oh, Berruecos!, tu seno ha absorbido la preciosa sangre de un hombre virtuoso! Consérvala cuidadosamente, no la seques, para mostrar ese crimen a los venideros cuando los colombianos recobren la razón!» Con los primeros destellos del sol de la libertad, la luz de sereno juicio alumbró a la patria, y la reparación ha venido ya, en alas de la historia y del holocausto de los pueblos. Los que se mezclaron en el abominable hecho, han corrido la suerte que la justa mano de la sanción social y del estigma de América les ha designado.

¡Sombra venerada del Mártir de Berruecos!, ven y sé el ángel tutelar de los pueblos que salvaste con tu sangre, protege a las naciones del Nuevo Mundo. Tu martirio sea ubérrimo en frutos de libertad: sirva para escar-

nio y baldón de los menguados.

¡Sombar venerada del Mártir de Berruecos!, no permitas jamás que la ignorancia cubra con manto desolador este suelo querido al que tanta predilección le consagraste.

¡Sombra venerada del Mártir de Berruecos!, vela por el pueblo de tu predilección, a fin de que la maldad, las preocupaciones añejas, los odios profundos, la venganza, no sienten sus reales en este fértil país llamado a figurar con ventaja en el rol de las naciones cultas, siempre que sea favorecido por la paz, por la honradez y el trabajo; siempre que la juventud profese la religión del estudio y la constancia; modesta sin afectación, noble hasta con el enemigo; no conozca el egoísmo ni las pasioncillas rastreras e imite las enegías anímicas y maravillosas de Sucre.

Los ecuatorianos, sin diferencia de creencias, sin distinciones de partido, en actitud religiosa, nos inclinamos ante tan sagrados restos, y, unidos fraternalmente, derramamos lágrimas sinceras de dolor al recordar el drama de Berruecos. Y colocamos la corona de gratitud sobre tu áurea urna cineraria, cubierta de los crespones del luto nacional, al que acompaña sentimiento profundo de tristeza, pues el duelo es de todos, porque hoy es el día nefasto en el que, eclipsado el nítido sol de la libertad,

nos dejaron huérfanos, con el asesinato de nuestra inolvidable padre a quien debemos la emancipación. Sus proezas durarán lo que la inmensa mole del Pichincha, teatro de uno de sus más resonantes triunfos. Tal es el deseo de la República, que hoy como ayer, está incosolable por la prematura partida del Wáshington del Sur, del Abel de Colombia y del Angel Custodio del Ecuador.

Fueron hallados los despojos de Sucre en un viejo monasterio de Quito, denominado por el pueblo *Carmen Bajo*. Testigos sobrevivientes declararon sobre la autenticidad del depósito entregado sigilosamente a las monjas de clausura. La ciencia analizó esos huesos y vió que realmente pertenecían a Sucre. La Academia de Medicina de la Capital del Ecuador expidió su sabio dictamen. Fueron trasladados con pompa funeraria a la Catedral metropolitana. Reposan en Quito, y son objeto de la veneración de los quiteños.

En 1939, Venezuela, por medio de su digno representante, el señor Ministro en Quito, Dr. Francisco Vetancourt Aristeguieta, grabó en mármol, para uno de los muros del gigantesco mausoleo, un célebre soneto del clásico poeta Manuel Norberto Vetancourt intitulado *Berruecos*.

## RASGOS EDIFICANTES

*El poder sugestivo de las biografías.— Fechas que nada dicen.— El alma de los héroes.— Rasgos que aprender en la historia patria.— La santidad de los hogares.*

---

La lectura de biografías tonifica los espíritus, porque revive no la palabra muerta, sino la acción, los hechos que se realizaron en bien de los semejantes o en propio perfeccionamiento. Pero las biografías han de ser sugestivas, inspiradoras de ejemplos saludables. De aquí que sea muy difícil escribir biografías, y demasiado fácil cuando se las toma como catálogo de fechas. De Rocafuerte, ponemos por caso, ¿qué adelantaríamos si se dijera, con ligeros cambios, lo que sigue, más o menos?: Rocafuerte nació en Guayaquil el 1º de mayo de 1783. Se educó en el colegio de nobles de la ciudad de Madrid. Regresó al Ecuador en 1807, y se radicó en su hacienda de Naranjito. En 1812, fué elegido diputado a Cortes, para las que se reunieron en Cádiz. En 1821, estuvo en Cuba y a poco dió a luz en los Estados Unidos un folleto «Ideas necesarias a todo pueblo independiente que quiere ser libre». En 1824, se trasladó de nuevo a México, con el objeto de recoger a sus sobrinos. En 1827, regresó

a Londres; en 1830, otra vez fué a México. Asistió como diputado por Pichincha al congreso de 1833. Fué proclamado jefe supremo el 20 de Octubre del mismo año. En Junio de 1835, la Convención de Ambato le eligió presidente provicional. Bajó del solio del 31 de enero de 1839. Falleció, por último, el 16 de mayo de 1847.

He aquí catalogado una vida. ¿Sólo fechas constituyen la existencia? ¿Y el alma del biografado? ¿Cómo se le conoce moralmente? ¿Cuál su carácter? Biografía numérica, triste biografía.

Otro peligro de este género de biografías es de que unas se copian de otras. ¡Claro! ¿Cómo inventar fechas?

Pero la fisonomía moral, la etopeya, pocos saben destacar del fondo de los tiempos. Hay actuaciones insignificantes a la luz de la época actual; pero son la síntesis de una vida en otras edades de la historia, en las que figuraron, lucha, esfuerzo, sacrificio.

—A mí me hubiera ocurrido lo mismo, repiten.

—¡Evidente! hoy sí; pero ayer, ¿por qué no se le ocurrió? Luego, el medio ambiente, el marco del cuadro son necesarios para el escorzo del retrato.

En las *Vidas Paralelas* de Plutarco se amontonaron los detalles, las curiosidades; pero escasean las fechas. En páginas de páginas, no se cita una sola. ¿Hace falta esto para conocer el alma de Grecia y Roma, representa-

da por sus hombres ilustres?

Del análisis del detalle vivo, fluyen más enseñanzas que de una cifra que nada sugiere, como de la realización de una empresa surge el buen éxito, y no de la *vacua verba*.

En torno del hogar, ¡cuán hermosas las veladas presididas por el padre de familia que asiste a la lectura de *El Civilizador* de Lamartine, o de las obras de Marden, de las que se desprenden los hechos llevados a término por tantos hombres de acción, profesores de trabajo y perseverancia en el campo del arte, de la ciencia, de la conquista del ideal y de la fortunal.

En la historia patria, abundan los rasgos edificadores que aprender. Nuestros santos cívicos, sacrificándose por ella, nos han dejado imborrables enseñanzas: García Moreno, honrado, valeroso y férreo; Rocafuerte, organizador y erudito; Alfaro, perseverante y enérgico; Montalvo, indomable y digno; Moncayo, impertérrito y educador; Yerovi, austero; Checa, manso; González Suárez, sabio; Proaño, fervido; Acosta, humilde; Mariana de Jesús, angelical; Marieta de Veintemilla, esforzada; Mercedes González, tierna en virtudes domésticas, cantora de la familia.

La santidad de algunos hogares, como el de Alfaro, de preferencia, bañan de luz nuestras almas. Costum-

bres catonianas, temperancia absoluta, orden ideal en lo doméstico, caridad inmensa, perdón de las injurias, ¿no son rayos que derriten las impurezas del espíritu? Unamuno ha observado que el alma colectiva de un pueblo se «revela típica y representativamente» en la de alguno de sus santos «La santidad, que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la humanidad en el espíritu humano».

Santo del hogar y de la patria es el de austeros hábitos que ha humanizado sus sentimientos, de tal modo que sienta sinceramente al mendigo a su mesa y visita sin ostenta los hospitales. para aliviar en silencio a los que sufren. Los pobres son hermanos a quienes ayuda con eficacia. porque en los pobres ve la revelación de la indiferencia social que nos está avergonzando con su marmóreo comportamiento. El artista, el obrero, sumidos en la desgracia, son lamentables casos que urge remediar. Así procedía un santo luchador liberal que aureoló sus sienes con guirnalda de martirio

¿No han de edificar vidas de tal nitidez y temple?

## EL NIÑO Y EL SOL

Leyendo las obras del psicólogo Mantegazza, di con educador libro, complemento de *Corazón* de Amicis, al que dedica su bello trabajo *Testa*. En éste, me he inspirado para el monólogo que declamó un simpatiquísimo muchacho, en el concurso de recitación organizado por el instituto «Espejo». Abundan en nobles enseñanzas los pensamientos de Mantegazza. Así, para el episodio de que hablo, debo anotar este pasaje:

—“¿Qué necesidad hay— pregunta— de inventar delitos horribles y de discutir escenas aterradoras para conmovernos, cuando la naturaleza en su grandeza y su sencillez nos ofrece todos los días cuadros sublimes e insuperables? Una cuna, una niña, un rayo de sol: esto es todo. Tres cosas que se encuentran en cualquier rincón del mundo, y que nos hablan al corazón y a la inteligencia, nos enternecen y nos hacen pensar. . . . . ¡Esa es la naturaleza, ese es el idealismo! Además, en aquella escena no he hallado solamente poesía verdadera, natural, sana, sino también gran filosofía. Un niño que quiere apagar el sol, ¿no es por ventura la imagen fiel de los esfuerzos impotentes de la familia humana por reaccionar contra el progreso, por obscurecer la luz, por impedir el triunfo de la justicia y de la verdad?”

He aquí la desgarrada descripción, que, aunque

muy pálida ante la del autor, secunda sinceramente sus ideas de mejoramiento.

El cariño que profeso a la infancia derramará bondad sobre el atrevido intento, puesto en boca de un niño, con la sencillez de su lenguaje.

### APOLOGIA DEL NIÑO Y DEL SOL

Supongo que en algún libro  
de los que llegan a manos  
infantiles, vi esta historia,  
que os refiero de buen grado.  
Refrescaré mi cacumen  
para el cuento recitaros.....  
Esperen un poco ... Mi índice  
en la frentecita clavo ...  
Cierro los ojos . . . Medito  
como grave diputado  
antes de emitir su voto ...  
¡Ya está! ¡Que aplaudan! ¡Me lanzo!

---

Era un niño que dormía,  
no en el materno regazo,  
sino en su dorada cuna,  
como se duerme un empleado,  
(no en cun sino en su asiento,

si el jefe falta al despacho)....  
A oscuras el dormitorio,  
como la mente de tántos....  
En sueños viajaba el niño,  
como febril proletario,  
por reinos de azules hadas  
y países encantados,  
en los que abundan los sueldos,  
no están los víveres caros,  
ni especulan con los giros,  
ni se juéga con el cambio.  
Allí el Tesoro relleno,  
repletos de oro los bancos;  
la zafra, un panal de miel;  
café y azúcar baratos;  
no hay moratoria ni empréstitos....  
¡Qué demanda de cacao!  
No se conocen, ni en nombre,  
monopolios declarados,  
ni juntas que al pobre amarran  
ni ambiciosos sindicatos ...  
De pronto, la puerta se abre.  
El sol esparce sus rayos  
por la habitación que a oscuras  
estaba como un santuario.

Despierta el niño con susto,  
bosteza malhumorado;  
se estira, entreabre los ojos,  
lleva a la cara las manos,  
antes de hundirse en las sábanas,  
simula cerrar los párpados,  
se arrebujá como puede:  
pero el chico está atisbando:  
la luz le estorba.... De nuevo  
en la cama abre los brazos  
y emperezado se sienta  
a soplar.... ¡Sigue soplandol....  
Su débil aliento intenta  
apagar el sol. ¡Buen chascal  
Infla los carrillos, suda;  
pero su soplo es en vano.  
La luz le estorba.... No puede  
extinguir del sol los rayos....  
Esto es todo. Ved, señores,  
que ya el cuento está acabado.

---

¡Me voy! ¡Paciencia! ¡Un momentol....  
Se me ocurre breve idea.  
Suponed que yo la inventò,  
aunque copia social sea.

¡Cuántos en la triste vida,  
calumniando, apagar quieren  
aun la más débil torcida,  
porque sus ojos se hieren!

Con todo, son impotentes,  
como el niño de mi cuento.  
Se fatigan, pobres gentes....

Contra el sol ¿qué puede el viento?

¡Cuántos, movidos de envidia,  
el bien intentan negar!  
La verdad vence en la lidia....

¡Que se pongan a soplar!

El mérito les deslumbra:  
suspiran por las tinieblas.  
Soplad, ciegos, que se encumbra  
la luz, rasgando las nieblas.

Son infantiles deseos,  
como insultar a una estrella,  
borrar lauros y trofeos  
y abatir al que destella.

Las almas de los niños son otros tantos soles. Si el de mi cuento no pudo con su débil soplo extinguir el lumínar del día; los huracanes del vicio, desatados por la mal dirigida educación, sí apagan inocencia, nobles

sentimientos, firmeza de carácter, rectas inclinaciones, rayos que destellan apenas en la infancia, a medida que la razón va disipando las brumas de la mente.

Obscurecer el sol de una conciencia que nace a la vida es asesinato moral, crimen nefando.

En el rostro, se retrata el sol de la conciencia. Cuando las bajas pasiones, los actos inicuos, los deseos prohibidos están obrando en el interior del hombre, su cara se vuelve siniestra y el brillo de sus ojos no tiene fulgor de sol sino sangrienta vislumbre de hoguera.

¡Oh, padres de familia!, ¡oh, maestros y amigos! no sople nunca el mal ejemplo sobre los niños, cuyas almas son otros tantos soles.

### DESDE EL CAMPO

La campaña que la prensa honrada ha emprendido contra el vicio merece el aplauso de todos los patriotas y hombres de bien.

En este ambiente sano que respiro, junto a las vacadas y en las llanuras de verdor, parecen inverosímiles los excesos a que se entrega la juventud, prematuramente envejecida, víctima del juego, del alcohol, de los alcaloides y de las lecturas lúbricas, que están endiosando a los degenerados y a los raros con *rareza* vesánica. Gente-cilla tempranamente de club, adquiere compromisos an-

tes de entender de deberes- Los círculos desorbitados en que viven, van corrompiendo a tantos jóvenes que cierran sus libros de texto, faltan del hogar, desertan de las aulas para frecuentar cantinas, billares, sospechosas compañías, cenáculos literarios en los que el arte llora de rubor y el buen gusto anda de capa caída.

Bellas lecturas abundan en los diarios y en las revistas: difúndanse los libros saludables.

He estado leyendo *Pan* de Knut Hamsun, que tantas peripecias pasó en su vida, hasta formar su carácter y cimentar su reputación de escritor. La obra obtuvo el premio Nobel. Esta página que copio nos inclina a admirar más a la naturaleza, a bendecir el campo que nos da sustento, salud y convida a trabajar para la familia. A una señorita voluntariosa, a Eduarda, le dice el protagonista Tomás Glahn:

—«Ya ve que mi afición de cazador es casi pretexto para pasar el día entero en el bosque. ¡Ah, usted ignora el bienestar prístino de encontrarse rodeado por la naturaleza, de comer no rígidamente sentado en una silla, sino tendido en la tierra, sin mesa, sin miedo a volcar el vaso y a que se ría alguien de úno.....

Ignora el placer de pasear sin rumbo, entre aromas y olor de resina, de acostarse a mirar el cielo, de cerrar los ojos y decir en alta voz, sin miedo a pasar por chiflado,

cuanto el corazón dicta a la boca....! Y a todo este placer de la soledad, unir el de no estar sólo en absoluto, el de sentir el alma del bosque manifestarse en una flor, en un susurro, en una brisa... »

Digno de aplauso lo natural, digno de loa lo vivido. El fruto de nuestra observación valdrá más que los palacios artificiales que ni en sueños fueran tangibles. Si se endiosa a los cínicos, si se aplauden a los suicidas, nos invadirá tenebrosa literatura de manicomio. ¿Cómo suponer elogio y reproducción de engendros que evocan a la madre locura: que se glorían de gustarles lo equívoco, lo morboso, lo anormal? Esos nervios desquiciados reclamarán descaradamente la ampolla de morfina, la embriaguez con agua de Colonia, el frasco de cloral; las píldoras de éter. Como su gusto se ha estragado, amarán las cosas mustias, el tinte clorótico de las de sangre empobrecida por los vicios, la carne de hospital. ¿Qué se puede esperar de cerebros enfermizos sino frases caóticas, inclinaciones al mal, extravagancias imitadas de Poe?

El poema, robusto de ideas, que nos dé la sensación del campo, que nos haga vivir junto a las almas resueltas, escasea en el ambiente efímero, de imitación extranjera y de *novelería*, de Quito. Tántos son profundos *charladores* acerca del ultraísmo y dadaísmo, del cubismo y otras hierbas frescas, para decir que viven al día

Intentan imitar caprichos bárbaros, cuando ignoran las excelencias de la lengua castellana. Escriben *como salga*, a título de renovadores. Desdeñan la gramática, acatada, reverenciada por los hombres excelsos y aun por los burlescos como Voltaire.

Remedio para enfermedades físicas y morales el campo: tonifica los nervios, aguza los sentidos, retesa los músculos, vigoriza el carácter.

—«Si usted supiera cuántas cosas descubro en mis paseos solitarios!, exclamo con Hamsun. En invierno, distingo en la nieve las huellas de los pajaritos, siguiéndolas hasta donde batieron las alas, no sin dejarme, por la dirección fácilmente discifrabable del vuelo, indicaciones del mejor camino para hallar madrigueras de conejos y liebres. Con ser tan nimio esto que acabo de decirle, ofrece un interés nuevo cada vez. . . . En otoño, el cielo es de noche más fúlgido y se desprenden de él estrellas que ponen en el espacio momentáneas rayas de plata; y al verlas me digo: «¿Será algún mundo en convulsión, a cuyo despedazamiento asisto, pobre hombre solitario perdido en otro mundo que acaso se despedace también algún día? En verano, veo hasta en las hojas más chicas agitarse animales minúsculos, unos carecen de alas y permanecen largas horas inmóviles; viven y mueren sobre la misma hoja en que nacen. . . . »

«A veces, me divierto en contemplar durante mucho rato alguna planta, con temor recóndito de que ella también me esté mirando. ¡Qué sabemos de la extensión de su vida indudable! ¿No le parece? Y cuando cualquier hierbecilla tiembla, me digo: He aquí que palpita.. Ah, el bosque! En cada árbol hay por lo menos una rama capaz de hacer soñar durante muchas horas.. ... Y además, cuando creo estar más solo y feliz en ese aislamiento, me encuentro con alguien en el recodo del camino”

¡Dulces lecturas acerca del campo, cuánto bien me hacéis!

Si son pintorescos los días de faena, los domingos son más interesantes en este pueblo. Sin contar la feria que *hormigüea*, de las haciendas del contorno van llegando cabalgatas a *misra de doce*. Son museo de trajes, arreos y rocinantes. Familias decentes, mezcladas con servidumbre, algunas daifas y donosas chagritas. Quienes, *montados como músicos*, vienen enancados.

—Ya pasa la mayordoma Pinchicoto, radicala, comenta una vieja aldeana, al verla con rebozo escarlata. El mayordomo de poncho colorado es liberal.

Dejan a las sudorosas caballerizas en el patio del hospedaje, que es una casona de la plaza, y se disparan *hacia la iglesia*. Se ven bolsiconas de flamante y encendida bayetilla, ponchos nuevos de colores chillones, indios de al-

bos calzoncillos, indias con vistosas fajas, algunos magnantes en *cuerpito*.

—Ya *deja*, ya está *dejando*, ya va a *pararse*, gritan al oír campanadas lentas que agonizan.

Apresuran el paso, cuando no corren como alma que lleva el diablo. Llegan apagados sonos del *melodio*, mezcla del valse de José Ignacio Veintimilla «Homenaje a Waldteufeld» y de la Norma de Bellini, todo destrozado, alterado.

Un bosque de cabezas hirsutas se prolonga hasta medio pretil. Cuando *taita cura* sube al púlpito, las cabezas enmarañadas se mueven y *desocupan* el campo.

A lo lejos, entrecortada y robusta voz que clama: «Acto de fe . . . . . acto de esperanza. . . . . acto de caridad . . . . encended, Señor, mi amor.» Por momentos, el mar humano se calma, los rumores se apagan, las toses bajan el tono. La voz fuerte modula, se atipla, grita, desafina: «Hermanos míos; amados feligreses. . . .»

Cuchicheos; murmurar de rezos, uno que otros suspiro, rudos golpes de pecho. . . .

En la plaza, relativa soledad. La decoración cambia, terminada la misa. Todo revive, bulle. Empieza el juego de pelota. Se parten las abigarradas cabalgatas. Las frituras aparecen, mantecosas y humeantes, en las puertas de las tiendas. Chanchos relucientes, provocativos

con rosas de cebollas y ajfes en ojos, orejas y hocico, estirados están en grandes bateas. Los *llapingachos* (1) chisporrotean en piedras delgadas y quemantes. De vez en cuando, una pringosa brocha, movida por sucia mano, les acaricia con una mezcla de manteca y achiote.

¡Oh! vosotros de sangre empobrecida y de cerebro febril, excitado por los venenos, venid a la humildad de la aldea; venid a estudiar costumbres que difieren de la Luceia que sin conocer cantáis, del Estambul que por urgencia de rima usáis, venid a pasear mucho, a renovar el aire de vuestros pulmones, a someteros a régimen lácteo, a bañaros en agua fría!

Aquí la gente es robusta y honrada. En la ciudad hay más de setenta morfínómanos—entre ellos algunas señoritas— que conspiran contra la raza, la patria y la eternal fuente de la vida: la juventud, el divino tesoro de los poetas y también de los chagras como P. Porras y Perico de los Palotes.

---

(1) *Tortillas de papa, asadas en tostaderos de hojalata o piedras delgadas. Montalvo, magistralmente, describe al llapingacho, como un emplasto ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas al rededor de feroces hobras de queso derretido.*

*En la obra del doctor Alejandro Mateos, leo: «Rapingacho Ecdr. y Llapingacho, Ecdr. Tortilla pequeña y redonda de masa de papas con queso, asada con manteca y mantequilla» (Riqueza de la Lengua Castellana. Provincialismos Ecuatorianos, pág. 284).*

## VERTIGO JUVENIL

*Desde el campo.— Males de la pobreza.— La ventura ecuatoriana se asegurará con los frutos del campo.— La parábola del sembrador.— Manía de celebrada barata.— Las flores de trapo.— El defecto de América.— Perfume poético que se desvanece.— La borrachera de gloria.*

---

Cuando en la calma del véspero, de meláncolicas miradas, quedamos meditando en la fragilidad del arte nacional, el alma como que se empapa en la grima de la hora. ¡Cuántos esfuerzos perdidos!

¡Cómo se utilizarían aquí, en el campo, tantas energías en bien de la riqueza nacional y privada! No deploraríamos a cada momento los males y miserias de la pobreza, en forma de empleomanía, ociosidad, prostitución, intriga, desvergüenza, murmuración del prójimo, tabernas y garitos.

Estas fecundas y dilatadas zonas carecen de brazos, carecen de jóvenes de buena voluntad. Con pocos años de constancia y sacrificio, asegurarían el bienestar económico, base de independencia. ¿Qué altivez cuando por la dura necesidad, la sujeción al jefe, al amo, al empleado superior están arruinando el carácter que tiene que sufrir humillaciones o disimular impertinencias? No se

puede *hacer fieros* al cargo cuando el porvenir no está respaldado con reservas que garanticen una vida holgada.

La ventura ecuatoriana se finca en los frutos del campo. Honrad a la agricultura, debe ser el grito de los políticos, de los oradores, de los poetas y de los maestros.

Esta clase de libros escasean en la literatura nacional. plagada hoy de vaciedades, de caprichos tontos y de atentados antigramaticales.

Como la fiebre de las conferencias, ahora la de los libracos nuevos. Y la acción ¿dónde está? Palabras y más palabras que caen, como en la parábola del sembrador, entre piedras, cardos y a la vera del camino para ser devoradas por las aves.

Salirnos de la línea, abusar de todo, hasta de la paciencia del público, es muy del carácter nacional. Se toman las cosas *en vicio*. Se vuelve moda, fiebre, exuberancia, tropicalismo, cualquier noble manifestación, hasta que llega a chocar, hasta que nos atosigamos y empalagamos. En arte, o en su falsificación, se traquetea un valse, un pasillo, una canciocilla: se los repiten tanto, que nos desesperan. ¡Hasta en las *chicherías* se oye la música infame, callejera, que atolondra, que corrompe el gusto. ¡Así las conferencias. . . . tomamos de los aventureros de las letras, de Ugarte de Zamacois, de Zegri, del falso *Gaziel*, y la cola es interminable. No desconocemos la belleza y

eficacia de algunas. ¿Y las demás? Tentativa de *exhibición*, manera de hacerse presente, de que el diario diga algo, de buscar celebridad barata es, en el fondo, el móvil de unos cuantos *confeccionadores* . . . de conferencias.

¡Como igual sucede con los opúsculos rimados!

A la vuelta de una esquina, asoma el folleto de versos, plagado de disparates, de sombras de pensamiento y lenguaje. Son, recordando a Palma, acertijos con asonantes en las puntas. En la mitad, no hay talento, sino prurito de llamar la atención, a costa del sentido común y del léxico. ¡Sombras, cuitadas sombras espirituales!

Y lo peor del caso es que la *camaradería* consigue prólogos rimbombantes. El compañero pone en los cuernos de la luna al compañero; el amigo endiosa al amigo.

Al juzgar por las palabras «líminares», pórtico, —o zaguán, como en burla dijo Bobadilla, —el folleto nos cae como la octava maravilla, para deslumbrarnos, para dejarnos turulatos. El olor que despide es rancio, desvirtuado, por más que pretenda exhalar perfume eterno.

¡Perfume eterno el de aquellas flores de trapo sin arte, sin belleza, sin ningún atractivo! ¡Perfume eterno el de la imagen desvaída, el verso cojo, la carencia de lógica! Aquellas quijoterías, tempranos derrumbamientos del crédito no son por los campos de Montiel, sino de *tontiel*, en busca de ínsulas despreciables.

Defecto de América el de la improvisación. Los correos vienen cargados de publicaciones tontas, despertadoras no de emoción sino de lástima; pero traen incienso en la primera página, infinitas cartas de recomendación en las últimas, sin omitir los baratos juicios de la prensa, la condescendencia baladí, la crítica *terriblemente laudatoria* y hasta el retrato del autor en una postura afectada, olímpica.

Manejo de versos he leído . . . . . al que han consagrado muchas docenas de cartas encomiásticas. *La Iliada* no habría sido agraciada con tantas.

—Veamos este primor, veamos, repiten los artistas de verdad. Leen, releen, y van encontrando cada adefesio que tiembla el misterio.

¿Qué se hizo el eterno bálsamo de la poesía? La dulce embriaguez del alma, la impresión inefable, el santo deleite espiritual, la melodiosa voz del corazón, el hondo subjetivismo, el soplo emocional son otras tantas emanaciones de hermosura que no se hallan en muchísimos atentados métricos modernos.

Nada importaría esto: cada cual es] dueño de sus obras, cada alma con su palma, y cualquier hijo de vecino puede hacer de su capa un sayo. Es evidente; sin las angustias sociales que se amontonan por la pérdida de carácter, por la fatuidad, por la pedantería de aquellos auto-

res noveles. Cierran los libros, tapan los oídos al consejo amigable: son genios, son colozos, que ya no necesitan estudio, reparos, lima, advertencia, perfeccionamiento.

¡Y anda por esos trigos cada Homerito que canta el credo!

Van creciendo inmodestos, insufribles, cantores de la soberbia, idólatras de la vanagloria. El egoísmo arraiga en ellos y en su círculo. No se dignan bajar a tierra, porque está plagada de imbéciles. Sólo ellos sapientes, los artistas, los cerebros extraordinarios.

América deplora el vértigo juvenil, esta *borrachera de gloria* de los que comienzan a vivir y ya osan hablar de todo, sentenciar dogmáticamente, ser árbitros de la elegancia literaria.

No se han aproximado a la naturaleza, no visitan el campo que les revelaría secretos de belleza; no se inclinan hasta la tierra, madre de la verdad, de la sencillez y de la salud.

## ALUMNOS APTOS

*La Musa campestre.— El Surco de Montero. Prodigio de la simiente de trigo.— Cosechas y vacaciones.— Recuerdo de los exámenes de antaño.— Vieja teatralería escolar.— Necesitamos una sabia ley de jubilaciones.— Aprobación canónica de los universitarios.— La trinidad del diablo, según Rocafuerte.— Hacia la universidad única y central que redima al proletario de levita.*

---

La dulzura de los campos y la serenidad de los cielos; que cantó Cervantes, como inspiradora aun de las Musas más estériles, aquí es raudal de poesía. En estas mañanas soleadas, ante el azul infinito, en la amplitud de la éra, ¡que inefables emociones causan los versos hondos; claros y castizos que nos hablan del campo, de las faenas agrícolas, de la pompa de la naturaleza, de la siembra prolífica!

A pulmón lleno, he recitado, libre de la risa idiota de los cenáculos literarios desolladores del prójimo (pobres círculos que insultan por un mendrugo de pan y yacolumnian a lo que más vale en el Ecuador) *El Surco* de José Montero, versos sugestivos, plenos de promesas y no partos tenebrosas del exitante letal.

«Sobre el haz de la tierra,  
que se pierde a lo lejos  
en el azul bruñido de la tarde,  
se siente el surco abierto.

Los bueyes melancólicos,  
de misteriosos ojos soñolientos,  
como las turbias aguas de un estanque,  
pasaron en silencio,  
unidos al arado,  
y a su pesada esclavitud sujetos».

El arado remueve la tierra, como la pluma las ideas, cuando es pluma honrada y erudita; el arado desgarrá, no honras ni reputaciones, sino el seno de la naturaleza, como "el bisturí corta las carnes", el rejón introduce su punzante acero, «buscando el corazón pródigo y bueno» que acogerá la semilla....

«¡Hasta que el surco, en áurea florescencia, regale el fruto nuevo!»

El milagro de la siembra, que da el ciento por uno, se produce. El laboratorio de la tierra obra maravillas. Germina el trigo, gracias a la generosidad de aquella madre amorosa y a los desvelos del agricultor que prevé el mañana y provee el presente. Saludan las aves el ubérrimo nacimiento. Las espigas, oyen el arrullo de la madrugadora alondra.

Y el trigo crece, sobresale rápidamente, transformando en oro su color esmeraldino.

"Será un bosque de lanzas  
que se eleva al cielo,  
ligeras y ondulantes  
al paso de los vientos;  
y en las tardes serenas,  
cuando el glorioso azul es más intenso,  
sobre su mar de oro  
volarán los vencejos".

El trigo "será parva de las éras", escuchará la canción de la trilla, henchirá los graneros, despertará el humor del molino, alegrará el trabajo, enriqueciendo y sustentando a los de buena voluntad.

"Y será rubio pan ... Y a su conquista  
se lanzarán un día los hambrietos  
de justicia y amor que en vano claman  
al margen del sendero,  
con las manos tendidas, suplicantes  
y los ojos al cielo.

El cuadro de los que no han alimento es triste en las ciudades. En el campo no vemos el espectro del hambre. Todos los que trabajan tienen pan. En las grandes ciudades, el rosario de limosneros aflige; pero aflige

mucho más la legión de proletarios de leyita. ¡Vengan los necesitados a abrir el surco en estas feraces regiones! ¡Que, por la puerta del oriente ecuatoriano, vayan al *Dorado del porvenir!*

«El surco es una herida  
que los hombres abrieron:

La madre, generosa,

su fecundo dolor sufre en silencio.

El surco es la sonrisa de la tierra

cuando la hiere y la desgarran el hierro. . .

¡Para todos los hombres su sonrisa!

¡Para todos, sus frutos y sus besos!"

Hormosa. ¿verdad? ¡Y qué sencillez, desechadora de sombras y simbolismos! Gusta a los chagras que me rodean. Redoblan entusiasmados sus tareas. Para *hacer la experiencia*, les recito una de tantas poesías de los seudo — modernistas. ¡Se quedan en ayunas!

*Qué tan será*, dicen con gesto desabrido. Repítanos, patrón, los versos del surco, del trigo y del pan..

Han empezado las cosechas y las vacaciones. ¡Todo esto es tan pitoresco! Se diría que los vientos nos traen frescura de la infancia. Sentimos el ayer tan lejano; el recuerdo nos transporta a la época ensoñada. Parece que nos remozamos. Comienzan a llegar muchas familias. Vienen con sus niños, después de las últimas prue-

bas escolares. ¡Oh, la vieja caricia de las vacaciones, como emociona a las almas! La dulce niñez se esfuma. ¡Quién me diera regresar al paraíso que va quedando tan atrás! La escuela de antaño nos produce suave sensación de melancolía. Las cosas han cambiado mucho.

Antes, por punto general, y respetando lo bueno del ayer, los exámenes eran teatrales, inclusive la comedia que se presentaba y el sainete de la enseñanza. Las preguntitas estaban hábilmente escalonadas, menudeaban los chistes de algunos examinadores, sabían astutamente contestar por los alumnos o dejarles sólo que respondan sí o no. La farsa se extendía.

— Me acuerdo del *diablo* Vargas (así lo llamaban) que escondido detrás de las bambalinas, nos corregía de lo lindo, sacándonos de apuros, contaba el hombre serio, añorando lo pasado.

El encargo que Ud tienen es de *soplar* y más *soplar* le decía el director.

El aparato decorativo que fingía suficiencia iba mezclado con cantitos, diálogos y recitaciones de discursos y poesías, entre los que no faltaban las fábulas "Subió la mona a un nogal" y "Por entre unas matas seguido de perros, no digo corría volaba un conejo" Divertía la manera de declamar, por al *dialecto* y la elocuencia de los ademanes, como en los juegos de prendas, cuando

se hace *retórica* por mano ajena. Siempre que nombra ban la palabra *corona*, apresuradamente se ponían las manos en la cabeza; al pronunciar *corazón*, cerraban y abrían los puños junto al pecho, cuando decían *arrepentimiento*, se golpeaban con fuerza el tórax, y si recordaban otro objeto, lo señalaban con el dedo. Proseguían el tonito machacón y el balance del cuerpo.

Casi todo ha evolucionado ahora. Cada día combaten a favor de la prueba escrita. El nivel moral de los maestros se va elevando. Las rentas han crecido un poquillo. Se procura también la estabilidad, la garantía profesional, a fin de que, con el ejercicio diario y por muchos años, el maestro sea perito. Aun en los Estados Unidos se lucha todavía por la "garantía de estabilidad". En su difícil carrera no deben, desde ningún punto de vista, ser *palanqueados*, palabra inmoral que se ha inventado en el Ecuador para intrigar, posponer y zaherir al empleado modelo, con el móvil de colocarse en su lugar, en puestos para los que no tienen vocación ni capacidad técnica. Aunque pobre, ya hay una Ley de Escal-fón.

"Los hombres que se dedican al magisterio, dice el decano de los catedráticos Cross, deben estar convencidos de que ésta es una noble y respetada profesión, capaz de dar expansión a los mejores sentimientos humanos y de recompensar ampliamente los servicios que se le con-

sagren. Las mujeres que se proponen enseñar deben mirar su carrera como vitalicia".

Necesitamos sabia ley de jubilaciones que sea análoga, en lo militar, a las de retiro y monte pío. Pensemos un poco en la suerte de las familias que se sacrificaron por la escuela. Muere el profesor y con él muere su jubilación. Su hogar queda en la miseria. ¿Es justo este pago? Los maestros, soldados de la nación, son acreedores a otras consideraciones. Si no pueden labrar modesta fortuna, asegúreseles, por lo menos, el pan para sus hijos. ¿Habrá Congreso que se fije en esto? Ojalá permita la zarandada política ocuparse en problemas vitales, en los intereses de la patria.

A descansar de sus arduas tareas están llegando también colegiales y universitarios. Los bachilleres en potencia propinqua son numerosos. Revístase la ceremonia del bachillerato de toda estrictez, a fin de que la selección sea saludable.

¿Obtienen *negras* algunos universitarios? Hoy, por hoy, no se dan estos tristes y justicieros casos. ¡Cosecha de primeras! Además, estudian asignaturas de las que no presentan pruebas. Ejemplo: los idiomas. No se comprende tan rara excepción.

A la verdad, consuela tanto lucimiento universitario. Que en quinientos o más alumnos nadie quede suspenso ni repita el año, es admirable.

¡Qué talento, qué potencia cerebral! ¿Estudian ahora más que antes? Indudablemente. La ley del progreso está proclamando que las ciencias y las letras han adelantado mucho. Alguien ha dicho que si Newton se presenta a rendir el grado de doctor, sería reprobado. Sorprende, por lo mismo, que se den tanto tiempo para todo: al billar, al casino, al club, a las aulas, a la sesión tal, a la conferencia cual, a la fiesta aquélla, al baile de más allá, a la noche toledana y a los exámenes. ¡Qué prodigio! ¡Y ninguno reprobado!

El país, para su paz y bienestar, necesita prolija estadística de los alumnos aptos. Nos escriben que en la universidad *no se ha dado un solo caso* de reprobación en grados y pruebas finales, desde hace más de dos lustros. Se supone que muchos, que se empeñan en no estudiar, *no pasarán* por arte de birlibirloque, porque aquí en el campo nos serían más útiles.

Brazos para la agricultura escasean. Los doctores abundan. Hay quien se cree un pozo de ciencia, idóneo para cualquier cargo, desde profesor hasta ministro, cuando no candidato a la presidencia.. . .

Rocafuerte se queja, desde épocas remotas, de la super abundancia profesional, de la eterna trinidad: médico, abogado, cura.

Para la fiebre aftosa, el mal de Texas, urgen los ve-

terinarios; para la explotación del país, los ingenieros de minas etc.

El más alto patriotismo está pidiendo la centralización universitaria. Caminemos hacia la universidad una y soberana, hacia la única en la Capital, con facultades de medicina en Guayaquil y de ingeniería en Cuenca.

Suprímense varios colegios de enseñanza secundaria de provincias, que constituyen gasto inútil, y sean reemplazados con casas de artes y oficios, o técnicas, institutos agrícolas, y escuelas comerciales.

Ensáyese: saltarán provincialismos, declamaciones furibundas y quizá revoluciones.... .

Deducirán que Fulano es enemigo de tal provincia, que aborrece a aquella ciudad, que pospone a ese cantón, que es retrógrado, que se ha revelado contra la instrucción pública, que olvida la frase de Víctor Hugo... ¡Qué grital

¿Cuándo habrá remedio para la mendicidad con muceta, el vicio patentado, la rutina con título académico y el pordioserismo de levita que cubre sus galas morales con un paño adquirido duramente?

Abunden los hombres sanos y de trabajo, los jóvenes honrados y laboriosos que amasan con el sudor de su frente una fortuna.

## LATIRANIA DEL VICIO

*La parábola del amor.— Los dos rosales.— Los jóvenes olímpicos.— Sin el pelo de la dehesa ni el poncho.— Espíritu de renovación — Renovación no es corrupción.— ¡Un García Moreno liberal! — La cabeza que olió la zorra.*

—Ocupado en los preparativos de las cosechas, este chagra porro no ha podido alimentar a su espíritu con alguna lectura provechosa; me hago la intención de que he perdido; pero las noches he de reponer, a juro, las horas pasadas en *regentear* a los peones. Comeré a prisa el pan intelectual; pero no lo masticaré de prisa, a fin de darme cuenta de su calidad, nos escribía un hacendado que con afán cultivaba dos campos: el de su espíritu y el de la heredad.

Otro, suspendiendo sus tareas agrícolas, o mejor alcanzándose para todo, se consagraba a la literatura. Como es combatido por los envidiosos, nos ha enviado su libro, y nos dice lo siguiente:

—Para el odio que provocan algunas de mis críticas literarias y sociales he hallado la consoladora *parábola del amor* de Antonio G. de Linares. ¿Acuso el afán de mejoramiento moral de la juventud ha de ser acreedor al insulto, a la ira? ¿Cuándo los jóvenes reflexivos dirán

para su pañosa: tiene razón el chagra porro? ¿Cuándo formularán firmes votos de corregir aquello que con sinceridad y cultura se les afea? Heridos en el amor propio, pocos perdonan que se les recuente incorrecciones y culpas. Quizá es mal de la raza no abrigar la hombría de bién de conceder la razón al que nos censura con motivo. En lugar de escucharle serenamente, se le lanzan dardos envenenados y se supone envidia donde hay cariño y patriotismo. ¿No hemos de ansiar que la juventud sea decente cuando menos y no vanidosa, aplaudidora de sus propios actos, frívola y pedante? Si clamamos por la disciplina para esa juventud torcidamente educada ¿habrá motivo de indignación en ello? ¿Se le apaleará al ciudadano franco y bien intencionado?

He aquí que dos rosales, a los que separaba hondo cauce, crecieron rectos y distantes, dando, separadamente, rosas blancas el uno y encarnadas el otro. El amor les enlazó. Se abrazaron, y en la primavera cayó lluvia de rosas pintadas, porque con el beso del amor sus savias se unieron, sus ramas se cruzaron, sus troncos formaron uno solo. restañadas heridas, salvadas distancias.

«Quien tiene oídos para oír, oiga, recalca con mansedumbre A de Linares. Oíd, pues, vosotros, la parábola del amor. (Oídla, jóvenes soberbios, que con cuatro disparates rimados os creéis genios, oídala niños - prodigios, sa-

bios de la noche a la mañana. sin lustro de estudio, sin décadas de perseverancia; oídla presuntuosos que, por el folleto chirle o la alabanza de la cofradía, os mareáis) Un hombre y una mujer sois vosotros. Y sois también dos tallos que crecieron apartados por la corriente de la distancia. Vuestros cariños, como vecinas ramas, se buscaron y encontráronse al fin; entonces vuestras almas florecieron juntas. Pero llegadas las malas voces de soberbia, que son ventisca de los corazones, ellas les conmovieron de tal modo, que en el encuentro hubieron de ofenderse. Mas volvieron la calma y la quietud. Las heridas de vuestro orgullo sanaron besándose, y así hicieron cicatriz común. Y mezclando vuestras vidas, como los troncos sus savias, florecéis en las rosas de nieve y grana que son vuestros hijos».

Repasad, jóvenes, que calumniáis a la modestia; repasad la parábola del amor de los rosales. Producid rosas de doble pasión, hijos sanos y equilibrados, libros bellos, versos robustos y melodiosos, arte legítimo

No pongáis el grito en el cielo, porque se os amonesta moderación en vuestra conducta, limo en vuestras ingenuas producciones. Los dioses han muerto: ya nadie cree en los *olímpicos*. ¿No habéis reflexionado que os acompaña el ridículo en vuestros gestos altisonantes, en vuestras *posturas* afectadas y de gallipavos?

Si algún día, en época juvenil y por la sonrisa de la suerte, os halláis al frente de casas de educacional - frente siquiera de la familia— sembrad la sana simiente. Caiga en buena tierra. Los de lozano corazón y recto criterio retengan la palabra de quienes predicán desde la cátedra, desde el periodismo, desde el libro. La vanagloria, pompa de jabón en la ciencia y en las letras, debe ser desterrada: es viento del desierto, es simún que mata. A gente que, a toda costa, quiere *figurar*, hemos oído decir que Le Bon es poca cosa. Alfredo Binet inferior a muchos doctorcitos de campanillas y el argentino Ingenieros un charlatán. ¡Mistificadores de la ciencia que calumnian a la psicología y la historia, traicionando la conciencia de los hechos y la poesía de las tradiciones! ¿Qué les mueve? La gloria de un minuto: el secreto es llamar la atención, *hacerse visibles*, simular ciencia, aparentar ingenio.

¿Trapatistas porque se os abate la vanagloria, el pujo de incensaros los unos a los otros, el defecto de *hacerse presentes* en toda fiesta? Dejad el egoísmo: trabajad humilde, calladamente por el mejoramiento del prójimo. ¿Anatemas por el férvido ruego de que no vayáis por pinas callejuelas? Enderezad el rumbo hacia donde murmuran puros hontanares de sabiduría, de investigación, de belleza y de constancia.

No más jóvenes sobrados que desdeñan el murmullo de la verdad en labios sencillos, y no borbollante de fuentes de marfil que no son tales fuentes ni tales marfiles ni pitos, ni flautas de ónix, ni laureles áureos.

El porro y aporreado campesino os ha hablado parabólicamente. ¿Le aplastaréis con palabras injuriosas y salidas de tono? El no *personaliza*. Señala apenas, vislumbra males sociales, vicios juveniles.

Anduvo por dehesas y se le antoja quitarse el poncho. Si va por un salón—con blanca en el bolsillo y acciones en el banco—no imaginarán que es chagra; si escribe con ortografía y conversa con prosodia, no sopecharán que es chagra. Y si otros campean por esos salones, vació el estómago y con cara de bohemios, si van derrochando pedantería y estropeando la gramática, por campesinos les tendrán.

¿Vehemencia de renovación tal procedimiento?

Pronto comienzan a vivir los jóvenes de hoy; imberbes, son ya de club y caballeres endeudados: la improvisación es su dogal, el vicio su musa.

Prepararse en el noviciado del carácter, del estudio profundo y constante, de la adorable moderación, de la cortesanía en todo; prepararse así para dominar después, para triunfar a la postre, ¿es reprehensible consejo? Bendigamos a quien nos lo musita, por ignaro e infeliz que sea.

—A este chagra porro le habéis comparado con García Moreno, nos dice señalando en una revistilla nombres y retratos de una *argollita* literaria. A mucha honra. Por manchas que amontonen en su contra, nadie ha negado que fue de acción y de carácter.

Necesitamos García Morenos liberales, García Morenos que salven la patria tiranizada por vicios: impunidad, mala fe, holgazanería, corrupción juvenil, engaño, descarado están conspirando en la sombra para aniquilar a esta nación, de «garzones delicados».

¡Un García Moreno liberal, un sabio para la política de acción, de eficacia, que nos meta en pretinal!

¡Un García Moreno para el arte, anarquizado por los *matones* del periodismo!

¡Un García Moreno para la crítica, para el buen gusto! Caigan las cabezas huecas que, como pensó la zorra, son hermosas, pero sin seso.

—¿Sanguinario el chagra, no?, insiste, al despedirse.

El ansia de contar con un buen gobernante, honrado y de carácter, ha crecido al palpar los ingentes males de las pasadas dictaduras que endiosaron a pobres diablos, caros para medianías; gente anónima muchos más ignoran que el porro de nuestro cuento, que siquiera hizo gala de sentido común y de buena voluntad.

## SANTA LOCURA

*La inmodestia juvenil y el autobombo.— Los chicos prodigios y el sapo de la fábula.— ¿Es ridículo aplaudirnos a nosotros mismos?— Los críticos de Chiquimula y Guadalajara no existen.— Todos tenemos la culpa.— Aprendamos a ser caballeros.*

---

Quede para los sociólogos el trabajo de estudiar las causas de la inmodestia juvenil reinante. ¿Dolorosas necesidades de la lucha por la vida que les impele a simular lo que no son? ¿Precocidad enfermiza que da frutos en agraz para agostarse pronto? ¿Vicios de la escuela, en la que se fomentan temprano orgullo e infantil fatuidad, obligando al niño a exhibirse antes de hora, estimulándole por una patarata, a fin de que se hinche como el sapo de la fábula y la rana intente ser buey?

Lo cierto es que la poca vergüenza, le desfachatez, como fruto de ésta, imperan con el mayor descaro, arrastrando a los jóvenes a cometer acciones que la delicadeza, la dignidad humana vedan.

¿No es ridículo que se aplaudan a ellos mismos?  
Sin escrúpulo resuena la ruin alabanza, en boca propia...

Son muy hábiles para forjar quimeras laudatorias.  
Lo triste es que acaban por autosugestionarse, víctimas

de la borrachera del elogio. Pronto olvidan que se endiosan a sí mismos, y se creen genios, hombres extraordinarios, gigantes de las letras. No aceptan un consejo ni gustan de la crítica razonada.

Síntomas de juvenil degeneración, son los siguientes:

- 1° La soberbia infundada;
- 2° El «auto bombo»;
- 3° El rechazo de la crítica;
- 4° La fuga de las ideas;
- 5° La pedantería e irrespeto a los mayores;
6. El espíritu de ostentación, y
- 7° La impulsividad literaria.

Son los pecados capitales de una juventud depravada antes de hora, que desconoció la disciplina, desconoció la dirección amigable; desconoció el acatamiento a los maestros, a los superiores.

Todo lo profana, todo lo desflora: modestia, sinceridad, rubor, violetas del alma.

En el general desbarajuste, en el lamentable desvarío juvenil, cada cual tiene su parte de culpa: hogar, escuela, colegio, universidad, prensa, sociedad, todos, todos, suscritores a la vanagloria, al desorden de las tiernas generaciones.

Padres de familia hay que tratan a los *mocosos*

de quince años como a caballeretes ya de mundo: habitación separada, llave de la puerta de calle, facilidades para el club, para el billar les están dando inconscientemente Agréguese a esto el mal ejemplo

Engordan en las escuelas maestros, corrompidos y sedientos de dinero, que explotan hasta la vanagloria de las viejas casonas. Presentan a los chicuelos como cómicos, como mamarrachos, publican sus retratos por la menor gracia o salida de tono. En el hogar, se figuran que les ha nacido un niño - prodigio ¡Oh, escuela! . . . .

En los colegios, no se reprimen severamente delicias de ostentación, pujo de exhibirse. ¿Qué les inculcan los profesores de moral e instrucción cívica? ¿Qué les amonestan los de gramática y literatura? ¿Qué los de filosofía?

En las universidades muchos actos públicos, muchas conferencias, resultan contraproducentes: dañan el carácter, vuelven insoportables a los jóvenes. El derroche de elogios les marca. La extensión universitaria debería sembrar modestia, sembrarla hondamente en las filas juveniles

En la prensa hay excesiva tolerancia. El aplauso a manos llenas no admite diferencias, restricciones, censura amistosa. Fúndase un semanario cualquiera: en sus mismas páginas crecerá la alabanza para sus directores. Có-

mo es posible tan ruin aprecio del público?

De casas de educación para el pueblo como la escuela de artes y oficios salen publicaciones juveniles en las que sus respectivos directores dan a luz sus propios retratos con *la mar* de recomendaciones altisonantes y epítetos acariciadores de la autovanidad. El del sombrero azul encomia al de sombrero verde; éste le paga en la misma moneda. Para que no se descubra el pastel, se inventa un seudónimo, o el nombre de un escritor cualquiera como nacido en Quezaltenango, Chiquimula, o Guadalupe, un Adriano Mendoza que no ha existido, pero que figura como colaborador de la revista X o Z. El *jueguito* es repugnante. La sociedad tolera estas porquerías. Se alaban en sus casas, o dentro de las revistas que dirigen. No es delicado ni decente tal proceder. Dejemos que nos juzguen los ajenos, no la familia.

—Conócete a ti mismo, recomendaba el filósofo.

¿Cómo se conocerán los que empiezan por engañarse, creyéndose pontífices máximos de las letras?

La moderación es virtud de equilibrados y nobles en sus sentimientos. Sea joya de la juventud. ¿A dónde iremos, en el actual mercado de la vergüenza, con los engreimientos, con el *irrespeto* a los que saben más y han trabajado más, a los que en silencio estudian y se perfeccionan? Una revista, un folleto miserandos, una poesía

ramplona y falsa, una prosa preciosista que nada dice, no son títulos para pasear la pedantería ni la suficiencia. Estudio, perseverancia acreditan a la larga. Imitemos al tipo del desprendimiento y de la santa locura, al buen don Alonso Quijano que se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo libros de caballería, esto es, que trataban de caballeros. Leamos libros que nos enseñen a ser caballeros, que arraiguen la hidalguía, la delicadeza personal, la noble moderación, la calumniada modestia, profundamente en los corazones bien nacidos.

Se ha perdido tanto en delicadeza personal, que están en boga las *gacetillas suplicadas*, en las que el mismo autor encomía su obra. Las ediciones contienen muchas veces más páginas laudatorias que de texto. La exposición es pobre, los anexos ricos. . . . ricos en vanidad, que mueve a reunir opiniones ajenas y darlas a luz por cuenta del interesado. ¿Cómo descubrir imparcialidad, cómo hablar de crítica severa, si las codescendencias abundan, impulsadas por los intereses creados?

## ESFUERZO PROPIO

*Todo se espera de la beca.— El Gobierno, padre del género humano.— El valor de las parábolas.— Viajes que educan.— El hombrecillo que salió de su aldea y vió el mar.— Tenaz joven que surgió por la supresión de su beca.— Una promesa filial cumplida.*

---

—Todo se ha de arreglar con una beca, mamacita, dice el muchacho. Hemos de «fundir» los mundos para conseguirla.

La filosofía de este chico es la de «muchos: esperar el apoyo del Estado, confiar en que el Gobierno alargue la cuchara a pedir de boca. El esfuerzo individual, el «ayúdate» son palabras muertas. Lo único que vivifica a los ineptos, a los holgazanes, a los fracasados es la caridad gubernativa. La beca, el empleo, suelen ser el triste resorte del triunfo.

—El ministro es mi compadre, responde la madre. Tranquilízate por este lado. Si no «surte» el empeño, ocurriré a los amigos del subsecretario, que son compañeros de tu hermano mayor. En último caso, invitaré un «tecito» o un baile a gente de influencia.

De esta manera se consiguen glorias baratas. Súplicas, humillaciones, intrigas, padrinzagos, recomendaciones, regalos son el secreto de ciertos logros nacionales que soca

van los cimientos de la sociedad, enervan la acción e inutilizan la personal iniciativa.

Quando ya me cansé, me jubilé, oí a un mozalbete. Se han jubilado de mi misma edad, con un fácil decreto del congreso, telegrafistas, institutores, empleados públicos músicos militares, etc.

He aquí la inmoralidad erigida en sistema. Desconfiar de las propias fuerzas y recurrir para todo al Estado, es la dolorosa resultante de la educación viciada.

Si se trata de descubrir un continente en orden a las ideas o a las cosas, cual nuevo Colón, razonable, justa, obligatoria la protección de los poderes públicos; pero no en los familiares y cotidianos casos de la vida, convirtiendo así al Gobierno en padre de todo el mundo: en la vaca lechera de infinitas ubres, en la inagotable gallina de los huevos de oro

Jesús abrió el camino para la enseñanza gráfica y popular por medio de las parábolas. Cada dulce y humana parábola del maestro, encierra océanos de filosofía, de esa inmensa y sentenciosa que brotó del sermón de la montaña. Rodó predicó a la América parábolas tan admirables como aquella divina de «La pampa de granito», o ésa encantadoramente subjetiva, en medio del cuadro objetivo y fresco, de «Mirando jugar a un niño», o la de «Los seis peregrinos», milagro de la convicción profunda, del

entusiasmo inextinguible y de la obsesión sublime. Sólo dos discípulos, Agenor e Idomeo. Llegaron donde el maestro Endimión, sin sucumbir ante las dificultades y tentaciones del camino. Los demás, fuéronse quedando rezagados en la vía. Pero a todos aprovechó un poco la palabra del maestro. Así acontece con los que no confían en becas, ni en extrañas protecciones, ni en apoyos milagrosos. Sufren, trabajan, se empeñan: marchan muy lejos. Pocos llegan al final de la jornada, pocos han coronado su carrera, pero a todos alcanza el verbo del maestro: la enseñanza de los viajes y de las cosas lejanas que vieron, merced al esfuerzo propio, al prodigio de la voluntad y no a una gracia de la Legislatura o del Ejecutivo.

\*  
\* \*

Erase un hombre de espíritu. Nunca se había movido del terruño. Tenía ideas primitivas acerca de las cosas. Sólo había dado vueltas al rededor de su idea, como en el opúsculo de Javier de Maistre, que viajó al rededor de su cuarto. La intransigencia, como roña fétida, carcomía sus entrañas. Atrasado en el arte, era montaraz en sus costumbres. La hornaza de su falso patriotismo amenazaba incendiar lo que no atañía a su pueblo, que ciegamente canturreaba era el mejor de la América. Su es-

trecha plaza, la mejor del Continente; los cerebros microcéfalos de sus paisanos, los más grandes del Nuevo Mundo.

Un buen día, la necesidad, madre fecunda, le aventó lejos. Vió primeramente el mar: la tolerancia se le entró en el alma. En la Isquida llanura, había espacio para todas las embarcaciones, cualesquiera que fuesen sus banderas y sus nacionalidades. La estrechez de la aldea no le había inducido a pensar en ello. Después, trató a gentes de diversas, de encontradas creencias. Vió que no se mordían entre ellas, que se ocupaban armónicamente en negocios productivos, sin que averiguasen, como la gran cuestión previa, en que religión comulgaban. Por último, comparó hombres y cosas. He aquí que el viaje, fruto de su voluntad impulsada por el hambre, le educó, le forzó a trabajar, le impelió a observar, le estuvo convidando incansablemente a la meditación, fecunda en moralejas.

—Acaso con una beca, ahorrando sufrimiento y re-temple de la voluntad, se habría dedicado tranquilamente al placer, una vez que la renta a pedir de boca inutilizaba sus investigaciones personales. ¿No estamos palpando que el 50 por ciento de los becados encontraron en la beca el instrumento de todos los vicios, la abreviación de la vida? Perdida la acción, esperaban sólo en la mensual soldada del presupuesto

No atacamos en principio la ayuda oficial. Con-

veniente es el estímulo, santo es el estímulo. El apoyo al que lo ha menester, semeja base de sustentación más real que la de Arquímedes para levantar el mundo: el "quid" está en la manera de distribuirlo....

Pero no se le enseñe nunca al niño a confiar en tales medios.

—Fíjate en ese tenaz y talentoso joven, dice a su hijo un padre no de los vulgares. El ministro le suprimió la beca cuando el muchacho se hallaba fuera de la patria. No quiero que consideres la justicia o injusticia del procedimiento; examina los resultados: ese aparente mal, transformó al estudiante. Al par que frecuentaba colegios, como razón de vida o muerte, tuvo que trabajar. Distribuyó bien horas y tareas. Se ha abierto campo, intelectual y económicamente. Los diarios en que escribe le remuneran de regular modo, dicta lecciones particulares, lucha con honra. Palpablemente verás la confirmación de aquel viejo refrán: no hay mal que por bien no venga.

—Papá, cuando me mandes a los Estados Unidos, no quiero la beca que te ofreció tu amigo el ministro. Desde ahora, renuncio a ella. Voy a aplicarme a los idiomas. Tú me ayudarás unos pocos meses, lo demás corre de mi cuenta.

Y como le expuso, lo cumplió. Ahora gana una cantidad de dólares mayor que la beca tan liberalmente

brindada. Con ella, teniendo la vida segura, quién sabe si el esfuerzo hubiera sido el mismo en el joven ejemplar y valeroso. Nuevo Cortés, quemó sus naves, y se quedó a la pelea brava con la suerte, en tierra desconocida, ingrata a veces para la lucha, cuando la osiosidad o la falta de salud o tremenda competencia incitan a la derrota.

La conducta del resuelto joven encuatoriano, trae a la memoria el acto sublime de aquel mancebo yanqui que en la flor de la vida renunció su herencia de millones para ponerse a adquirirlos con el sudor de su frente.

Dos millones de dólares le dejó su padre. Con asombro de amigos y connotados, no los aceptó, en gesto heroico. Ingresó en una fábrica como aprendiz vulgar. Pronto su talento le enseñó, sobre el yunque del trabajo, muchas cosas experimentales. Rápidamente fué ascendiendo: Pasaron pocos años. En plena juventud, como fruto de sudor de su frente, fue dueño de más millones que los del su herencia.

Si la aceptaba, tal vez la hubiera evaporado en el vicio, pensó maduramente.

## CONTRA EL "DERROTISMO"

---

La autoeducación, desde la niñez, la autoeducación que va formando el carácter, se ha descuidado mucho en la escuela, en la que, por lo común, se atiborra al niño de conocimientos indigestos, a título de ilustrarle. Pocos de los que concluyen la instrucción primaria se sienten con fuerzas para servirse a ellos mismos. El trabajo material es palabra funesta. Confían en los padres, confían en un empleo fácil, confían siempre en ajena providencia; mas no se arriesgan a probar sus propias energías, a seguir la máxima de Olmedo: «quien no espera vencer, ya está vencido». Por esto, desde la hora temprana, abundan los derrotados en las luchas de la vida.

El proletariado de levita, que se subdivide en tantas familias, profesionales, empleados, caballeros de industria, intelectuales desocupados, bachilleres sin aplicación, doctores a caza de empleos, cesantes, holgazanes; este único y triste proletariado, que afronta el público y privado esenario del pueblo y del hogar, engruesa la corriente del vicio. Esta siniestra falange, dispuesta a lanzarse a la aventura prohibida, al desorden, a la guerra intestina, obedeciendo ciega el desesperado consejo del hambre, está amenazando devorar la social riqueza.

Multitud de titulados en las universidades o establecimientos especiales, no pueden subsistir con su profesión, en la que perdieron años de años. Buscan entonces, desahogados, un empleo, y un empleo las más de las veces diverso o del todo en todo opuesto a los estudios que emprendieron en sus mejores días juveniles. Esto trae cruel desbarajuste social, tergiversa las aptitudes, anula bárbaramente las vocaciones. El esfuerzo propio ha sufrido menoscabo: el hombre que nació para ser especialista, en el ramo que su vocación y aptitud le dictan, cambia cobardemente de rumbo a la primera contrariedad, al primer fracaso, a la primera repulsa de la suerte.

Ejército de males, cobardías y enemigos persiguen al hombre moderno. La lucha moderna es más aguda. Para los que no saben sobreponerse y hacer frente a la adversidad se ha creado la palabra *derrotismo*. Esta voz neológica ha formado en política, en administración y en el gobierno propio una escuela ruborizante.

El *derrotismo* engendra cien claudicaciones y miserias.

## ESTIMACION DE LA PROPIA HONRA

---

Entre las acepciones de que goza esa púdica virtud que enrojece el rostro y turba el ánimo, es la del pundonor y estimación de la propia honra la más admitida.

Sin el sentimiento de la vergüenza, el hombre ha perdido más de la mitad de su vida. Por algo el refrán castellano expresa que más vale vergüenza en cara que mancilla en el corazón, para dar a comprender que quien no enrojece de pudor mal puede tener remordimiento o, por el contrario, que para obrar y obedecer a la conciencia no debe asistirnos encogimiento o cortedad que colorea nuestro semblante.

Significa mucho una persona de vergüenza. Perderla, es abandonarse, disminuir la estimación propia, que equivale a un tesoro, y la ajena, que nos redime de vituperio.

«Quien no tiene vergüenza toda calle es suya», suele repetirse de los que han echado a tierra todo respeto y se les da un camino la consideración social y el aprecio del público, como si fuese un raspajo.

En el acto más insignificante se denuncia el sujeto sin vergüenza, convirtiéndose pronto en flagelo de la sociedad.

Con razón, Montalvo la invocó como una divinidad protectora (1).

El hombre que en algo valoriza su dignidad, no descende a recabar pesadamente favores, a fatigar la gracia oficial, a embaucar al prójimo para divertirse un día o sacar la tripa de mal año; a pedir limosna disimuladamente.

¿Quién es aquel que está *sableando* a media humanidad para que arda la jarana?— Un sér sin vergüenza

¿Quién es aquél que viaja sin pagar su pasaje porque lo mendigó en una u otra forma?— Un sér sin vergüenza.

¿Quién es aquél que, sin mérito para ello, sin frutos de valía, se llama escritor, periodista o quizá genio?—Un individuo de poca vergüenza.

¿Quién es aquél que adula a todo el mundo, esperando disfrazada remuneración?—Un sér sin vergüenza.

Jóvenes que sin tropiezo ni miramiento alguno, marchan por la tortuosa vía del *palanqueo*, de la petición descarada, del *sablazo* colectivo, son grave amenaza so-

---

(1) «*Vergüenza, divinidad protectora que nos salva de vicios e ignorancia, nos pone la mano en los labios cuando vamos a proferir una impostura, nos cierra el camino cuando intentamos un paso reprehensible y nos mete luego a las mejillas cuando a pesar de ella hemos caído en caso de menos valer.*— Juan Montalvo».

cial, pues han perdido un ángel tutelar que les vele en los actos reprensibles, que les separe de los abismos de indelicadeza, en una palabra, que sople en sus rostros y encienda en ellos la llama salvadora.

La sociedad suele disimular algunas veces y, a sabiendas, cae en el garlito para libertarse de las fastidiosas solicitudes, de las colectas insistentes, del prurito de allegar fondos para echar una cana al aire.

Si fuera para alguna obra filantrópica, hallaría justificado motivo la comezón de la colecta, pues las empresas que alivian a la mísera humanidad o llevan un pan a hogares de hambre y desolación, son dignes de un empeño tal, que el despojarse del amor propio, el desoir al *qué dirán* resultan actos nobles.

Pero cuando este generoso fin, esta santa abnegación no están obrando. lo que se haga por frivolidad o mero pasatiempo, por recreación encubierta con pomposos títulos, es acto desprovisto de vergüenza.

¡Oh, palanca de los seres independientes, levanta a la juventud para que no se arrastre nunca ni sea *pedigüeña!*

F I N

# INDICE

Páginas

Prólogo .....	IV
Pedagogía de los sentimientos .....	5
Fiesta fúnebre .. .. .	11
Filosofía de la vejez .. . . .	18
Deber de contestar las cartas .. . . .	25
Excelencia del Castellano .. . . .	30
Tregua del Espíritu .. . . .	37
Valor de las propias obras . . . . .	44
La dulce alegría .. . . .	50
La buena semilla .. . . .	55
La visión patriótica .. . . .	61
La docencia moderna .. . . .	67
Amor a la lectura .. . . .	73
Instrucción y Educación .. . . .	80
Vocación y perseverancia .. . . .	87
Protección a la mujer .. . . .	92
Ciencia y poesía . . . . .	102
La restitución .. . . .	108
Máximas dogmáticas .. . . .	114
Morbos espirituales .. . . .	120
Cadena moral .. . . .	125
Exactitud .. . . .	130
Filtro maravilloso .. . . .	134
Educación de la voluntad .. . . .	139
Mundo antihigiénico .. . . .	145
Méritos y especialidades .. . . .	151
El candor primitivo .. . . .	161

El heroísmo quiteño .....	170
Contribución individual .....	176
Derrotemos a la pobreza .....	182
Educación femenina .....	189
Lacras sociales .....	193
Principio de autoridad .....	201
Virtudes quiteñas .....	209
Riqueza nacional .....	215
Alegría de la patria .. .. .	224
Industria y Estadística .....	230
Elocuencia numérica .....	237
Tragedia de Berruecos .....	248
Crespones.— 4 de junio de 1.830 .....	249
Rasgos edificantes .....	262
El niño y el sol .. . . . .	266
Desde el campo .....	271
Vértigo juvenil .....	278
Alumnos aptos .. . . . .	283
La tiranía del vicio .....	292
Santa locura .....	298
Esfuerzo propio .. . . . .	303
Contra el "derrotismo" .....	309
Estimación de la propia honrra .. . . . .	311
Índice .....	314